
Tan cerca de ti
ESTHER DURAND

TAN
CERCA
DE TI

Esther Durand

Derechos de autor © 2026 Esther Durand

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Registrada el 01/06/2026.

Índice

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Agradecimientos

Capítulo 1

La lluvia cae sobre Mánchester. Las gotas convierten el enorme ventanal del hotel Whitmore en una superficie líquida y ondulante, donde las luces doradas de la urbe se deforman en destellos temblorosos. En el interior, el ambiente destila una perfección estudiada: mármol negro que refleja las figuras como espejos oscuros, arreglos florales de un lujo casi ofensivo y camareros que se desplazan con sigilo, portando bandejas de champán mientras las conversaciones se mantienen en un murmullo educado. Esa noche, el sector sanitario privado británico celebra una de sus galas benéficas más destacadas del año. Y Seraphina Chapman sonríe como si el mundo le perteneciera por derecho propio.

Lo hace porque lleva toda la vida entrenándose para ello.

—Doctor Hughes —saluda al estrechar la mano de un hombre de unos sesenta años. Su tono es cálido, pero medido—. Mi padre me habló de la nueva clínica en Birmingham. Parece que está siendo todo un éxito.

El médico sonríe al instante, visiblemente complacido de que recuerde aquel detalle.

—Tu padre siempre exagera, como es habitual en él. Aunque reconozco que las cifras son prometedoras.

Seraphina mantiene la expresión perfecta. Sujeta la copa de champán con delicadeza mientras escucha hablar de inversiones, alianzas y proyecciones de crecimiento. Siente cómo el vestido se le clava en las costillas y el peso del tejido y de la noche entera empieza a resultar agobiante.

A su lado, Elliot Chapman interviene con esa naturalidad impecable de quien ha nacido para brillar en eventos como este.

—Hale Medical siempre apuesta por proyectos sólidos —afirma, colocando una mano posesiva en la espalda de Seraphina—. Y el doctor Hughes sabe perfectamente cómo presentar la excelencia.

Los tres ríen con esa complicidad superficial que caracteriza este tipo de veladas. Todo el mundo ríe siempre con Elliot. Su encanto parece infalible.

Seraphina gira la cabeza para observarlo. El esmoquin negro le sienta como un guante, lleva el pelo rubio peinado hacia atrás y su sonrisa conserva esa mezcla calculada de calidez y superioridad que hace que la gente baje la guardia antes incluso de conocerlo. Forman la pareja ideal. Todo Mánchester lo piensa. Ella también lo creyó en su momento, o quizá solo repitió esa idea hasta que dejó de cuestionarla.

—Voy a saludar a los Bennett —murmura Elliot, inclinándose hacia ella con discreción—. ¿Me acompañas?

—Enseguida —responde Seraphina.

Él asiente sin mostrar el menor signo de molestia. Nunca se molestan. Nunca discuten en público. Nunca cometen errores. En los últimos años, su relación ha funcionado como si fuese el mejor acuerdo empresarial: estable, normal y hueco en las cuestiones esenciales.

Cuando Elliot se aleja entre los invitados, Seraphina inspira profundamente. El salón le resulta demasiado cálido, demasiado lleno de gente, pomposidad y ruido. El zumbido constante de las conversaciones le oprime las sienes.

—Lady Chapman.

Se vuelve con automática cortesía hacia una mujer mayor cubierta de diamantes.

—Helen —contesta, esbozando de nuevo su perfecta sonrisa ensayada.

Mientras escucha comentarios sobre fundaciones y futuros compromisos sociales, su mirada vaga por el salón casi por inercia. Trajes oscuros, vestidos de alta costura, sonrisas prefabricadas. Nada cambia nunca en ese mundo cerrado y previsible.

Hasta que todo cambia.

La imagen de Nerissa Ashcombe aparece al otro lado de la sala y el aire abandona sus pulmones de golpe.

Han pasado seis meses desde la última vez que estuvieron a solas. Seis meses desde lo que ocurrió en Edimburgo. Desde aquella habitación de hotel donde se despidieron, después de que Seraphina estuviera a punto de derrumbar el perfecto mundo que tenía construido. La mujer todavía recuerda con dolorosa nitidez la expresión de Nerissa cuando se apartó bruscamente mientras cerraba la puerta tras de sí, huyendo de una historia que siempre llevaría grabada en la piel.

Aquella noche, Seraphina pensó en Elliot, en sus hijos dormidos en casa, en el apellido Chapman, en el escándalo que supondría continuar con su relación —si es que era eso lo que tenían—. Al día siguiente, incapaz de enfrentarse a las consecuencias, Seraphina solicitó un cambio en los comités de enlace de las clínicas para no tener que coincidir con el departamento de traumatología de Nerissa, imponiendo una distancia profesional fría y radical. Nerissa, herida en su orgullo y cansada de los amagos, aceptó el silencio. Sí, aceptó el silencio con una dignidad que todavía la atormenta.

Esos seis meses se han convertido en un desierto para las dos.

Seraphina ha intentado convencerse de que su matrimonio le basta, de que Elliot es un buen hombre y de que la estabilidad familiar debe ser mayor cualquier impulso. Según los rumores, Nerissa ha intentado pasar página con Daphne Mercer. Pero no ha funcionado.

Y ahora está allí, al otro lado del salón, como si el tiempo no hubiera pasado y, al mismo tiempo, hubiera pesado una eternidad.

Nerissa conversa junto a la barra con un hombre al que Seraphina no reconoce. Lleva un traje negro de corte femenino, líneas limpias y ajustadas a su figura alta y atlética, que se mueve con una seguridad casi peligrosa. El pelo oscuro le cae en ondas suaves sobre los hombros, y el carmín intenso de sus labios contrasta con su piel clara de un modo que Seraphina recuerda con demasiada claridad.

«Olvídate de ella», se pide.

Pero entonces, Nerissa levanta la vista y sus miradas se encuentran.

El salón entero parece diluirse. Nerissa la observa exactamente igual que antes: como si pudiera atravesar la fachada perfecta y ver todo lo que Seraphina oculta. Como si aún tuviera derecho a hacerlo.

Se despide del hombre con un leve gesto de cabeza y comienza a caminar hacia ella. Cada paso es deliberado, lento, consciente del efecto que provoca en la mujer. Cuando se detiene frente a Seraphina, el perfume familiar la envuelve por completo.

—Seraphina —dice Nerissa. Su voz grave y serena sigue siendo un arma capaz de desestabilizarla con solo pronunciar su nombre.

—No sabía que vendrías —logra responder Seraphina, luchando por mantener la compostura.

Nerissa arquea una ceja con ironía.

—Eso explica la expresión que has puesto al verme.

Seraphina da un pequeño sorbo de champán solo para mover las manos, que empiezan a temblarle.

—Pero ya sabes que Mánchester es pequeño para según qué personas —añade Nerissa, y lo hace con una deliciosa sonrisa en los labios.

Seraphina sostiene su mirada. El ruido del salón regresa poco a poco, pero lejano, amortiguado.

—Estás distinta —suelta antes de poder contenerse.

—Tú no —replica Nerissa.

Las dos palabras le duelen profundamente. Porque Seraphina sabe exactamente qué ve Nerissa: el vestido claro que se ajusta a su cuerpo, el collar de diamantes heredado, la postura impecable y, al fondo, Elliot representando el papel de marido perfecto. La vida ideal. La jaula perfecta.

—Sigues odiando este tipo de eventos —murmura Nerissa, recorriendo el salón con la mirada.

—No los odio —contesta Seraphina, conteniendo una reacción más intensa. Siente un nudo apretado en el estómago.

Nerissa inclina la cabeza, estudiándola con perspicacia.

—Claro que sí.

Un camarero pasa junto a ellas y Seraphina aprovecha para dejar la copa vacía en la bandeja, reprimiendo el impulso absurdo de huir de allí.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad? —pregunta, odiando el leve temblor que traiciona su voz.

—Todavía no lo sé —responde Nerissa, y la ambigüedad de la frase queda flotando entre ellas como si fuera una amenaza.

Nerissa da un paso casi imperceptible hacia delante.

—Podemos fingir cordialidad toda la noche si quieres —susurra —. Se nos da bastante bien.

El calor sube por el cuello de Seraphina, y después aprieta la mandíbula con fuerza.

—No empieces.

—¿Empezar con qué? —pregunta Nerissa con fingida inocencia, aunque sus ojos dicen todo lo contrario.

La tensión se estira entre las dos. Seraphina mira de reojo hacia el salón: Elliot sigue conversando con varios inversores, ajeno a todo. Nadie parece prestarles atención, pero ella siente el peligro con absoluta claridad. Siempre lo ha sentido con Nerissa. Porque entre ellas nunca ha sido solo deseo. Nerissa conoce sus rincones más oscuros: la rabia que se le acumula por dentro, el cansancio que tiene hacia ese mundo. Pero también, el miedo constante a decepcionar a todos y la necesidad desesperada de escapar de una vida que, sobre el papel, debería ser suficiente.

—Necesito un poco de aire —murmura Seraphina.

Nerissa la mira un segundo más y luego asiente.

El balcón privado del ala oeste está casi desierto. La lluvia golpea suavemente el techo de cristal mientras Mánchester se extiende abajo, convertida en un tapiz de luces húmedas y calles brillantes. En cuanto salen, el aire frío eriza la piel desnuda de los hombros de Seraphina. Se apoya en la barandilla, intentando recuperar una calma que se le escapa entre los dedos.

Escucha a Nerissa detenerse detrás de ella, demasiado cerca.

—Sigues haciendo lo mismo —dice Nerissa tras unos segundos.

—¿El qué? —pregunta Seraphina sin volverse, aunque ya sabe la respuesta.

—Huir antes de que las cosas se vuelvan reales.

Seraphina cierra los ojos, y las imágenes vuelven a su cabeza.

—No he venido aquí para discutir —susurra.

—No —la voz de Nerissa se suaviza—. Nunca venimos a discutir.

El silencio se llena de recuerdos. De años de encuentros clandestinos, habitaciones de hotel, aeropuertos, mensajes borrados y despedidas que nunca fueron definitivas. Todo lo que nunca debió existir y que, sin embargo, siempre encuentra el modo de regresar.

Seraphina se gira lentamente hacia ella.

—Te largaste… —se atreve a recriminarle.

Nerissa suelta una carcajada.

—Fuiste tú quien reorganizó media clínica para evitar cruzarte conmigo.

La culpa atraviesa el pecho de Seraphina.

—Necesitaba espacio.

—No —replica Nerissa, mirándola fijamente—. Necesitabas castigarme por algo que en realidad te aterrorizaba a ti.

Seraphina aprieta la mandíbula hasta que siente el dolor recorrer toda su cabeza.

—No sabes lo que pensaba aquella noche.

—Pensabas en Elliot. En tus hijos. En todo menos en ti misma —afirma Nerissa.

Nerissa se acerca un paso más.

—Y yo me cansé de ser siempre esa parte de tu vida que escondes cuando el pánico te invade.

Algo se resquebraja dentro de Seraphina. Durante seis meses se ha convencido de haber hecho lo correcto, de que la distancia era necesaria. Pero tenerla delante demuestra lo agotada que está de fingir indiferencia.

—Daphne Mercer parecía una buena distracción —suelta la mujer sin poder contenerse.

Nerissa arquea una ceja, sorprendida.

—¿Así que preguntabas por mí?

Seraphina aparta la mirada, avergonzada.

—Estos lugares se alimentan de rumores.

—Lo de Daphne solo duró unas semanas —confiesa Nerissa.

El pecho de Seraphina se contrae de un modo absurdo.

—¿Y por qué terminó?

Nerissa la mira durante un momento que parece eterno.

—Porque seguía comparándola con lo que tenía contigo. Y esas cosas nunca salen bien.

El corazón de Seraphina late con violencia.

—Nerissa...

—Dime una sola vez que eres feliz con tu marido y tu vida perfecta —murmura ella, bajando la voz por si alguien pudiera escucharlas—. Mírame a los ojos y dímelo de verdad.

Seraphina abre la boca, pero no sale ningún sonido. No puede mentirle. Nunca ha podido mentir a esa mujer.

Nerissa exhala despacio, como si la respuesta muda fuera precisamente la que esperaba.

—Eso pensaba.

Seraphina siente cómo todo su cuerpo se tensa.

—No puedes aparecer después de seis meses y hacer esto.

—¿Esto? —pregunta Nerissa.

—Acercarte así a mí.

La sonrisa de Nerissa se desvanece. Entonces, con una lentitud deliberada, levanta la mano y le acaricia la mejilla. El contacto, ese contacto tan simple, incendia la piel de Seraphina.

—He intentado olvidarte… —confiesa Nerissa y la mira sin esconder ni un poco lo que siente—. Créeme, lo he intentado por mi bien. Pero llega un momento en que una se cansa de sobrevivir a medias.

Seraphina debería apartarse, debería hacer muchas cosas. En cambio, da un paso hacia ella, y el espacio entre las dos desaparece. Puede sentir el calor de su cuerpo a pesar del aire frío.

—Esto es una mala idea —susurra, sin saber ya si intenta convencer a Nerissa o a sí misma.

—Sí —admite Nerissa.

Seraphina mira sus labios un instante y está a punto de besarla. Después, piensa en Elliot, en sus hijos, en el apellido, en todas las expectativas que ha llevado consigo desde niña. Piensa en la vida perfecta que ha dejado en el salón. Y luego mira a Nerissa.

—Ven conmigo.

*

Caminan entre la multitud despacio, aunque Seraphina siente que el corazón va a salírsele del pecho. Y como si nada, suben en el ascensor privado de la planta noble. En cuanto las puertas se cierran, Nerissa la empuja contra la pared despejada y la besa con hambre, metiendo una

mano bajo su ropa para apretarle el muslo. Seraphina gime dentro de su boca, desesperada, y le tira del pelo. El ascensor emite un suave *ding* en la planta ejecutiva. Salen casi corriendo.

El pasillo está en penumbra, silencioso. Nerissa prueba un par de puertas hasta que una cede: un despacho amplio, elegante, con vistas a la ciudad y un escritorio de caoba oscura. Cierra detrás de ellas y la mira con fuego en sus ojos.

No hay tiempo para palabras bonitas.

Seraphina se abalanza sobre ella. La empuja contra la pared junto a la puerta y la besa con furia. Sus manos recorren la ropa de Nerissa, tirando de cada prenda, queriendo tocar su piel. Nerissa gruñe contra sus labios, le baja la cremallera del vestido y el tejido cae hasta la cintura de Seraphina, dejando sus pechos al descubierto.

—Joder… —masculla Nerissa—. Había olvidado lo mucho que me gusta verte desnuda.

Seraphina ahoga un gemido fuerte, arqueándose contra ella. El placer es inmediato, y por eso, le agarra la cabeza con ambas manos mientras Nerissa le chupa y le da mordiscos en los dos pezones. Siente las manos de Nerissa subir por sus muslos, apartar el tanga de encaje y colarse entre sus piernas.

—Sabía que no me habías olvidado… —susurra Nerissa contra su piel, al ver que está empapada.

—Calla y fóllame —le exige Seraphina, casi sin aliento.

Nerissa obedece. Dos dedos se hunden en ella de golpe, profundos y seguros. Seraphina suelta un jadeo ahogado y clava las uñas en los hombros de Nerissa. Poco después empieza a moverse contra su mano, y el despacho se llena de un sonido delicioso que ya echaba de menos.

Nerissa la gira de repente, la inclina sobre el escritorio para dejarla apoyada, y le sube el vestido hasta la cintura. Seraphina se agarra al borde de la madera, jadeando, mientras siente cómo Nerissa se arrodilla detrás de ella y le abre bien las piernas. El primer lametazo la hace temblar. Nerissa la devora sin piedad y Seraphina muerde su

propio antebrazo para no gritar. El placer sube en oleadas violentas, tan intenso que hasta le duelen los músculos.

—Nerissa… por Dios… —gime, empujando la cintura contra su boca.

Y después, la cirujana busca su propio placer metiendo una mano entre sus bragas.

—Te he echado tanto de menos… —gruñe Nerissa contra su oído, mordiéndole el lóbulo—. No sabes cuánto.

Seraphina solo puede gemir. El orgasmo la golpea de repente y se corre con fuerza, temblando. El placer la ciega unos segundos, y cuando abre los ojos, Nerissa la ha girado de nuevo y la besa con desesperación, buscando su propio alivio.

Seraphina no duda. La sienta en el borde del escritorio, le abre las piernas y se arrodilla entre ellas. El sabor de Nerissa la embriaga. Lame y chupa con avidez, buscando su interior con los dedos hasta volverla loca. Nerissa le agarra el pelo con fuerza, guiándola, y empieza a jadear su nombre entre dientes.

—Más fuerte… así… Seraphina, joder…

Se corre con un gemido ahogado, apretando los muslos alrededor de la cabeza de Seraphina y temblando violentamente. Cuando por fin se relaja, tira de ella hacia arriba y la besa, probándose a sí misma en sus labios.

Durante unos segundos solo se oye el murmullo de las calles.

Seraphina apoya la frente contra la de Nerissa, todavía temblando. La realidad empieza a filtrarse poco a poco: el despacho ajeno, la gala, su marido… Pero cuando Nerissa le acaricia la mejilla con el pulgar y la mira como si fuera lo único real en el mundo, el miedo regresa… aunque esta vez no consigue vencerla del todo.

—No podemos quedarnos —susurra Seraphina.

—Lo sé —responde Nerissa, besándola en los labios hinchados —. Pero esto, no ha terminado aquí.

Seraphina cierra los ojos un instante, conociendo el significado de esas palabras. Su control, esa fachada perfecta que tanto le ha costado mantener, acaba de hacerse añicos otra vez entre las manos de Nerissa.

Y no está deseosa de querer recomponerlo.

Capítulo 2

Mánchester duerme bajo una lluvia fina y persistente cuando Seraphina aparca el coche frente a su casa de Alderley Edge. Las farolas del barrio proyectan reflejos dorados sobre el asfalto mojado, y las fachadas victorianas, con sus detalles elegantes y sus jardines cuidados, permanecen envueltas en un silencio casi irreal a esa hora de la madrugada. Siempre le había parecido el lugar perfecto para criar a una familia: discreto, elegante, lo bastante alejado del bullicio de Mánchester como para garantizar la privacidad y lo bastante exclusivo como para cumplir con las expectativas de los Chapman.

Durante años, esa casa había simbolizado exactamente eso: seguridad, estabilidad y éxito. Pero esa noche, sin embargo, solo se le antoja una estructura enorme repleta de habitaciones donde esconderse de sí misma. Seraphina apaga el motor y se queda inmóvil durante unos segundos, con las manos todavía aferradas al volante. El cuerpo le sigue vibrando. El recuerdo de los labios de Nerissa contra los suyos se le adhiere a la piel como una marca, imposible de borrar. Durante todo el trayecto ha intentado convencerse de que solo fue un error, otro desliz provocado por el alcohol, la nostalgia y seis meses de distancia.

Pero no funciona. Porque lo que sintió entre aquellas cuatro paredes no tuvo nada de accidental, y la culpa le golpea el pecho con fuerza.

No han llegado juntos a casa porque Elliot tuvo que marcharse con los inversores para un cóctel lejos del hotel. Seraphina sale del coche antes de que los pensamientos la ahoguen y recorre el camino de piedra hasta la entrada principal. Dentro, la casa permanece casi completamente a oscuras, salvo por la lámpara tenue del salón.

Se quita los tacones nada más cerrar la puerta, y el suelo de madera fría bajo las plantas de sus pies le devuelve una sensación demasiado real. Deja el bolso sobre la consola del vestíbulo y se dirige hacia las escaleras cuando una voz cansada surge desde el salón.

—Son casi las dos.

El sobresalto le recorre el cuerpo entero. Elliot está sentado en el sofá, con la corbata aflojada y una copa de whisky casi vacía en la mano. Al levantar la vista hacia ella, su expresión se mantiene serena, siempre demasiado serena, como si nada pudiera alterar de verdad el orden que él impone a su mundo.

—No sabía que habías vuelto —murmura Seraphina, y esconde un mechón de su pelo tras la oreja—. Pensaba que ibas a quedarte con los chicos un poco más.

—Te mandé un mensaje —responde él con calma, aunque sus ojos recorren el rostro de ella durante un rato. Seraphina nota un pinchazo incómodo de alarma. «¿Se me notará algo? ¿Puede alguien percibir todavía el rastro del sexo con otra horas después?». La idea le parece ridícula, pero el miedo se instala en su cuerpo de todos modos.

—Lo siento. No lo vi. Tenía el móvil silenciado —explica ella mientras se acerca al minibar para servirse un vaso de agua, solo por la necesidad de moverse y romper la intensidad de esa mirada.

—Eso imaginé. El resto de la gala se alargó bastante, supongo.

Elliot la observa beber con atención. Seraphina evita sostenerle la mirada. De hecho, lleva años perfeccionando ese delicado equilibrio entre cercanía y distancia: sabe cómo hacer para que su voz suene natural, cómo sonreír en el momento preciso y cómo ocultar el cansancio tras su elegancia. Sin embargo, esa noche se siente peligrosamente fuera de control.

—¿Va todo bien? —pregunta Elliot. La pregunta debería sonar cariñosa entre un matrimonio, pero en realidad suena protocolaria, como si ambos llevaran tiempo funcionando en automático, sin recordar cómo hablarse con sinceridad.

—Sí, claro —contesta ella—. Solo estoy cansada. Han sido muchas horas de pie.

Él da un pequeño sorbo al whisky y asiente despacio.

—Sí, se te ve agotada.

Porque lo está. Agotada de mentir, de contenerse, de fingir que no existe una grieta enorme que atraviesa su vida desde hace años.

—Y la semana ha sido larguísima —responde Seraphina, y se acerca un poco más, aunque mantiene una distancia prudente con su marido—. La junta, los presupuestos trimestrales… ya sabes cómo va esto.

Elliot deja la copa sobre la mesa baja y se incorpora, estirando los hombros.

—Ven a dormir. Mañana tienes reunión con la junta a primera hora.

Ahí está otra vez: la organización impecable de sus vidas, los horarios, los compromisos, las rutinas perfectamente coordinadas. Seraphina asiente y lo sigue escaleras arriba, sintiendo que cada peldaño le arde más en los pies. Cuando Elliot se acerca para besarle la mejilla antes de entrar en el vestidor, ella contiene una reacción instintiva. Por primera vez en mucho tiempo, el contacto de su marido le resulta extraño, incluso ajeno. Y esa sensación la destroza un poco más.

*

La mañana llega demasiado pronto. Seraphina abre los ojos antes incluso de que suene la alarma. Durante unos segundos permanece inmóvil bajo las sábanas, escuchando la respiración pausada de Elliot a su lado. Después lo recuerda todo: el balcón, Nerissa, sus jadeos ante el orgasmo. El estómago se le contrae con una mezcla devastadora de ansiedad y deseo que le resulta casi insoportable. Se incorpora con cuidado, intentando no despertarlo, y se dirige al baño. El reflejo que le devuelve el espejo la obliga a detenerse. Parece cansada, más de lo

habitual. Hay algo distinto en sus ojos, algo peligrosamente vivo y se odia un poco por sentirse así.

Media hora después baja a la cocina ya vestida para el trabajo. La casa empieza a despertar a su alrededor: el sonido lejano de la ducha de Elliot, la cafetera que comienza a funcionar y el murmullo constante de la lluvia detrás de los cristales. Entonces escucha pasos acelerados por el pasillo.

—¡Mamá! —exclama Ivy, que aparece primero, despeinada y todavía medio dormida con su pijama rosa arrugado. La niña de seis años se lanza a abrazarla como si llevaran días sin verse, aunque solo hayan pasado unas horas.

Seraphina sonríe de manera automática y se inclina para cogerla en brazos, inhalando el olor familiar a champú infantil.

—Buenos días, pequeña mía. ¿Has dormido bien?

—Oliver dice que hoy va a llover todo el día y que no podremos salir al jardín —protesta Ivy con un mohín, enterrando la cara en su cuello.

—Porque va a llover todo el día —interviene Oliver, que entra detrás con esa expresión solemne tan propia de un niño de nueve años que se considera muy razonable—. Alexa lo dijo esta mañana.

Seraphina no puede evitar soltar una carcajada mientras deja a Ivy en el suelo.

—Entonces tendremos que sobrevivir al climático británico como auténticos campeones. ¿Qué os parece si preparamos tortitas y montamos un fuerte en el salón cuando vuelva del trabajo?

Oliver apenas sonríe, aunque intenta mantener su aire serio, y se sienta en la isla de la cocina. Esos momentos siempre consiguen romper algo dentro de Seraphina. Ama a sus hijos con una intensidad feroz y absoluta; son lo único que jamás ha puesto en duda. Y precisamente por eso la culpa se vuelve casi insoportable. Mientras les prepara el desayuno, Ivy le cuenta con todo lujo de detalles una anécdota de la función escolar y Oliver protesta porque un compañero hizo trampas en

un examen de ciencias. Todo parece tan normal, tan cotidiano, que Seraphina siente ganas de llorar de repente.

¿Qué clase de persona pone en riesgo algo así? La imagen de Nerissa vuelve a invadirle la mente sin permiso. «Dime una sola vez que eres feliz». Aprieta la taza de café con fuerza.

—Mamá —la llama Oliver.

Levanta la vista. El niño la observa con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Me estás escuchando?

Seraphina fuerza una sonrisa y le revuelve el pelo con cariño.

—Claro que sí, cariño. Perdona, estaba pensando en la reunión de hoy. Cuéntame otra vez eso de las trampas.

Pero en realidad no estaba escuchando, y tampoco lo hace la siguiente hora antes de vestirse, coger el coche e ir a trabajar.

La clínica principal del grupo Hale Medical ocupa uno de los edificios más modernos del centro financiero de Mánchester. Cristal, acero y líneas minimalistas cuidadosamente diseñadas para transmitir prestigio y excelencia. Seraphina llega poco antes de las ocho y media. El vestíbulo ya bulle de actividad, y todo el mundo la saluda con deferencia.

—Buenos días, doctora Chapman.

—Lady Chapman.

—Me alegro de verla de vuelta.

Ella responde con sonrisas automáticas mientras atraviesa el edificio hacia los ascensores privados. Su despacho, situado en una esquina completa de la última planta, es desde donde coordina como directora financiera las distintas clínicas privadas del grupo. Normalmente, el espacio le transmite control, pero en ese momento solo consigue sentirse atrapada.

Acaba de dejar el bolso sobre la mesa cuando alguien llama a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abre y, durante un segundo, el mundo deja de girar con normalidad. Nerissa entra con un abrigo oscuro sobre los hombros y una carpeta bajo el brazo. El pelo le cae desordenado alrededor del rostro, y la expresión serena que mantiene resulta casi insultante después de lo ocurrido la noche anterior. Seraphina se queda mirándola varios segundos, con el pulso acelerado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

Nerissa cierra la puerta despacio y se vuelve hacia ella.

—Buenos días para ti también, Seph.

Es la única en el mundo que ha acortado su nombre así. Y a la única que dejaría hacerlo.

—Nerissa…

—Tranquila, solo he venido por trabajo —responde ella con naturalidad, levantando la carpeta—. El presupuesto del departamento de traumatología necesita aprobación antes del cierre trimestral, y me están volviendo loca con los recortes. Sabes que como cirujana hay cosas que no puedo permitir, así que pensé que podrías revisarlo conmigo.

Las dos saben perfectamente que podría habérselo dicho por correo electrónico. Antes de que Seraphina pueda responder, dos enfermeras pasan frente al despacho y saludan con entusiasmo al ver a Nerissa.

—¡Doctora Ashcombe! Qué alegría verla por aquí otra vez —dice una de ellas.

—Gracias, Rachel.

Nerissa responde con amabilidad, pero Seraphina percibe el matiz inevitable detrás de esas palabras. Durante meses, Nerissa apenas ha pisado esa clínica desde la reorganización de comités. Y ambas saben exactamente por qué. Cuando vuelven a quedarse solas, Seraphina cruza los brazos.

—Esto es una mala idea.

—¿Entrar en tu despacho? —Nerissa arquea una ceja con ironía —. Bastante tarde para descubrirlo.

Seraphina la fulmina con la mirada.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Nerissa sostiene su mirada unos segundos y luego deja la carpeta sobre la mesa.

—Llevo seis meses dejando que huyas de mí. Creo que ya hemos tenido suficiente distancia.

El corazón de Seraphina late demasiado deprisa.

—Estamos en el trabajo —le susurra.

—Sí. Y es agotador fingir que apenas nos conocemos cuando llevamos años destruyéndonos lentamente. ¿No te parece?

La crudeza de la frase le corta la respiración, y Seraphina se gira hacia la cafetera solo para romper el contacto visual y ganar unos segundos.

—¿Quieres café? —le pregunta.

Nerissa tarda un segundo en responder.

—Sí, por favor.

El sonido de la máquina llenando las tazas invade el despacho mientras el silencio las abraza. Seraphina intenta concentrarse en algo mecánico, pero siente la mirada de Nerissa clavada en ella todo el tiempo.

—Sigues tomando demasiado azúcar —murmura Nerissa cuando ella deja una taza frente a ella.

Seraphina alza la vista, sorprendida.

—Y tú sigues fijándote en detalles que no deberías recordar.

Nerissa esboza una sonrisa orgullosa.

—Nunca he olvidado nada que esté relacionado contigo. Ese ha sido siempre parte del problema.

Seraphina se apoya en el borde de la mesa, intentando ignorar el vuelco incómodo que siente en el pecho.

—No deberías haber venido.

—Y tú no deberías haberme follado anoche —replica Nerissa con voz baja pero firme—. Estamos empatadas.

Seraphina aprieta la taza caliente entre las manos, buscando anclarse a algo tangible para no lanzarse sobre ella como una perra en celo.

—No sé qué quieres de mí.

Nerissa la observa en silencio antes de responder con sinceridad.

—La verdad. Solo eso.

La verdad es peligrosa, y Seraphina lo sabe. Implica admitir que piensa en Nerissa constantemente, que lleva años despertándose junto a Elliot imaginando otra vida, que otra vez se ha sentido más viva que nunca entre sus brazos.

—Tengo una familia —le recuerda.

—Lo sé.

—Entonces deja de mirarme como si todo fuera tan sencillo —le suplica Seraphina.

Algo parecido al cansancio cruza el rostro de Nerissa.

—No creo que sea sencillo. Solo creo que llevas tanto tiempo viviendo para los demás que ya ni siquiera distingues lo que quieres tú.

Seraphina aparta la mirada hacia los ventanales. Mánchester aparece gris y borrosa detrás de la lluvia.

—Elliot no es un mal hombre.

—Nunca dije que lo fuera.

—Es un buen padre y me quiere.

Nerissa guarda silencio unos segundos, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Yo no estaría tan segura. Pero aquí lo que importa es que tú a él no.

Seraphina siente cómo el corazón se le encoge violentamente. Porque ahí está otra vez esa sensación insoportable: la de ser vista por una mujer maravillosa, sin ningún tipo de filtro.

—No puedes pedirme que destruya mi vida —susurra.

—No te estoy pidiendo nada. Solo que dejes de huir.

—Anoche parecía lo contrario.

Nerissa deja la taza sobre la mesa y da un paso más cerca.

—Anoche te dejé muy claro que llevaba seis meses intentando olvidarte y fracasando cada día. Porque estoy cansada de conformarme con las migajas que me das. Porque mientras Daphne me hablaba, yo solo podía pensar en cómo arrugas la nariz cuando estás enfadada, en cómo te muerdes el labio cuando estás nerviosa… en todo lo que nunca he conseguido borrar.

A Seraphina se le seca la garganta.

—No digas esas cosas aquí.

—¿Por qué? ¿Porque podrían ser verdad?

Ella cierra los ojos un segundo. La proximidad de Nerissa resulta asfixiante incluso a varios pasos de distancia.

—No sé qué hacer contigo —admite en un susurro.

Nerissa la mira con una mezcla devastadora de ternura y agotamiento.

—Ese es el problema, Seraphina. Siempre intentas gestionar lo que sientes como si fuera otro departamento más de la clínica.

La frase le arranca una risa breve y amarga.

—Y tú siempre apareces justo cuando consigo volver a poner algo de orden.

—No. Yo aparezco cuando dejas de mentirte durante cinco minutos —corrige Nerissa, acercándose lentamente a la mesa.

—Esto no puede seguir pasando.

—Entonces mírame a los ojos y dime que no sentiste nada.

Seraphina levanta la vista y comete el error de sostenerle la mirada. Porque ahí sigue todo: el deseo, la rabia, las ganas de besarla sin pensar en nada más.

Nerissa baja la voz hasta convertirla en un murmullo íntimo.

—Solo dime que puedes volver a casa con Elliot, besarle y fingir que esto no existe.

Seraphina intenta responder, pero las palabras no le salen. Y ambas entienden exactamente lo que significa ese silencio.

Capítulo 3

Seraphina irrumpe en el aseo privado de su oficina con el corazón latiéndole con fuerza en la garganta. El mármol blanco cubre las paredes y el suelo, un lavabo de líneas rectas y puras se impone bajo un espejo amplio que parece juzgar cada gesto. Se aferra al borde frío de la cerámica con ambas manos, inspira profundamente y cierra los ojos un instante en un intento desesperado por recomponer la máscara impecable de directora financiera.

La puerta se abre de nuevo y ve a Nerissa sobre el espejo.

—Nerissa, esto no es el lugar —afirma.

Nerissa guarda silencio durante unos segundos. Avanza hacia ella, y se detiene a menos de un paso de distancia, sin llegar a tocarla.

—Mírame —le ordena Nerissa.

Seraphina levanta la barbilla por puro instinto, aunque sus dedos permanecen anclados sobre el borde del lavabo como si este fuera el último anclaje a la realidad. Después, intenta recuperar el terreno con palabras.

—Tengo una fusión que dirigir. No puedes irrumpir de esta manera cada vez que…

La frase muere en sus labios cuando Nerissa alza una mano con deliberada lentitud y aparta un mechón rebelde que se había de su recogido.

—No uses ese tono conmigo —murmura Nerissa, inclinándose hacia ella. Su aliento cálido roza la oreja de Seraphina y le provoca un nuevo estremecimiento—. No cuando las dos sabemos perfectamente qué es lo que quieres.

Seraphina traga saliva con dificultad. Su respiración se ha vuelto entrecortada, una traición evidente de su cuerpo. Busca en su mente cualquier argumento que pueda usar, pero Nerissa niega con la cabeza una sola vez y el silencio se adueña del espacio.

—¿De verdad pretendes que solo seamos colegas? —le reta Nerissa, con una sonrisa burlona en los labios.

Seraphina cierra los ojos durante un segundo.

—Fue… un error —responde la directora en voz baja.

—No —responde Nerissa con rotundidad mientras coloca una mano en el lavabo, enjaulándola—. No fue un error. Yo diría que ha sido la única vez en estos meses que te has dejado llevar. Y ahora quieres volver a encerrarme en esa caja de «nada ha pasado». Y no quiero ser algo a lo que acudes cuando tu cama se queda fría.

Las palabras le golpean. Porque Nerissa representa todo lo que ha echado de menos y, sobre todo, alguien que la ve de verdad, sin filtros ni apariencias.

—No puedo… —susurra Seraphina, aunque sus ojos descienden inevitablemente hasta los labios de Nerissa.

—Sí puedes —replica Nerissa—. Pero esta vez no te permitiré huir después.

Nerissa por fin la toca. Un solo dedo recorre con lentitud el borde del cuello de la camisa de seda blanca, descendiendo hasta el primer botón. Seraphina exhala un suspiro tembloroso. Ese mínimo contacto enciende cada terminación nerviosa de su cuerpo. La mano de Nerissa se detiene ahí, esperando, obligándola a tomar una decisión.

Y Seraphina lo hace.

Se inclina hacia delante y busca su boca. Sus labios se apoderan de los de Seraphina con posesividad, y sus manos ascienden por los costados de la directora, arrugando la camisa con deliberada lentitud mientras desabrocha los botones uno a uno.

Seraphina gime contra su boca al sentir el aire fresco sobre la piel. Las palmas cálidas de Nerissa cubren sus pechos por encima del

delicado sujetador de encaje y los aprietan con firmeza, mientras propias manos, temblorosas, se aferran a la chaqueta oscura, tirando de la tela para acercarla todavía más.

—Despacio —murmura Nerissa contra sus labios—. Quiero que sientas cada segundo.

Inclina la cabeza y traza un sendero de besos húmedos por el cuello de Seraphina. La mujer echa la cabeza hacia atrás y se ofrece sin palabras, mientras los dedos de Nerissa trabajan rápido y la deja expuesta, únicamente con la camisa abierta y la ropa interior, temblando bajo la luz del aseo.

Nerissa la levanta sin esfuerzo aparente y la sienta en el borde del lavabo. El mármol frío contra sus muslos desnudos le arranca un jadeo. Nerissa se coloca entre sus piernas abiertas, dominando el reducido espacio, y rápido, sus manos recorren los muslos de Seraphina con lentitud, ascendiendo poco a poco hasta detenerse en el borde de las bragas. Levanta la mirada y busca los ojos de la directora financiera.

—Dime que me deseas —exige.

Seraphina, con las mejillas encendidas y la respiración entrecortada, asiente primero. Después, rota por la necesidad, responde:

—Te deseo.

La sonrisa de Nerissa aparece lenta y triunfal. Desliza las bragas hacia abajo y las deja colgando de un tobillo. Sus dedos la exploran con una paciencia exquisita, trazando círculos suaves y presionando exactamente donde Seraphina más lo necesita. Seraphina arquea la espalda, buscando mayor fricción.

—Así —susurra Nerissa contra su oído—. Quiero que lo disfrutes.

Sentir cómo los dedos de Nerissa desaparecen entre sus pliegues húmedos le arranca un gemido más profundo. Y poco a poco, el placer asciende en oleadas lentas e implacables. Seraphina se agarra con fuerza a los hombros de Nerissa, clavando las uñas en su ropa. Sus

caderas se mueven por instinto, buscando el ritmo que Nerissa marca entre sus piernas.

—No te corras todavía —ordena contra su boca después de besarla.

Seraphina deja escapar un sollozo, mientras todo su cuerpo tiembla, a punto de romperse. Nerissa continúa su asedio, y cuando por fin le permite alcanzar el clímax, este golpea a Seraphina con una intensidad abrumadora.

Nerissa acompaña las contracciones con caricias prolongadas, extendiendo el placer hasta que Seraphina se derrumba contra ella, exhausta y temblorosa. Y se dedica a respirar, sintiendo en toda su magnitud el peso de lo que acaba de hacer.

Otra vez.

Porque Seraphina Chapman ha cruzado el punto de no retorno. Y mientras Nerissa le acaricia el pelo con una ternura después de tanta dominancia, Seraphina comprende que no desea retroceder. Que lo único que desea, es encontrar su imagen en la profundidad de los ojos de Nerissa.

Capítulo 4

El quirófano aún conserva ese olor penetrante a antiséptico cuando Nerissa Ashcombe se deja caer sobre el banco metálico del vestuario. Se pasa ambas manos por el rostro con un cansancio que le cala hasta los huesos. Tiene la espalda rígida después de cuatro horas inclinada sobre una rodilla destrozada, y los dedos todavía le palpitan por la tensión constante que ha exigido la cirugía. A través de la puerta entreabierta llegan el pitido lejano de los monitores y el ajetreo apresurado de las enfermeras, que marcan el pulso incansable de la clínica. Sin embargo, ella solo necesita esos minutos de respiro antes de volver a sentirse atrapada entre paredes blancas.

Exhala lentamente y comienza a quitarse el pijama quirúrgico. La operación ha sido especialmente complicada, incluso para alguien con su experiencia. Un delantero del Manchester City ha entrado en quirófano con una rotura múltiple de ligamentos y una fractura asociada tras una entrada salvaje en su último partido. Cuatro horas reconstruyendo una articulación hecha pedazos, mientras el representante del jugador esperaba fuera, como si Nerissa pudiera garantizarle el futuro de una carrera multimillonaria.

Normalmente, ese tipo de exigencia es como una droga para ella, porque el dolor siempre tiene una causa identificable y las soluciones, aunque difíciles, están ahí. Nada que ver con el caos que Seraphina Chapman ha vuelto a instalar en su vida.

Después de una ducha rápida, cierra la taquilla, se pone un jersey negro de cuello alto y unos pantalones oscuros, y se recoge el pelo húmedo en una coleta. Se mira unos segundos en el espejo y la imagen que le devuelve es exactamente lo que Maeve le dirá en cuanto la vea: que está horrible.

El problema no ha sido una cirugía complicada. El problema está en que lleva dos días funcionando a base de café, y una ansiedad que empieza a manifestarse en todo su cuerpo. Desde la gala. Desde el despacho de Seraphina. Desde una mentira que las dos son incapaces de mantener por más tiempo.

Nerissa se obliga a salir antes de que los pensamientos terminen por atraparla.

El restaurante del Northern Quarter se encuentra abarrotado a esa hora del mediodía. Tras los ventanales empañados por la lluvia, la calle bulle con el tráfico habitual.

Nerissa llega cinco minutos tarde y su mejor amiga, ya está sentada junto al ventanal. Lleva una chaqueta de cuero desgastada, botas militares y la cámara colgada del hombro como si formara parte inseparable de su cuerpo, mientras se aparta un mechó de pelo cobrizo de la cara.

Maeve Donnelly siempre da la sensación de vivir exactamente como le place. Probablemente por eso Nerissa la soporta —y la quiere — desde hace más de quince años.

—Tienes una cara espantosa —suelta Maeve nada más verla sentarse frente a ella.

Nerissa resopla mientras deja el móvil sobre la mesa con un gesto cansado.

—Qué bonito reencuentro, de verdad.

Maeve hace un gesto al camarero para pedir otro café y la observa con atención. Nerissa intenta ignorar el peso extraño que lleva instalado en el pecho desde hace cuarenta y ocho horas. El restaurante rebosa de conversaciones cruzadas y ruido de platos, pero ella siente el cansancio zumbándole detrás de los ojos como si fuera un enjambre a punto de picotearla entera.

—¿Has tenido una operación complicada? —se interesa Maeve.

—Rotura completa de cruzado anterior, menisco destrozado y fractura de tibia proximal —enumera Nerissa mientras coge el menú sin mirarlo realmente—. Un puto desastre —añade—. Me he pasado

cuatro horas intentando reconstruir la carrera de un hombre que probablemente volverá a lesionarse dentro de un año porque alguien le pagará millones para que corra antes de su total recuperación.

—Eso ha sonado muy optimista —comenta Maeve con ironía.

—Hoy me siento especialmente luminosa —replica Nerissa con una sonrisa apagada.

Maeve la estudia en silencio durante unos segundos. Nerissa conoce esa mirada demasiado bien: es la que precede a una conversación que preferiría evitar.

—¿Qué? —murmura al final.

Maeve deja la cámara sobre el asiento vacío a su lado y se inclina ligeramente hacia delante.

—¿Ya vuelve a rondarte la cabeza?

Nerissa nota cómo se le tensa el estómago de inmediato.

—No empieces, Maeve.

—La cara que traes podría ilustrar un manual clínico bajo el título «obsesión emocional severa» —insiste su amiga.

—Estoy cansada, solo eso.

—Claro. Y yo soy monja —responde Maeve con sorna.

Nerissa aprieta la mandíbula mientras el camarero deja delante de ella un café negro demasiado cargado. Le da las gracias y remueve el azúcar sin necesidad, solo por ocupar las manos.

Maeve no aparta los ojos de ella.

—Yo solo quiero recordarte que lo de Daphne pasó hace nada —le recuerda Maeve, y pierde unos segundos en beber de su café—. Todavía huele a quemado.

La culpa atraviesa el pecho de Nerissa de nuevo. Daphne Mercer. Inteligente, divertida y demasiado paciente para lo poco que recibió a cambio. Nerissa desvía la mirada hacia el ventanal salpicado de lluvia.

—De verdad que hoy no necesito que sea mi terapeuta —protesta Nerissa.

—Pues te fastidias, porque vas a escucharme igual —contesta Maeve mientras se reclina en la silla y se cruza de brazos.

La fotógrafa se toma un momento antes de continuar, con esa brutal honestidad que siempre la ha definido.

—La engañaste solo para demostrarte a ti misma que Seraphina Chapman no controlaba tu cuerpo y tus pensamientos, y lo único que conseguiste fue romperle el corazón a una mujer que no se lo merecía. ¿De verdad vas a seguir demoliendo tu vida de esta manera?

Las palabras caen con dureza. Nerissa la odia un poco por tener razón, pero ni por esas puede evitar lo que siente. El camarero deja un plato frente a ella, pero apenas le presta atención; tiene el estómago cerrado desde hace horas.

«A ver quién le dice que nos hemos vuelto a…». Nerissa sacude la cabeza mentalmente.

—Quise que me importara, Maeve —admite Nerissa, y su voz suena rota, sin sarcasmo ni arrogancia, solo profundamente agotada—. Te juro que lo intenté. Intenté que Daphne me tocara y que fuera suficiente. Quería tener el control de algo en mi vida. Pero cada vez que cerraba los ojos… no era su cara la que veía.

Maeve exhala despacio. No la está juzgando, ni mucho menos, pero está cansada, y también resignada de ver cómo su mejor amiga repite la historia una y otra vez.

—Y aun así tuviste el valor de alargar vuestra relación durante meses —le reprocha Maeve.

Nerissa aprieta los labios. Porque sí, eso es exactamente lo que hizo. Durante aquellos meses de silencio con Seraphina, intentó desesperadamente convencerse de que podía pasar página. Daphne apareció en el momento preciso: segura de sí misma, atractiva y emocionalmente disponible. Una auditora londinense que nunca entendió por qué la famosa traumatóloga de Hale Medical parecía tan inaccesible, incluso cuando estaba desnuda a su lado.

Al principio resultó fácil. Cenas elegantes, sexo, distracción. Después llegó el vacío. Las comparaciones inevitables, la frustración constante y la sensación de estar interpretando una versión defectuosa de sí misma. Hasta que cometió el error definitivo: una noche, después de beber demasiado, se acostó con una desconocida durante un congreso en Leeds. Ni siquiera recordaba bien su nombre al despertar. Solo conservaba la sensación miserable de intentar arrancarse a Seraphina de debajo de la piel con el cuerpo equivocado.

Daphne terminó enterándose, y la discusión posterior, no mejoró ni mucho menos las cosas. «Lo peor no es que me engañaras», le dijo la mujer entre lágrimas de rabia. «Lo peor es que nunca estuviste realmente conmigo.» Nerissa nunca supo responder a eso, porque era la pura verdad.

Maeve da un sorbo lento a su café antes de mirarla de nuevo.

—¿Sabes qué es lo más triste de todo esto?

—Sorpréndeme —responde Nerissa.

—Que sigues actuando como si el problema fuera Seraphina. Pero no lo es. El problema es que llevas años aceptando un papel de segunda categoría en la vida de alguien que jamás termina de elegirte.

El comentario impacta en Nerissa como si alguien le hubiera dado un puñetazo en las costillas. «Me mata si se entera». Guarda silencio mientras juguetea con el tenedor sin tocar la comida.

Porque la peor parte es que Maeve aún no sabe nada de la gala, ni de cómo Seraphina tembló entre sus brazos. Tampoco conoce los detalles de lo que pasó en el despacho de la mujer, cuando por primera vez en años Nerissa vio verdadero miedo en sus ojos. Un miedo peligrosamente cercano a la rendición.

Maeve la observa unos segundos más y suspira.

—Dios, estás peor de lo que pensaba.

—Gracias por el apoyo emocional —ironiza Nerissa.

—De nada. Para eso están las amigas —responde Maeve, estirando la mano sobre la mesa para apretarle el antebrazo con

suavidad—. Mira, guapa… yo sé que la quieres. Llevo escuchando el nombre de Seraphina Chapman desde que entraste a trabajar en esa clínica y fingías que lo que sentías era solo tensión sexual. Pero ya no estamos ahí.

Nerissa baja la mirada al café.

—Lo sé.

—No, no lo sabes —insiste Maeve—. Porque si lo supieras habrías dejado de permitirle hacerte esto hace mucho tiempo.

El comentario le irrita.

—Ella no me obliga a nada —protesta Nerissa.

Maeve arquea una ceja con escepticismo.

—¿En serio? Porque desde fuera parece que esa mujer chasquea los dedos y tú vuelves corriendo, aunque acabes hecha polvo después.

La mandíbula de Nerissa se tensa. Quiere discutir, defenderla, defenderse. Pero está demasiado cansada para mentirse.

—Es que tú no lo entiendes —se atreve a murmurar.

Maeve suelta una carcajada incrédula.

—¿Perdona? Soy fotógrafa. Me gano la vida leyendo lo que la gente intenta ocultar. He coincidido con vuestra maravillosa directora financiera suficientes veces para ver de qué pie cojea y cómo te mira.

Eso consigue que Nerissa levante la vista de golpe.

—¿Cómo lo hace según tú?

Maeve suaviza la expresión.

—Como alguien que lleva años aterrorizada de dar el paso.

El corazón de Nerissa late con más fuerza durante un segundo. Ahí está el verdadero problema. Porque incluso después de todo —el silencio, el rechazo y el desastre emocional—, una parte de ella sigue aferrándose a algo tan pequeño como esa frase.

Maeve lo percibe al instante.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara? —pregunta Nerissa, aunque sabe perfectamente a qué se refiere.

—La de «quizá si le doy otra oportunidad, sea distinto». Porque no quieres darle otra oportunidad ¿verdad?

Nerissa aparta la mirada de inmediato. Demasiado tarde.

Maeve entrecierra los ojos.

—Espera… ¿Ha pasado algo?

El silencio dura medio segundo de más.

—Nerissa.

Ella coge la taza de café intentando ganar tiempo.

—No empieces a montarte teorías.

Maeve abre mucho los ojos.

—Madre de Dios. Ha pasado algo. ¿Te la has vuelto a tirar?

Varias personas de la mesa vecina se giran. Nerissa le lanza una mirada asesina.

—¿Puedes bajar la voz, por favor?

Maeve se reclina lentamente en la silla, completamente atónita.

—Sabía que esa cara no era solo por el cansancio.

Nerissa siente el pulso martilleándole en las sienes. Parte de ella no quería contárselo a nadie todavía, como si verbalizarlo lo volviera más real y más peligroso.

—Fue un encuentro casual —confiesa Nerissa, y se ancla a la taza de café—. En la gala benéfica.

Maeve se queda inmóvil unos segundos, procesando la información.

—¿Y después?

La imagen de Seraphina en su despacho regresa con fuerza, y Nerissa se pasa una mano por la nuca con lentitud.

—Después fue a peor… en su despacho.

—Joder, Nerissa… —suspira Maeve, observándola con atención.

Ella cierra los ojos un instante, exhausta.

—Lo sé.

Maeve coge su taza de nuevo y la mira con seriedad.

—Mira, escucha bien lo que voy a decirte, porque probablemente no te va a gustar. Si Seraphina Chapman no está dispuesta a romper de verdad la vida perfecta que lleva, va a terminar arrastrándote con ella mientras se decide. Y tú… —aprieta suavemente los dedos alrededor de la taza—, ya estás demasiado jodida para sobrevivir a otro golpe como ese. Así que, más vale que pongas un poquito de control.

Capítulo 5

La noche se extiende sobre los jardines de la residencia Chapman con una quietud elegante. Un viento suave agita las copas de los robles, y sus hojas susurran secretos que nadie se atreve a pronunciar. Dentro, las luces cálidas de las lámparas de araña bañan el comedor con un resplandor dorado que se refleja en la plata y en las copas de cristal dispuestas para la cena. Seraphina Chapman termina de colocar la última copa sobre la mesa, y el leve tintineo del vidrio contra el mantel resuena en el silencio de la casa.

Todo está impecable. Exactamente como debe ser.

Durante años, Seraphina ha encontrado en su hogar un refugio lejos del bullicio corporativo, de las juntas, de las cámaras y los titulares que siempre acompañaban al apellido Chapman. Pero ahora, mientras ajusta por enésima vez un cubierto que ya se encontraba perfecto, vuelve a sentir cómo las paredes se estrechan a su alrededor, oprimiéndole el pecho con una presión sorda y constante.

Hace menos de setenta y dos horas estaba encerrada en el aseo privado de su despacho, con las manos de Nerissa sujetándole la cintura como si el mundo entero pudiera desmoronarse en cualquier momento. Y ahora está aquí, preparando una cena de negocios junto a su perfecto marido. La disociación le provoca un vértigo que le obliga a apoyarse un instante en el borde de la mesa, y después, respira hondo, intentando recuperar el control.

—Mamá, Ivy me ha quitado el mando —protesta Oliver irrumpiendo en el comedor con el rostro enrojecido por la indignación. Sus zapatillas deportivas chirrían levemente sobre el parquet.

—Porque tú estabas viendo documentales aburridísimos —replica Ivy, apareciendo justo detrás de él con los brazos cruzados y una

expresión de superioridad que solo una niña de seis años puede lograr.

Seraphina se obliga a esbozar una sonrisa cálida, aunque por dentro sigue sintiendo ese torbellino constante que tiene nombre y apellido. Se agacha para quedar a la altura de sus hijos y les revuelve el pelo.

—Oliver, cariño, tienes nueve años. No puedes monopolizar la televisión con programas sobre submarinos —le dice Seraphina con paciencia.

—Pero era interesante, mamá —insiste el niño, mirándola con esos ojos grandes y sinceros que tanto le recuerdan a Elliot.

—No lo era para nada —sentencia Ivy, cruzándose de brazos con más fuerza—. Yo quiero ver los dibujos.

La discusión infantil arranca una risa breve y genuina de los labios de Seraphina. Durante un segundo fugaz, casi peligroso, el peso que le aplasta el pecho desde la gala parece aligerarse. Es como si, por un momento, pudiera volver a ser simplemente una madre atendiendo a sus hijos en una noche cualquiera.

En ese preciso instante, Elliot entra en el comedor terminando de ajustarse los gemelos de plata de su camisa blanca. Su presencia llena la estancia con esa seguridad que siempre ha caracterizado al hombre con el que se casó hace más de una década.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Elliot esbozando una sonrisa mientras arquea una ceja observando la escena.

—Oliver quiere traumatizar a su hermana con documentales sobre submarinos —explica Seraphina, incorporándose con elegancia.

—Es una historia interesante —protesta Oliver de nuevo.

—Seguro que sí —responde Elliot con humor, guiñándole un ojo a su hijo—. Pero la tele en el salón, se ha terminado por hoy —aclara, y después se acerca y despeina suavemente el pelo castaño del niño antes de coger en brazos a Ivy, que protesta entre risas.

Seraphina los observa desde unos pasos de distancia. La escena es doméstica, tan llena de un calor cotidiano, que le duele en lo más

profundo. Quiere a ese hombre. Quizá no con la pasión arrebatadora que siente por Nerissa, pero sí con un cariño profundo y real. Elliot es un buen padre, un compañero leal, alguien que jamás le ha hecho daño a propósito. Y ella, sin embargo, está empezando a desmoronar todo con sus propias manos. El pensamiento le provoca una punzada aguda de culpa que le sube por la garganta.

—Los Beckett llegarán en diez minutos —anuncia Elliot mientras deja a Ivy en el suelo con cuidado—. ¿Está todo listo, cariño?

Seraphina asiente, aunque por dentro siente que nada lo está.

—Sí.

Él se acerca entonces y le coloca una mano en la cintura con naturalidad, un gesto habitual después de tantos años. El contacto, sin embargo, hace que el cuerpo de Seraphina se tense de forma involuntaria. Durante un segundo, su mente traicionera evoca otras manos, más exigentes y ardientes, presionando exactamente el mismo lugar. El terror ante su propia reacción le recorre la espalda.

Pero Elliot no parece notarlo. Se inclina y murmura cerca de su oído:

—Estás preciosa esta noche.

Seraphina fuerza una sonrisa y le recoloca la corbata.

—Tú también estás muy guapo.

Él le sonríe y le besa la frente con ternura antes de alejarse hacia el salón. La culpa casi la ahoga. Seraphina se queda inmóvil unos segundos, contemplando cómo Oliver persigue a Ivy por el pasillo entre risas mientras Elliot les amenaza en broma si rompen algo antes de que lleguen los invitados. Esa escena debería transmitirle paz. En cambio, siente que está observando la vida de otra mujer: una vida perfecta, ordenada, construida sobre capas y capas de silencios y secretos cuidadosamente guardados.

El timbre suena exactamente a las siete y media. Adrian Beckett entra con la seguridad elegante de quien está acostumbrado a dominar cualquier espacio, incluso los más íntimos. Alto, impecablemente vestido con un traje oscuro que resalta su figura atlética, estrecha la

mano de Elliot con firmeza mientras su esposa, Claire, saluda a Seraphina con esa cordialidad refinada y algo distante que caracteriza a las mujeres de su círculo.

—Qué noche más fresca se ha quedado —comenta Claire mientras se quita el abrigo de cachemir y se lo entrega—. Me encanta cómo el viento sisea entre los árboles.

—Es Mánchester intentando mantener su reputación —responde Seraphina, esbozando una sonrisa educada—. A mí también me encanta.

La cena comienza de forma impecablemente civilizada. Las conversaciones fluyen entre política, inversiones internacionales y los habituales comentarios sobre colegios privados y próximas vacaciones familiares. Seraphina se mueve entre la cocina y el comedor, rellenando las copas, supervisando los platos y manteniendo esa elegancia fría que tanto admiran en los círculos empresariales. Pero por dentro se siente agotada, al borde del colapso.

Cada vez que se detiene más de cinco segundos, regresa a una imagen que le gustaría estar repitiendo. A la respiración agitada de Nerissa, sus palabras susurradas. «Solo dime que puedes volver a casa con Elliot, besarle y fingir que esto no existe». Pero el problema es que ya no puede fingir. Y esa incapacidad empieza a filtrarse en los detalles más pequeños.

Porque a Seraphina le tiembla ligeramente la mano al servir el vino. Pierde el hilo de una conversación durante unos instantes. Y se sorprende mirando fijamente un punto de la mesa mientras Elliot habla.

—El bufete lleva semanas revisando los últimos flecos del contrato con el fondo de inversión de la Premier —comenta Elliot mientras corta el asado—. Es una jugada maestra. Si el grupo absorbe las clínicas de alto rendimiento, monopolizarán la traumatología deportiva en todo el norte. Y tienen el caballo ganador para convencer a los inversores: la doctora Ashcombe.

Seraphina no mueve un solo músculo. Ni siquiera pestañea. Pero siente cómo el pulso se le desboca violentamente bajo la piel.

—Dicen que continúa haciendo milagros en las rodillas de la mitad de los delanteros de Europa —continúa Elliot con admiración sincera, ajeno por completo a la tormenta interior de su esposa.

Seraphina sostiene la copa de Pinot Noir a un milímetro de los labios, intentando ganar tiempo.

—Es una cirujana excelente, desde luego —responde ella, fingiendo total normalidad. Tanto que hasta ella misma se sorprende—. Su departamento es el activo más sólido de la fusión —añade.

—Excelente se queda corto, cielo —replica Elliot sonriendo mientras bebe un sorbo de vino—. Helena me confesó que retener a Ashcombe en Mánchester y que ya no se vaya es la prioridad. Tiene una reputación impecable.

A Seraphina se le congela la sangre, mientras Adrian deja escapar una risa breve y controlada.

—Las estrellas médicas siempre generan dinero. El talento vende muy bien en los consejos de administración.

—Y Nerissa tiene muchísimo —prosigue Elliot, ajeno al efecto que sus palabras provocan—. Aunque supongo que lidiar con genios de esa categoría en el plano financiero debe de ser un dolor de cabeza, ¿no, Phina? Las personas con tanto talento suelen creerse por encima de las normas.

Seraphina siente el sabor de la ansiedad en la boca. Sabe perfectamente lo peligrosa que puede llegar a ser Nerissa cuando decide ignorar las reglas. Todavía puede sentir sus manos, su aliento, la intensidad de su mirada.

—Todos tenemos debilidades, Elliot. Incluso las mentes más brillantes —responde ella con aparente calma.

La voz de Adrian interviene entonces:

—Lo fascinante de los altos ejecutivos y los médicos de ese nivel es lo bien que gestionan la presión. Viven permanentemente en un escaparate, bajo el escrutinio constante de juntas, inversores y prensa. Debe resultar agotador mantener las apariencias las veinticuatro

horas… sabiendo que el más mínimo desliz podría derrumbar una operación multimillonaria.

El silencio que sigue dura apenas un segundo, pero Seraphina lo siente como una eternidad. Un frío helado le atraviesa el estómago. «¿Es que sabe algo?» La pregunta estalla en su mente con brutalidad. Ya no confía en su propia percepción; desde la gala vive en un estado de alerta permanente donde cualquier gesto parece esconder una amenaza.

Elliot, completamente ajeno, suelta una carcajada.

—Por favor, Adrian, no hables de crisis corporativas durante la cena. Bastante tiene ya con cuadrar los balances con los recortes que están exigiendo.

—Tienes razón, mala idea —admite Adrian alzando su copa hacia Seraphina en un gesto elegante—. Por los balances perfectos.

La sonrisa que acompaña el brindis resulta imposible de descifrar. El corazón de Seraphina late con tanta fuerza que teme que los demás puedan oírlo. Por suerte, Claire rompe por completo el momento.

—Mi marido lleva dos copas de vino y ya empieza a sonar como un villano de una serie mala de televisión.

Adrian sonríe sin apartar la mirada de Seraphina.

—Las auditorías te enseñan a desconfiar de todo el mundo.

—Entonces debes de vivir agotado —le responde Seraphina, consiguiendo esbozar una sonrisa mínima.

—No tanto como la gente que tiene algo importante que ocultar.

El aire parece desaparecer del comedor durante un instante. Elliot sigue comiendo con tranquilidad, relajado, interpretando todo como un simple intercambio intelectual entre profesionales. Pero Seraphina siente el pánico. Conoce bien a Adrian Beckett: es de esos hombres que disfrutan analizando reacciones, estudiando silencios, detectando las grietas más pequeñas para terminar por asestar el peor golpe.

Seraphina se obliga a coger la botella de vino para rellenar las copas. Las manos le tiemblan. No mucho, pero lo suficiente para que el líquido roce el borde de la copa de Adrian. Él levanta la vista hacia ella de inmediato, demasiado atento.

—¿Va todo bien? —pregunta con amabilidad aparente.

—Claro —responde ella sin quebrarse—. Solo está siendo una semana larga.

Adrian asiente despacio, girando la copa entre sus dedos largos.

—Las semanas largas suelen volver peligrosas a las personas inteligentes.

—No hagas caso —interviene Elliot riendo—. Lleva meses obsesionado con encontrar riesgos ocultos en todas partes.

—Porque siempre los hay —afirma Adrian con tranquilidad—. Las grandes estructuras no se derrumban por errores visibles. Se derrumban por pequeñas grietas que, de repente, se hacen más grandes.

La frase cae sobre Seraphina como una amenaza dirigida exclusivamente a ella. Sostiene la copa con fuerza, manteniendo una expresión neutra mientras su mente trabaja a toda velocidad. No sabe si Adrian sospecha realmente algo o si todo sucede solo dentro de su cabeza. Y quizá esa incertidumbre sea lo más aterrador de todo.

Antes todo era más sencillo. Nerissa existía en compartimentos separados: habitaciones de hotel, congresos, llamadas nocturnas. Lugares donde la realidad cotidiana no podía entrar. Ahora su nombre resuena en la mesa familiar, en las conversaciones financieras de Elliot, en las auditorías. En el centro mismo de la vida perfecta que tienen.

Y empieza a comprender algo verdaderamente aterrador: ya no tiene control sobre nada de esto.

La cena continúa entre conversaciones educadas y sonrisas medidas, pero ella apenas escucha. Solo capta fragmentos aislados mientras el miedo late bajo su piel como un segundo corazón. Adrian sirviendo más vino. Elliot hablando con pasión sobre contratos

millonarios. Claire comentando detalles de una exposición benéfica. Todo parece normal, casi idílico.

Y, sin embargo, Seraphina tiene la sensación de estar sentada en mitad de un campo minado, conteniendo la respiración, esperando el momento exacto en que alguien decida pisar la carga que lo haga estallar todo.

Capítulo 6

La sala de juntas de la planta ejecutiva siempre le ha parecido diseñada para intimidar. No solo por el tamaño imponente ni el lujo sobrio que desprenden sus acabados —el roble oscuro de la mesa alargada, las pantallas empotradas en las paredes de cristal o la vista panorámica de Mánchester—, sino por la atmósfera emocional que impregna cada rincón. Ese espacio parece calculado para reducir a las personas a meras cifras, contratos y decisiones estratégicas. Los errores se pagan en millones y las emociones, simplemente, no tienen cabida.

Por eso resulta casi irónico que, nada más cruzar la puerta, Nerissa Ashcombe sienta el corazón golpeándole con fuerza contra las costillas, como si el propio cuerpo decidiera traicionarla en el peor momento posible.

La reunión aún no ha comenzado. Directivos, abogados y miembros de la junta conversan en pequeños grupos dispersos por la sala, mientras los asistentes reparten café y diferentes documentos. El aire huele a perfume de marca, y a esa tensión corporativa tan particular, espesa y casi eléctrica.

Y en mitad de todo ello está Seraphina Chapman.

Sentada a la derecha de Helena Whitmore, revisa unos documentos con una expresión perfectamente neutra. El maquillaje disimula las ojeras, pero no logra ocultarlas por completo. Nerissa percibe el agotamiento en la rigidez excesiva de sus hombros y en el modo meticuloso, casi obsesivo, con el que desliza el dedo por el papel.

Nerissa recuerda con dolorosa nitidez la última mirada que Seraphina le dirigió antes de despedirse en el aparcamiento. Y, sin embargo, ahí sigue. Perfecta. Intocable. Como si no hubiera pasado los últimos días besando a otra mujer en despachos cerrados para después

regresar a casa y dormir junto a su marido. La contradicción provoca en Nerissa un cansancio profundo, casi físico, que no sabe cuánto podrá soportar.

—Doctora Ashcombe —saluda Helena Whitmore.

La presidenta del grupo sanitario permanece de pie al frente de la mesa, con esa elegancia glacial que convierte cualquier conversación en una negociación. Nerissa inclina ligeramente la cabeza y avanza hacia el asiento que le indican al final de la mesa, consciente de cada paso que da.

—Gracias por venir con tan poca antelación —añade Helena.

—No iba a perderme una reunión sobre un presupuesto de esta magnitud —responde Nerissa mientras toma asiento y cruza las piernas.

Percibe el leve movimiento de Seraphina al levantar la vista hacia ella. Solo dura un segundo, pero le basta. Nerissa aparta la mirada de inmediato. Necesita control. Absoluto. No puede permitirse que sus pensamientos la traicionen en ese momento.

Helena espera a que todos ocupen sus puestos antes de comenzar oficialmente la reunión.

—Bien. Como todos saben, el objetivo prioritario de este trimestre es blindar la fusión con el consorcio de medicina deportiva del norte. La competencia londinense lleva meses intentando absorber nuestras clínicas de alto rendimiento y no pienso permitirlo.

Las pantallas proyectan gráficos financieros, porcentajes de inversión y detallados planes de expansión internacional. Nerissa apenas les presta atención; lleva semanas inmersa en aquellas cifras. Lo único verdaderamente importante para ella se encuentra sentada a varios metros de distancia, fingiendo no mirarla, aunque ambas saben que es imposible.

—Como Directora Financiera, la señora Chapman ya ha dado el visto bueno a la partida presupuestaria —continúa Helena, entrelazando las manos sobre la mesa con deliberada calma—. Así que, doctora Ashcombe, la oferta para la jefatura absoluta del nuevo

Departamento de Traumatología de Élite está oficialmente sobre la mesa.

Un asistente desliza una carpeta electrónica hacia Nerissa. Esta la abre, aunque su mente vuela muy lejos de los documentos.

—Londres ha estado tentando su contrato —prosigue Helena—, pero este grupo no va a permitir que Mánchester pierda a su cirujana estrella. Además del puesto directivo, el consejo aprueba un paquete significativo de acciones del grupo sanitario y autonomía total sobre el nuevo centro de rendimiento deportivo.

Nerissa levanta la vista, y sus ojos se encuentran directamente con los de Seraphina. Detrás de su expresión controlada hay algo insoportablemente vulnerable, casi personal. Como si el contrato no fuera solo una cuestión financiera, sino también una forma de atarse, de quedarse, de permanecer cerca una y otra vez.

—Mánchester tiene ciertos incentivos que podrían retenerme aquí. Es cierto.

La frase suena profesional, pero ambas saben perfectamente cómo impacta al otro lado de la mesa. Nerissa capta el mínimo endurecimiento de la mandíbula de Seraphina y el leve descenso en su respiración.

—Acepto las condiciones —añade poco después.

Helena sonríe satisfecha.

—Excelente decisión.

Los abogados comienzan a mover documentos mientras Seraphina autoriza formalmente la operación desde su terminal. Nerissa observa el movimiento elegante de sus dedos sobre la pantalla y siente una punzada absurda al pensar que esa mujer acaba de firmar un contrato que las condena a coexistir aún más cerca. Una ironía que, en realidad, resulta agotadora.

—Si les parece bien, continuaremos con el calendario de transición —propone Helena.

Nerissa activa su presentación. Su voz recupera de inmediato el tono clínico y seguro que utiliza en quirófano: preciso, frío, dominante. Habla de protocolos de recuperación avanzada, de tecnología biomecánica de última generación y de los acuerdos alcanzados con varios clubes de la Premier League, mientras las estadísticas médicas se proyectan en las pantallas.

Sin embargo, en mitad de cada explicación, siente la presencia de Seraphina como una presión constante bajo la piel, un recordatorio vivo de esa realidad que no puede tocar con sus propias manos. Cada gesto, cada respiración de la otra mujer, le resulta ensordecedor.

—La integración de los equipos fisioterapéuticos deberá completarse antes del inicio de temporada —explica—. Cualquier retraso comprometería los contratos de rendimiento con los jugadores internacionales.

—¿Y el margen de riesgo? —interviene uno de los inversores.

—Mínimo —responde Nerissa, cruzando entrelazando los dedos sobre la mesa—. Siempre que el presupuesto aprobado por la Dirección Financiera mantenga los recursos prometidos.

El comentario provoca algunas miradas automáticas hacia Seraphina. Ella levanta la vista lentamente.

—Tranquila, cumpliremos con todos nuestros compromisos, doctora Ashcombe —afirma Seraphina.

El uso deliberado del apellido provoca un escalofrío instantáneo en Nerissa. En boca de Seraphina, «doctora Ashcombe» no suena nada profesional; de hecho, le encantaría ver cómo lo dice mientras se la está follando a cuatro patas. Nerissa siente el calor subirle por la espalda.

—Me alegra oírlo, señora Chapman —replica ella, dejando que las palabras floten unos segundos más de la cuenta.

Nadie parece notarlo. O eso espera.

La puerta de cristal se abre en ese momento y Helena gira ligeramente la cabeza.

—Llegas en el momento perfecto.

Varias personas entran acompañadas por sus asistentes legales. Nerissa reconoce de inmediato el logotipo de Mercer & Associates en las carpetas. Y se hiela en el asiento al ver entrar a Daphne.

El impacto le atraviesa el pecho con una incomodidad inmediata y visceral. Daphne Mercer entra con la misma elegancia impecable que recuerda: traje gris oscuro, pelo rubio y suelto y esa seguridad tranquila que siempre transmitía, incluso en los peores momentos. Nerissa siente cómo su cuerpo se tensa de forma involuntaria. No tenía ni idea de que ella lideraría la consultoría de la fusión.

«Mierda», piensa, mientras intenta mantener la compostura.

—Para los que todavía no la conocen, les presento a Daphne Mercer —anuncia Helena—. Será la auditora jefa encargada de supervisar la transición operativa entre las clínicas deportivas.

Daphne recorre la sala saludando con profesionalidad hasta llegar junto a Nerissa. Entonces ocurre ese pequeño desastre con palabras inexistentes. Daphne sonríe apenas al verla, una sonrisa familiar, demasiado íntima para ojos ajenos. Y también, atentos.

—Doctora Ashcombe —saluda Daphne, apoyando la mano en su hombro un segundo de más.

Nerissa siente de inmediato otra mirada clavándose en ella desde el otro lado de la mesa.

—Daphne —responde ella, manteniendo un tono frío y distante.

Daphne toma asiento cerca de Helena y la reunión continúa. Profesional, y medida al milímetro. Como si semanas atrás no hubiera estado viviendo en el apartamento de Nerissa, dejando libros sobre fotografía médica en la encimera y durmiendo con una de sus camisetas. La culpa golpea a Nerissa de forma inesperada. Daphne nunca mereció cómo terminaron las cosas.

El resto de la reunión se convierte en un ejercicio agotador de autocontrol. Cada intervención de Daphne sobre las auditorías clínicas aumenta la tensión alrededor de la mesa. Cada vez que Seraphina mira en su dirección, sus ojos reflejan algo distinto. Nerissa empieza a comprenderlo con claridad. Está celosa. Y esa realidad le provoca un

breve destello de satisfacción antes de que el cansancio moral la invada por completo. Una pequeña victoria que no tiene ningún sentido. Como tampoco tiene derecho a disfrutarlo. No después de lo ocurrido.

El receso llega una hora más tarde. Directivos y asistentes abandonan parcialmente la sala, y el área de la cafetería de la planta ejecutiva se llena de conversaciones cruzadas. Nerissa permanece junto a una de las ventanas, revisando unos informes, cuando escucha la voz de Daphne a su espalda.

—No sabía que volverías oficialmente.

Nerissa gira lentamente. Daphne sostiene una taza de café entre las manos.

—Yo tampoco sabía que Mercer & Associates había conseguido el contrato —contesta Nerissa, intentando sonreír sin conseguirlo.

—El mundo es pequeño.

Nerissa deja escapar una exhalación.

—Mánchester lo es.

Daphne sostiene su mirada durante unos segundos que parecen eternos.

—Pareces cansada.

—Ha sido una semana larga —admite Nerissa, encogiéndose de hombros mientras aparta la vista hacia la ventana.

—Ya veo.

Entre ellas flotan demasiadas cosas no dichas. La infidelidad que lo rompió todo y la ruptura devastadora que tuvieron hace casi dos meses. Nerissa no encuentra las palabras adecuadas para continuar con la conversación. Pero, por suerte, alguien la salva.

—Daphne, ¿puedes revisar conmigo el cronograma de la auditoría? —interviene uno de los ejecutivos financieros, acercándose con una carpeta abierta.

—Claro —responde Daphne. Antes de marcharse, mira brevemente a Nerissa—. Me alegro de que estés bien.

La frase le deja un sabor amargo en su garganta. Porque en realidad no lo está. Y probablemente Daphne siempre ha sido demasiado inteligente para no darse cuenta.

Minutos después, Nerissa se dirige hacia el pasillo de archivos clínicos en busca de un momento de silencio. Aunque no lo consigue.

—¿Una aventura de unas semanas? Eso fue lo que me dijiste que era —la voz de Seraphina surge cortante a su espalda—. Pero a mí no me lo ha parecido en absoluto.

Nerissa se gira lentamente. Allí está: rígida, hermosa y furiosa. Sus ojos claros cargan una emoción mucho más intensa de lo que debería existir entre ellas en ese contexto profesional.

—Vivías con ella ¿verdad? —continúa Seraphina—. Ha bastado esta reunión para averiguarlo.

Nerissa la observa en durante unos segundos. Algo dentro de ella se endurece, porque ese reproche es totalmente injusto. Da un paso adelante, invadiendo deliberadamente su espacio personal. Seraphina retrocede hasta chocar contra las estanterías metálicas de los archivos.

—Daphne era real, Seraphina —murmura Nerissa—. Estaba ahí, en mi cama, de día y de noche. No era un fantasma que me llamaba a escondidas desde el coche.

El golpe impacta exactamente donde pretende. Lo ve en el mínimo temblor que atraviesa la expresión de Seraphina.

—Y la dejé —prosigue Nerissa, acercándose aún más—. La destrocé porque no podía dejar de pensar en ti.

La respiración de Seraphina se acelera.

—No tienes derecho a enfadarte conmigo por eso —replica la mujer, aunque su voz flaquea visiblemente.

—¿Ah, no? —Nerissa levanta una ceja—. ¿Te parece mal que me sintiera así cuando volvías a casa con tu marido?

La palabra «marido» cae entre ellas como si hubiera dicho algo sucio. Seraphina aprieta la mandíbula con fuerza.

—Esto es diferente…

Nerissa suelta una risa breve e incrédula.

—Claro. Porque tus sentimientos siempre son especiales y los míos solo inconvenientes logísticos.

—No es eso —protesta Seraphina, negando con la cabeza mientras sus ojos brillan.

—Entonces explícamelo —exige Nerissa, dando otro paso. Ahora apenas las separa el espacio suficiente para respirar. El olor de Seraphina, la golpea con intensidad insoportable—. Te vuelve loca verla cerca de mí porque te recuerda algo muy simple: que no me posees.

Seraphina traga saliva. La furia empieza a mezclarse en su interior.

—No estoy intentando poseerte —susurra.

—¿No? —Nerissa atrapa su muñeca—. Porque ahora mismo parece que estés celosa.

El pulso de Seraphina late violentamente bajo sus dedos.

—Suéltame —le pide, aunque no hace ningún movimiento real para liberarse.

—Acostúmbrate a verla, Directora Chapman. Daphne forma parte del proyecto. Va a estar aquí constantemente.

Seraphina levanta la vista hacia ella con una mezcla devastadora de rabia y vulnerabilidad. Y por eso, Nerissa decide rematar el golpe.

—Ella, al menos, sí se atrevía a tomarme de la mano en público.

El silencio posterior resulta brutal. Seraphina se queda inmóvil, herida en lo más profundo. Y eso debería hacer sentir mejor a Nerissa. Pero no ocurre. Porque debajo de toda esa rabia sigue existiendo algo mucho peor: la necesidad enfermiza de acercarse, de besarla hasta que deje de mirarla así.

Capítulo 7

El domingo por la tarde se derrama sobre la residencia Chapman con una calma que casi resulta ofensiva. El cielo de Mánchester concede por fin una tregua luminosa que baña el jardín con reflejos dorados y un aroma fresco a césped mojado. La música flota desde los altavoces exteriores, entremezclándose con las risas ocasionales de los vecinos y el chisporroteo rítmico de la barbacoa. Elliot maneja las parrillas con una cerveza en la mano y una paciencia sorprendentemente doméstica para un hombre que acostumbra a negociar millones frente a consejos de administración.

Todo aparenta ser perfecto. La mesa larga, vestida con manteles claros, brilla bajo el sol de la tarde. Las copas de cristal captan la luz y la devuelven en destellos. Ivy corre por el césped con las zapatillas manchadas de hierba, persiguiendo una pelota demasiado grande para sus pequeñas piernas. Oliver, sentado en el borde de la terraza, observa la escena con esa serenidad que siempre lo ha caracterizado a pesar de su edad. La imagen completa podría formar parte de una campaña publicitaria sobre la felicidad familiar.

Y, sin embargo, Seraphina Champan siente que se ahoga dentro de ella.

—Phina, cariño, ¿puedes traer otra bandeja? —pregunta Elliot desde la barbacoa, levantando la voz lo justo para hacerse oír por encima del crepitar de la carne—. Stefan ha decidido que quiere acabar con todo.

Las carcajadas se elevan alrededor del jardín. Seraphina esboza una sonrisa automática, de esas que ya le salen sin esfuerzo.

—Eso explica por qué está tan callado —responde ella, mientras recoge varios platos vacíos.

Stefan, acomodado en una de las tumbonas, alza su copa con gesto teatral.

—Estoy siendo profundamente ofendido en una casa que ni siquiera es la mía —protesta su vecino con humor.

—Y aun así sigues viniendo —replica Elliot, dándole la vuelta a unas costillas.

La conversación fluye entre bromas mientras Seraphina se dirige hacia la cocina exterior. Por dentro, un agotamiento emocional le pesa en cada respiración. Desde la discusión con Nerissa en el pasillo de los archivos clínicos, no ha logrado recuperar el equilibrio. La frase de Nerissa sigue clavada bajo sus costillas: «Ella, al menos, sí se atrevía a tomarme de la mano en público». Sabe exactamente por qué le duele. Porque Nerissa ha amado a otras mujeres de forma visible, libre y real. Y ella, en cambio, no ha hecho más que reducir su historia a habitaciones secretas y huidas apresuradas.

La culpa le oprime cuando ve a Ivy correr hacia ella.

—¡Mamá, mira el dibujo que he hecho! —exclama la niña, jadeante y con las mejillas sonrosadas por el calor. Varios mechones se le pegan a la frente sudorosa.

Ivy deja un papel arrugado sobre su regazo y trepa parcialmente a la silla, buscando cercanía. Seraphina baja la mirada hacia el dibujo. Allí están los cuatro —ella, Elliot, Oliver e Ivy— bajo un sol enorme, con una casa desproporcionada y sonrisas torcidas trazadas con rotulador. Una familia perfecta.

Siente un pinchazo agudo en el centro del pecho.

—Es precioso, cariño —murmura Seraphina, acariciando el pelo de su hija con lentitud mientras fuerza una sonrisa que comienza a dolerle en los músculos de la cara.

—Papá me ha ayudado, pero dibuja fatal los perros —añade Ivy con seriedad.

—Eso es objetivamente cierto —confirma Seraphina, y la niña ríe encantada.

Ivy empieza a contarle una historia atropellada sobre cómo Elliot había confundido un caballo con un perro durante el dibujo. Seraphina asiente, intenta escuchar de verdad, pero el teléfono vibra en el bolsillo de su pantalón y todo su cuerpo se tensa de inmediato. Es un reflejo brutal. La esperanza le sube por la garganta antes de que pueda razonar. Nerissa. Tiene que ser ella. O quizá no. La necesidad de comprobarlo le quema bajo la piel. Joder, Seraphina odia esa dependencia, esa ansiedad adolescente que no logra controlar.

Se gira discretamente, ofreciendo la espalda parcial al jardín, y saca el móvil apenas un segundo, pero lo que ve, es un correo corporativo. Nada más. Ni rastro de Nerissa. El vacío que sigue es ridículo y devastador a partes iguales.

Al levantar la vista, se encuentra con la mirada de Oliver. El niño sostiene una lata de refresco entre las manos y la observa desde la terraza con una seriedad que le provoca un escalofrío. Oliver siempre ha visto demasiado.

—¿Pasa algo en el trabajo, mamá? —le pregunta su hijo.

Seraphina guarda el teléfono con demasiada prisa.

—No, cielo. Solo… un balance pendiente de las clínicas.

Oliver baja lentamente la mirada hacia el bolsillo donde ella acaba de esconder el aparato.

Normalmente Oliver habría sonreído, pero esta vez se limita a mirarla. Seraphina tiene la sensación insoportable de estar siendo examinada por alguien incapaz de tragarse las mentiras que le está contando.

—Es que a veces miras el teléfono como si tuvieras miedo —susurra el niño antes de dar media vuelta y regresar al jardín.

El efecto de esas palabras resulta devastador. Seraphina se queda inmóvil junto a la encimera, con las manos heladas. No es Elliot quien empieza a notar las grietas. Son sus propios hijos. Esa realización le provoca un pánico auténtico. Se apoya unos segundos sobre el mármol, intentando respirar con normalidad mientras las voces del jardín llegan amortiguadas. Elliot ríe con Stefan. Ivy corre detrás de la pelota.

La vida sigue su curso, perfecta en apariencia. Y ella la está destruyendo desde dentro.

La tarde se alarga con lentitud hasta convertirse en noche. Las luces cálidas del jardín reemplazan al sol y la temperatura desciende. Los invitados comienzan a despedirse entre abrazos. Seraphina mantiene la sonrisa hasta el último instante, hasta el último gesto, y cuando la puerta principal se cierra por fin detrás de ella y la casa queda en silencio, el agotamiento cae sobre ella.

—Yo llevo a Ivy arriba —comenta Elliot mientras recoge los vasos—. Está medio dormida.

—Gracias —responde ella.

Él le dedica una sonrisa, cargada de cariño, antes de desaparecer escaleras arriba con la niña apoyada contra su hombro. Seraphina observa la escena desde la cocina y siente una mezcla insoportable de ternura y culpa. Aquello debería bastarle: esa vida, ese hombre, esos niños. Todo el mundo mataría por tener lo que ella posee. Entonces, ¿por qué persiste en su corazón este vacío que lo devora todo?

Sube al dormitorio veinte minutos más tarde, después de comprobar que Oliver también se ha acostado. La casa está en calma. El dormitorio principal está en penumbra, iluminado apenas por las lámparas cálidas de las mesillas. Seraphina entra en el baño privado y comienza a desmaquillarse frente al espejo. Se observa unos segundos: perfectamente peinada, elegante y profundamente infeliz.

El recuerdo de Nerissa regresa sin permiso, junto a la presión de sus dedos alrededor de su muñeca. «No me posees.» Cierra los ojos con fuerza. No puede seguir así, pero tampoco sabe cómo detenerlo.

Segundos después, Elliot aparece reflejado en el espejo, todavía desabrochándose la camisa. Lleva el pelo algo despeinado y esa expresión relajada de quien considera que el día ha sido un éxito. Se acerca hasta quedar a su espalda. Sus manos cálidas se posan en la cintura de su mujer con naturalidad. Antes, ese gesto le transmitía seguridad. Ahora, todo su cuerpo se pone rígido de forma instintiva.

Elliot le besa el cuello.

—Los niños se han quedado dormidos enseguida —murmura contra su piel.

Seraphina intenta controlar la respiración.

—Estaban agotados —le responde.

—Hacía tiempo que no teníamos un domingo tan bueno, Phina —añade él con tono afectuoso, lo que la rompe por dentro—. Te he echado de menos esta semana.

Las manos de Elliot recorren apenas unos centímetros sobre su cintura, buscando cercanía, cariño, conexión. Nada agresivo. Nada exigente. Pero su cuerpo la traiciona antes incluso de que decida qué hacer.

Elliot lo nota al instante. Siempre ha sabido leerla demasiado bien.

—Estoy agotada, Elliot. De verdad. Entre la barbacoa, los vecinos y todo lo de la clínica… me estalla la cabeza.

Él se queda quieto unos segundos detrás de ella. Después la suelta despacio. El silencio que sigue es espeso y doloroso. Cuando Seraphina levanta la vista hacia el espejo, lo encuentra observándola desde unos pasos atrás. La expresión de Elliot ha cambiado. Ya no parece relajado. Parece herido, y eso le provoca una punzada brutal de culpa.

—No te duele la cabeza —declara él, sin mostrar enfado. Mucho peor así—. Llevas meses así.

Ella aparta la mirada hacia el lavabo.

—Solo estoy cansada.

—No —responde Elliot—. Estás lejos.

La frase le aprieta a Seraphina la garganta.

—Eso no es justo —protesta débilmente.

—¿No? —Él se acerca un poco más, aunque mantiene una distancia prudente, como si temiera presionarla—. Estás aquí. Cenas conmigo, llevas a los niños al colegio, hablamos de presupuestos y de

vacaciones… pero no estás realmente presente. Es como si hubiera una pared de cristal entre las dos mitades de esta habitación y yo me hubiese quedado al otro lado.

El pecho de Seraphina duele. No puede negar nada. Elliot tiene razón.

—Siento que te estoy perdiendo —continúa él, con la devastación contenida en cada palabra—. Y ni siquiera sé qué es lo que te está alejando de mí.

Seraphina clava la mirada en sus propias manos, incapaz de sostener la de él. Ninguno habla durante varios segundos. Ambos esperan, conscientes de que una verdad terrible flota en el dormitorio y ninguno está preparado para pronunciarla.

—Elliot… —empieza ella, pero no sabe cómo continuar. Cualquier respuesta sería una mentira. Y la verdad lo destruiría todo.

Él se pasa una mano por el rostro. Por primera vez en mucho tiempo, no parece el abogado impecable que domina las salas de juntas. Solo es un hombre agotado que intenta comprender por qué la mujer que ama se aleja de él centímetro a centímetro.

—Si he hecho algo, necesito que me lo digas.

Seraphina siente las lágrimas amenazar detrás de los párpados.

—No has hecho nada.

Y esa es precisamente la tragedia. Elliot asiente despacio, aunque la respuesta no le basta.

—Entonces no sé cómo ayudarte.

La sinceridad de esa frase termina de romper algo dentro de ella. Porque tampoco sabe cómo ayudarse ya. Mientras Elliot permanece frente a ella con el corazón abierto y la tristeza visible en el rostro, Seraphina tiene un pensamiento horrible: desea que el teléfono vibre. Desea que sea Nerissa. Y en el instante exacto en que lo reconoce, comprende con auténtico terror que quizá ya ha cruzado un límite imposible de deshacer.

—Lo haré mejor a partir de ahora. Te lo prometo —miente Seraphina.

Porque últimamente, es lo único que sabe hacer.

Capítulo 8

Seraphina siente el corazón latiéndole con violencia en el pecho mientras recorre el pasillo del hotel. Son las dos de la madrugada y cada paso que da le parece una traición más, pero también la única forma de no acabar hundidad. La puerta de la habitación de Nerissa aparece ante ella como un refugio. Llama con los nudillos, conteniendo la respiración, y cuando la hoja se abre, el mundo se reduce a la figura de la cirujana envuelta en la penumbra.

—Son las dos de la mañana —dice Nerissa con la voz rasposa por el sueño. Después, se cruza de brazos y le bloquea el paso con el cuerpo —. Vuelve a tu casa. No pienso ser tu salida de emergencia esta noche.

Seraphina se queda quieta bajo el peso de esa mirada, temblando no solo por el frío. Piensa en Elliot, en los niños, en la vida perfecta que ha construido con tanto esfuerzo y que ahora se le antoja una cárcel asfixiante.

—No puedo —responde, y su voz se quiebra en un susurro feroz. Da un paso adelante, invadiendo el espacio de Nerissa sin pedir permiso—. No puedo volver a esa cama, Nerissa. No puedo fingir ni un minuto más.

Los ojos de Nerissa se endurecen. Seraphina percibe la batalla interna en su mandíbula apretada, en la forma en que sus dedos se clavan en sus propios brazos. Sabe que está harta: harta de las llamadas a medianoche, de ser el puerto seguro al que acude cuando el peso de su matrimonio se vuelve insoportable. Y, sin embargo, ahí está ella, rota y desnuda de toda su armadura.

—Eres una egoísta —murmura Nerissa, bajando la voz para no llamar la atención de nadie más—. Vienes aquí cuando te conviene, te desmoronas en mis brazos y luego vuelves a tu vida perfecta como si yo

no existiera. ¿Qué quieres de mí, Seraphina? ¿Que te recuerde que estás viva?

Seraphina siente las lágrimas quemándole los ojos, pero no las deja caer. En lugar de responder con palabras, acorta la distancia que las separa. Sus manos frías acunan el rostro de Nerissa, y la besa.

Nerissa suelta un gemido ahogado contra su boca y rápidamente, posa las manos en los hombros de Seraphina con intención de apartarla, pero la acción se debilita casi al instante. Seraphina nota cómo el cuerpo de la cirujana tiembla contra el suyo, cómo su resistencia se agrieta, y pronto, Nerissa la rodea con los brazos y la atrae con fuerza casi violenta hacia el interior de la habitación.

El abrigo cae al suelo. Seraphina apenas registra el movimiento mientras Nerissa la empuja contra las sábanas blancas de la cama. Siente las manos de Nerissa deslizándose por su cuerpo, firmes y expertas, desnudándola con una lentitud que se le antoja tortuosa. El contraste entre la tela fría y el calor abrasador de la piel de Nerissa le arranca un suspiro entrecortado.

—Me estás volviendo loca —sisea Nerissa contra su oído, mientras sus labios rozan el lóbulo de su oreja—. Ahora, atrévete a decirme que me quieres lejos de ti.

Seraphina arquea la espalda, buscando más contacto. Sus ojos se encuentran en la penumbra, y lo que ve en los de Nerissa es un fuego oscuro, controlado a duras penas.

—No… —le suplica—. Tú… haz lo que quieras, pero no pares.

Nerissa sonríe, una curva lenta de los labios que promete tanto placer como tormento. Se sitúa entre las piernas abiertas de Seraphina y sus dedos se cierran firmes alrededor de las delgadas muñecas de la directora, inmovilizándola sin esfuerzo. La otra mano desciende con lentitud por su cuerpo, trazando caminos de fuego que dejan la piel erizada a su paso.

Seraphina arquea el cuello cuando los labios de Nerissa reparten besos por ahí, ofreciéndose sin vergüenza, mientras su respiración se vuelve errática y entrecortada. Siente los dedos hábiles de Nerissa deslizarse por sus costados, delineando la curva de su cintura, bajando

hasta las caderas y colándose con maestría hasta hacer desaparecer cada prenda.

Seraphina se siente completamente expuesta bajo esa mirada y, al mismo tiempo, más viva y deseada de lo que se ha sentido en años. Cuando los dedos de Nerissa rozan por fin su intimidad empapada, separando con suavidad los labios hinchados, un gemido alto y roto escapa de su garganta.

Nerissa lo ahoga al instante con un beso profundo y posesivo, introduciendo la lengua al mismo ritmo que su dedo se hunde lentamente en ella.

—Después de todo lo que me has hecho esperar, parece que eres tú quien estaba más ansiosa… —le susurra Nerissa.

Seraphina no puede responder. Solo puede sentir. Nerissa se mueve dentro de ella, explorando cada pliegue, cada rincón sensible. Introduce un segundo dedo, estirándola, llenándola, y comienza a moverse en un ritmo lento y profundo.

La fricción es exquisita, casi insoportable. Seraphina separa más las piernas, abriéndose por completo, y enreda los dedos de una mano —ahora liberada— en el pelo de Nerissa cuando esta baja la cabeza para besar y morder su abdomen. La lengua de Nerissa traza líneas de fuego sobre su piel, descendiendo peligrosamente cerca de donde sus dedos continúan penetrándola.

El placer crece en oleadas lentas y tortuosas. Nerissa controla cada segundo, ralentizando el movimiento de sus dedos cada vez que Seraphina se acerca peligrosamente al borde del orgasmo.

—Nerissa… por favor… —jadea Seraphina, con las caderas moviéndose contra su voluntad.

—Todavía no —susurra Nerissa contra su vientre, mordiéndole la piel justo encima del hueso de la cadera—. Quiero oírte suplicar un poco más.

Retira los dedos casi por completo, dejando solo las yemas rozando su entrada empapada, y frota le frota el clítoris hinchado. Seraphina gime frustrada, sintiendo cómo su propio sexo palpita, cómo

los fluidos resbalan por sus muslos. Nerissa vuelve a penetrarla de golpe con los dos dedos, más profundo esta vez, y su boca atrapa su coño para devorarlo sin piedad.

Seraphina se arquea, con los talones clavándose en el colchón. Siente el calor acumulándose en su bajo vientre, el pulso frenético en su clítoris, la presión insoportable que crece y crece.

—Así… déjate ir. Córrete en mi boca —gruñe Nerissa apartándose un segundo antes de volverla a lamer.

El orgasmo golpea a Seraphina y arquea la espalda, chorreando en la boca de la cirujana. Un grito ronco y gutural escapa de su garganta mientras pronuncia el nombre de Nerissa como una plegaria desesperada.

Cuando los espasmos finalmente comienzan a remitir, Nerissa retira los dedos, arrancando un último gemido tembloroso de Seraphina, al dejar una última lamida con la lengua. Una última lamida que, en realidad… empieza un nuevo juego de poder.

Nerissa lame con devoción, recogiendo cada gota de su placer, succionando suavemente el clítoris hinchado y penetrándola de nuevo con la lengua.

—Joder… es… demasiado… —solloza Seraphina, enredando los dedos en su pelo, sin saber si quiere apartarla o apretarla más contra ella.

Pero Nerissa es implacable, y cuando llega a un segundo orgasmo, Seraphina grita sin contención, con el cuerpo convulsionando mientras se corre con fuerza contra la boca de Nerissa, inundándola con su placer.

Solo entonces Nerissa sube por su cuerpo, cubriéndola con su calor, y la rodea con los brazos. Seraphina se derrumba contra su pecho, temblando, exhausta y con la mente en blanco, sintiendo aún los ecos de los orgasmos latiendo entre sus piernas. En ese momento, envuelta en los brazos de Nerissa, solo existe el latido compartido de sus corazones y la certeza aterradora de que nunca se ha sentido tan expuesta, tan poseída… ni tan viva.

Seraphina hunde el rostro en el cuello de la cirujana, inhalando su aroma. Su cuerpo aún vibra con los restos del placer, pero en su mente comienzan a filtrarse pensamientos más oscuros. Sin embargo, en este instante, envuelta en el calor de Nerissa, solo puede sentir alivio. Una paz frágil y peligrosa.

—Quédate esta noche —susurra Nerissa contra su boca.

Seraphina cierra los ojos, sabiendo que mañana tendrá que enfrentarse a las consecuencias, pero en este momento, solo quiere seguir viva entre sus brazos.

Mañana será otro día. Esta noche, pertenece a Nerissa.

Capítulo 9

Las seis de la mañana convierten la suite del Hotel Midland en un lugar despiadado. Nerissa Ashcombe está de pie junto al escritorio, terminando de abrocharse la camisa, y el silencio que las envuelve, no tiene nada de satisfactorio.

Sentada sobre la cama, Seraphina se pone uno de sus zapatos. Su pelo cae desordenado sobre los hombros, y las marcas rojizas que salpican la piel de su cuello delatan sin piedad lo sucedido horas atrás. Para Nerissa, verla así debería seguir pareciéndole hermoso. Y, en efecto, lo es. Ahí radica el problema. Porque ya no tiene idea de cómo amar a esa mujer sin acabar destrozada cada vez que llegue el día siguiente.

Se coloca el reloj de pulsera y observa cómo Seraphina se abrocha los botones de su camisa blanca con unos dedos que tiemblan ligeramente. Miedo. Siempre el mismo miedo. A que alguien descubra la verdad.

—Ya está —habla Nerissa, después de haber comprobado algo en su teléfono—. El taxi te espera abajo. Date prisa, no sea que tu marido llegue antes a casa y empiece a hacerse preguntas incómodas.

Seraphina levanta la cabeza de inmediato. El sarcasmo la golpea como una bofetada visible, y por un segundo su expresión se contrae.

—Nerissa… —susurra Seraphina.

—¿Qué? —responde la cirujana encogiéndose de hombros mientras recoge su acreditación del respaldo de una silla cercana—. ¿Prefieres que finja que esto no es exactamente lo que va a ocurrir en cuanto cruces esa puerta?

Seraphina se pone en pie con demasiada brusquedad. Todavía huele a ella, a lo que han compartido esa noche, y sin embargo la urgencia por marcharse ya se instala en cada uno de sus gestos, en la forma en que evita mirarla directamente a los ojos. Nerissa odia eso con toda su alma. Odia verla transformarse de nuevo en la esposa impecable incluso antes de abandonar la habitación.

—Por favor, no hagas esto —suplica Seraphina, mientras da un paso vacilante hacia ella.

La vulnerabilidad que tiñe su voz bastaría cualquier otro día para concederle ese pequeño deseo. Pero hoy, Nerissa se mantiene en sus trece.

—¿Hacer qué? —replica, girándose hacia ella con los brazos cruzados—. ¿Decir la verdad que las dos conocemos?

Seraphina traga saliva con dificultad, visiblemente afectada.

—Sabes perfectamente lo que arriesgo cada vez que vengo a buscarte —responde.

Claro, ahí están las consecuencias. La misma palabrería de siempre. El riesgo. El miedo. Nunca una declaración de amor clara y valiente. Nerissa siente cómo una presión insoportable crece bajo su esternón, como si algo dentro de ella luchara por salir.

Y con las mismas, da un paso hacia Seraphina, acortando la distancia.

—¿Y qué arriesgo yo? —le encara.

Seraphina se queda inmóvil, con los ojos muy abiertos. Nerissa la mira de cerca y siente algo devastador al reconocer que, incluso agotada y despeinada, esa mujer sigue teniendo el poder de poner todo su mundo del revés con solo respirar.

—Yo arriesgo mi dignidad cada vez que te abro la puerta a las dos de la mañana, sabiendo que a las seis me vas a dejar como si nada. Vacía y sin ninguna esperanza —continúa Nerissa, con el pecho agitado.

Los ojos de Seraphina se humedecen al instante.

—No digas eso… —murmura, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Porque te hace sentir culpable? —Nerissa suelta una risa amarga que golpea las paredes de esa maldita suite. Ojalá no hubiera caído en la tentación. Ojalá no hubiera aceptado volver a Mánchester—. Estoy enamorada de ti, Seraphina. Y ya no sé si eso me convierte en una idiota o simplemente en una puta masoquista.

La respiración de Seraphina se vuelve entrecortada. Da un paso más, pero se detiene, como si una fuerza invisible la retuviera.

—No eres nada de eso —le asegura.

—No, claro que no. Soy la distracción perfecta cuando tu vida se vuelve insoportable —replica Nerissa.

Seraphina cierra los ojos un instante, como si acusara el golpe, pero no se marcha. Nerissa la observa y siente el cansancio emocional de años completos cayéndole encima. Años llenos de encuentros en habitaciones discretas, de llamadas cortadas de golpe, de encuentros robados al tiempo, de esperar siempre, siempre, a que sea Seraphina quien lo decida todo.

—Estoy harta de tus migajas —murmura Nerissa, totalmente agotada—. Harta de las despedidas rápidas, de recoger las sábanas sola mientras tú vuelves a tu casa perfecta. Harta de promesas que nunca significan nada cuando amanece y la realidad regresa.

Seraphina niega con la cabeza, con los labios entreabiertos.

—Sí significan algo para mí… —insiste.

—Entonces quédate —responde Nerissa sin titubear.

El silencio que sigue es brutal, porque ambas saben muy bien qué es lo que va a pasar. Seraphina baja la mirada hacia el suelo, derrotada. Y Nerissa siente con claridad el instante exacto en que algo dentro de ella se rompe una vez más.

—Eso pensaba —concluye la cirujana con amargura.

Se aparta entonces, recoge las llaves del coche de encima del escritorio y las aprieta con fuerza entre los dedos.

—Vete a tu casa.

—Nerissa… —intenta Seraphina una última vez.

—Vete antes de que diga algo de lo que pueda arrepentirme —la interrumpe ella, dándole la espalda.

Seraphina se queda inmóvil unos segundos más. La culpa le atraviesa el rostro, pero el miedo, como siempre, termina ganando la partida. Busca su bolso, se alisa la ropa y se acerca lentamente a la puerta. Nerissa no la mira. No puede. Sabe que si vuelve a ver sus lágrimas quizá acabe acercándose otra vez, y está demasiado cansada para seguir sobreviviendo a medias.

Cuando Seraphina cierra la puerta tras ella, Nerissa se queda quieta en mitad de la habitación, observando las marcas del desastre. La prueba física de algo que jamás consigue existir a plena luz del día. Cierra los ojos un instante y se da cuenta de que, aun rota, sigue queriéndola con una intensidad que empieza a darle verdadero miedo.

*

Los días posteriores se convierten en una tortura. Con el estrés de una nueva mudanza encima, las clínicas también siguen funcionando a su ritmo habitual, ajeno al terremoto que sacude a las dos mujeres que caminan entre esos pasillos. Nerissa evita deliberadamente cualquier conversación innecesaria con Seraphina. La llama «señora Chapman» en las reuniones, y no la mira más de lo imprescindible. Y cada vez que siente los ojos de Seraphina posados sobre ella, responde con una frialdad que, lejos de aliviarla, solo empeora las cosas. Porque la distancia no reduce el deseo; lo afila hasta convertirlo en algo casi doloroso.

El jueves por la tarde coinciden brevemente en uno de los ascensores privados de la planta ejecutiva. Nerissa percibe el perfume de Seraphina claro y conciso, mientras el silencio se carga de una tensión insoportable. Cuando las puertas se abren en la sexta planta, Seraphina sale sin mirarla, pero antes de desaparecer murmura:

—No he dejado de pensar en ti ni un solo segundo.

Nerissa se pasa el resto del día operando con las manos tensas alrededor del instrumental, luchando por mantener la concentración.

El viernes por la noche, acude a un cóctel organizado en el hotel boutique Hawthorne House que rebosa dinero, conversaciones superficiales y copas de champán que circulan por todas sin cesar. Nerissa Ashcombe odia ese tipo de eventos, siempre los ha odiado, pero Helena Whitmore ha considerado indispensable —para su desgracia— mantener visible a la «joya de la corona» del nuevo proyecto deportivo, así que allí está, vestida elegante y para la ocasión.

—Doctora Ashcombe, enhorabuena por el proyecto del centro de rendimiento deportivo —le dice otro inversor con una sonrisa estudiada.

Ahí llega otra sonrisa automática por su parte, junto a otro apretón de manos. Nerissa responde con educación mientras sus ojos recorren el salón principal casi por instinto. Atraída por la fuerza de un imán que tiene unas curvas impresionantes y una mirada que podría helar a cualquiera.

A cualquiera menos a ella, porque lo que le pasa cuando la mira, es muy distinto al hielo.

Seraphina Chapman está junto a la barra, hablando con dos directivos financieros. Lleva un vestido negro que resalta su elegancia. Y es completamente incapaz de ocultar que también la busca entre la multitud. El choque visual dura apenas dos segundos, pero basta para que Nerissa sienta cómo el calor empieza a nacer entre sus piernas.

La velada continúa alrededor de ambas durante casi una hora más, llena de cruces de miradas, distancias calculadas y comentarios profesionales pronunciados con una tensión tan evidente que empieza a resultar obscena. Nerissa se sorprende observándolo todo: la copa de vino que Seraphina sostiene entre los dedos, la forma en que respira, cómo se humedece los labios al hablar. Su cuerpo entero la recuerda, y eso termina siendo insoportable.

Por eso, cuando Seraphina desaparece discretamente de la sala principal. Nerissa tarda exactamente quince segundos en seguirla.

La encuentra en uno de los pasillos privados que conducen a la terraza lateral del hotel. La zona está casi desierta, y la puerta de cristal que da al exterior está entreabierta, dejando entrar el aire fresco.

Seraphina se gira al escuchar sus pasos, y le es imposible no sonreír.

—No deberías haber venido detrás de mí —susurra Seraphina, aunque su mirada dice exactamente lo contrario—. Pensaba que no querías saber nada de mí.

—Quería, hasta que no has dejado de mirarme así delante de todo el mundo —responde, avanzando hacia ella.

La respiración de Seraphina se acelera. Y antes de que pueda decir nada, la cirujana la arrincona contra la pared tapizada del pasillo, sujetándole la mandíbula entre los dedos. El aire cambia de inmediato, volviéndose eléctrico. La espalda de Seraphina golpea suavemente contra la pared mientras deja escapar un gemido.

—Nerissa… —empieza.

Pero la cirujana ya no quiere más palabras. Está agotada de discusiones, de reproches que no cambian absolutamente nada. Nerissa acerca la boca a la suya sin llegar a besarla.

—Te odio por lo que me haces sentir… —le confiesa, y las palabras salen rotas, violentas y absolutamente honestas.

Seraphina la mira con los ojos oscurecidos por el deseo y tira de su cuello hacia ella con urgencia.

—Bésame y cállate.

El beso explota entre las dos con una intensidad feroz. Nerissa la besa como si quisiera castigarla y salvarse al mismo tiempo. Sus dedos se hunden en la cintura de Seraphina mientras ella responde con desesperación, abriendo la boca y aferrándose a su americana como si temiera caer.

Todo desaparece alrededor. Solo queda el calor de su boca y esa sensación devastadora de volver a casa y precipitarse al vacío al mismo tiempo. Seraphina gime entre sus labios cuando Nerissa la aprieta más

contra la pared. Durante unos segundos terribles, ninguna recuerda cómo detenerse.

Pero al final, se detienen un instante después, jadeando, con los labios hinchados y sus respiraciones entremezcladas. La frente de Seraphina descansa contra la suya y no tarda en mirarla con una sonrisa lasciva.

De lo que ninguna es consciente, es de que, a menos de diez metros, bajo uno de los apliques dorados del pasillo, está Adrian Beckett. Inmóvil. Observándolas. La gabardina descansa sobre su brazo izquierdo y las llaves del coche brillan entre sus dedos. No parece sorprendido. Ni escandalizado, de hecho. Su mirada recorre lentamente la mano de Nerissa, todavía apoyada en la cintura de Seraphina, y luego sube hasta el rostro de la directora financiera.

Antes de marcharse, sin hacer el menor ruido, Adrian Beckett esboza una sonrisa, consciente de la nueva arma con la que podrá jugar.

Capítulo 10

El sábado por la mañana amanece gris sobre Manchester. Desde las amplias ventanas del salón de los Chapman, el cielo exhibe el mismo tono ceniciento que el café que se enfría lentamente sobre la mesa de cristal, olvidado entre papeles y silencios.

Seraphina lleva despierta desde las cinco. Apenas ha dormido. Cada vez que cerraba los ojos, regresaba con nitidez abrasadora la sensación de la boca de Nerissa, y cómo deseó poder follársela ahí mismo.

En el despacho doméstico contiguo al salón principal, Elliot revisa unos documentos legales sentado junto a Adrian Beckett. Ambos comentan cifras relacionadas con la firma con esa naturalidad rutinaria que, en circunstancias normales, resultaría hasta reconfortante. Sin embargo, para Seraphina la escena adquiere un matiz casi cruel, porque cada hora y día que pasan, se siente cada vez más y más sentada sobre una bomba de relojería cuya cuenta atrás solo ella puede escuchar.

—Hay que darle una vuelta a la cláusula de blindaje —señala Elliot, recorriendo una línea del contrato con la punta del bolígrafo—. Si los inversores de Leeds intentan retirarse antes del cierre de trimestre, vamos a necesitar un margen de maniobra más amplio.

Adrian asiente. Lleva una camisa azul marino impecable que resalta su postura relajada, aunque su expresión tranquila siempre parece ocultar algo más profundo y calculado.

—Estoy de acuerdo —responde él—. La gente se vuelve impredecible cuando percibe que puede sacar ventaja.

Seraphina sostiene una carpeta sobre el regazo e intenta mantener las manos quietas. Desde que Adrian llegó hace una hora,

tiene la sensación de que algo ha cambiado, una diferencia sutil en la forma en que él la observa.

—Aunque ya sabes cómo son estas cosas, Elliot —continúa Adrian mientras acepta la taza de café que su anfitrión le acerca—. A veces crees que tienes un socio de absoluta confianza y, de repente, te lo encuentras haciendo negocios donde no debería.

Elliot suelta una risa breve y ronca.

—Por eso te pago cantidades obscenas de dinero. Para que detectes a esos malditos cabrones antes de que me cuesten millones.

—Créeme, tengo los ojos muy bien abiertos —responde Adrian de forma deliberada.

Cuando Adrian levanta la vista hacia Seraphina, el corazón de ella se detiene un segundo.

—La gente respetable suele ser la más interesante, de hecho —añade él con tranquilidad, sin apartar la mirada de ella—. Trajes impecables, sonrisas perfectas… para luego descubrir que tienen un gusto sorprendente para las cosas prohibidas.

El aire abandona los pulmones de Seraphina en un suspiro silencioso. Elliot, completamente ajeno a la tensión que siente su mujer, resopla divertido.

—Eso ha sonado sospechosamente específico.

—La naturaleza humana siempre lo es —replica Adrian antes de beber un sorbo de café mientras se encoge de hombros.

Un hormigueo recorre la espalda de Seraphina y de repente, tiene la sensación de que el hombre que tiene delante, va a estar a punto de romper su vida en dos.

—Tú sabes mucho de gestión de riesgos, Seraphina —comenta Adrian entonces, inclinándose hacia delante—. Dime una cosa. ¿Qué pasa cuando descubres que alguien ha estado incumpliendo un contrato importante a espaldas de todos?

Elliot sigue hojeando documentos, ajeno al subtexto. Mientras que Seraphina, clava sus uñas en las palmas de sus manos hasta sentir

el pinchazo agudo del dolor.

—Que se rescinde el contrato, y punto —responde Seraphina, con toda la frialdad que puede reunir—. Sin mirar atrás.

Adrian sonríe despacio, totalmente satisfecho.

—Exacto. Sin mirar atrás.

El resto de la mañana se convierte en un ejercicio agotador de contención. Adrian sigue lanzando comentarios aparentemente inocentes. Elliot ríe, responde con sus típicas bromas y continúa trabajando. Pero Seraphina apenas logra participar. Siente que Adrian está midiéndola de alguna manera, esperando el momento exacto en que se rompa su fachada.

«No puede saberlo. Es imposible», se asegura.

Y por fin, cerca de la una del mediodía, y cuando Adrian se marcha, Seraphina experimenta un alivio tan intenso que las piernas amenazan con fallarle. Elliot cierra la puerta principal y regresa al salón mientras se afloja la corbata, cansado pero satisfecho.

—Juro que ese hombre disfruta aterrorizando a nuestros clientes solo como deporte —comenta Elliot esbozando una sonrisa.

Seraphina asiente, adoptando de nuevo un papel totalmente neutral.

—Sí, es muy intenso.

—Pero brillante —admite Elliot. Se acerca a ella y le besa distraídamente la sien mientras recoge los documentos de la mesa. El gesto, tan cotidiano y lleno de cariño, le provoca una culpa tan brutal que Seraphina tiene que apartar la mirada. Sobre todo, después de los últimos días distanciados.

Mientras su marido la toca con ternura, ella solo puede recordar a otra mujer empotrándola contra una pared oscura hace apenas unas horas, con las manos exigentes y la respiración entrecortada.

Y esa sensación de ansiedad, se mantiene pegada a Seraphina durante todo el fin de semana.

*

El edificio parece más frío que de costumbre, o quizá es ella quien arrastra el hielo dentro. Seraphina recorre los pasillos de la planta ejecutiva bebiendo un café poco a poco, y con la paranoia instalada bajo la piel desde el sábado. Por eso, en cuanto llega al ala deportiva, va a buscar a Nerissa.

La encuentra en uno de los laboratorios auxiliares, revisando algunos historiales clínicos frente a una pantalla digital, y cuando entra, Seraphina cierra la puerta tras de sí. Llamando la atención de la cirujana.

—¿Tan temprano y ya echándome de menos? —le dice Nerissa en un tono jocoso.

—Tenemos un problema —suelta Seraphina, avanzando hasta quedar frente a la mesa.

—Buenos días a ti también.

—Creo que Adrian nos vio en el hotel —suelta Seraphina, sin preámbulos.

Eso sí consigue captar toda la atención de Nerissa, que la observa durante varios segundos en silencio, antes de suspirar con lentitud.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —La incredulidad deja boquiabierta a Seraphina.

Nerissa se recuesta contra el respaldo sin mostrar el menor signo de alarma, aunque sus dedos tamborilean sobre el reposabrazos.

—¿La verdad? Dudo que nos viera. Toda la clínica se habría enterado de ser así.

—No puedes saberlo con certeza.

—Y tú tampoco —responde la cirujana con una tranquilidad que a Seraphina le enfurece.

—Es que… no entiendes lo que está pasando —insiste Seraphina, bajando el tono por si hubiera oídos indiscretos—. El sábado estuvo en casa, y se tiró un buen rato lanzando comentarios rarísimos delante de Elliot. Sobre dobles vidas, contratos que se infringen, y me miró como…

—Como si fuera el abogado que es y disfrutara incomodando a la gente —comenta Nerissa, sin el más mínimo atisbo de pánico.

Seraphina siente ganas de gritar. Camina dos pasos hacia la ventana y luego regresa, incapaz de quedarse quieta.

—Nerissa, por favor, deja de quitarle importancia a esto.

La cirujana se pone de pie y la observa cruzada de brazos.

—Lo que pasa es que tú conviertes cualquier pequeño detalle en el fin del mundo porque vives aterrorizada de perder tu fachada perfecta.

Seraphina se queda inmóvil, con la garganta ardiéndole.

—Eso no es justo.

—¿No? —Nerissa da un paso hacia ella—. Porque estoy segura de que te habrás pasado todo el fin de semana dándole vueltas a que un tío, que por cierto… es un gilipollas, soltó un par de metáforas delante de tu marido. ¿Sabes lo que me asombra? Lo rápido que entras en pánico en cuanto notas que tu perfecta burbuja está a punto de romperse.

La tensión puede cortarse con un cuchillo.

—No necesito que me juzgues —murmura Seraphina, sin la mínima intención de discutir.

Porque Seraphina Chapman, tiene muy claro cómo acaban siempre esas discusiones.

Nerissa le sostiene la mirada. Durante un segundo brevísimo, algo más vulnerable asoma bajo esa frialdad que está mostrando ante ella: cansancio, dolor… y en ese momento, tiene muy claro lo que quiere decir.

—Lo que necesitas… es decidir de una puta vez qué demonios quieres.

Un golpe en la puerta interrumpe el momento. Ambas se separan instintivamente, cambiando sus expresiones justo cuando Daphne Mercer entra en la sala.

—Perdón —dice Daphne, mirando primero a Nerissa y luego a Seraphina—. Helena quiere revisar los presupuestos de la transición antes del almuerzo ejecutivo.

Seraphina recupera de inmediato su máscara, a pesar de que el corazón le va a mil por hora.

—Por supuesto.

Daphne le entrega la carpeta, aunque la familiaridad natural que existe entre ella y Nerissa resulta imposible de ignorar.

—También he reorganizado las partidas del área quirúrgica —explica mientras se acerca a la mesa—. Nerissa insistió en mantener el presupuesto de recuperación biomecánica intacto.

—Porque recortarlo sería una estupidez y muy negativo para los futuros pacientes —responde la cirujana sin apartar los ojos de Seraphina, con un tono que contiene varias capas de significado.

Daphne sonríe, como alguien acostumbrado a esos cambios de humor. Ese pequeño detalle provoca en Seraphina un malestar inmediato, una punzada que se le clava en el pecho. Pero en ese momento, no está para darle vueltas al asunto.

Dos horas más tarde, el comedor ejecutivo bulle durante el almuerzo de para Mercer & Associates. Seraphina ocupa uno de los extremos de la larga mesa, revisando varios documentos mientras intenta ignorar lo que ocurre varios asientos más allá. Pero fracasa miserablemente.

Por si lo que ha visto en el laboratorio auxiliar no fuera suficiente, ver cómo Daphne y Nerissa funcionan juntas es devastador. Las miradas cómplices, la forma en que Daphne le acerca distraídamente algo para comer antes incluso de que Nerissa lo pida. El

lenguaje corporal entre las dos mujeres… Seraphina debería centrarse en el trabajo. Pero lo cierto es que no puede.

—Me parece que sigues teniendo la mala costumbre de no comer nada cuando estás estresada —le comenta Daphne a Nerissa. Varios directivos sonríen automáticamente ante la familiaridad.

Daphne aparta un mechón oscuro de la frente de Nerissa con un gesto completamente natural, íntimo y demoledor.

—Anda, toma un poco —insiste la mujer, ofreciéndole su plato—. Te conozco y vas a acabar con migraña si no pruebas bocado.

«¿No se supone que su relación había acabado mal?»

Pero entonces, Nerissa sonríe. Y Seraphina siente cómo algo horrible despierta en su interior. Porque esa sonrisa no es la misma que le suele dedicar a ella en la cama, entre sábanas revueltas y promesas que al final, nunca es capaz de cumplir.

—Gracias —murmura Nerissa.

Las risas alrededor de la mesa convierten la escena en algo completamente normal. Y eso es lo que más daño le hace a Seraphina: la normalidad. Nadie mira raro a Daphne. Nadie cuestiona esa cercanía. Nadie piensa que sea algo sucio. Mientras ella lleva años escondiéndose como una criminal.

La rabia asciende por su garganta mezclada con unos celos tan intensos que casi la avergüenzan. No tiene derecho, lo sabe. Aun así, siente deseos irracionales de apartar la mano de Daphne del brazo de Nerissa, de borrar su puta sonrisa, de reclamar algo que jamás ha querido reclamar en público.

«Qué injusta eres».

Pero después, se aclara la garganta con fuerza y habla:

—Doctora Ashcombe. Señora Mercer.

Las conversaciones se detienen poco a poco, y Nerissa levanta la vista hacia ella.

—Si han terminado de repasar sus hábitos alimenticios —continúa Seraphina—, me gustaría volver a los números de la página cuatro. Esta clínica paga a la consultoría para optimizar sus recursos, no para rememorar viejos tiempos.

El almuerzo ya se ha dado oficialmente por finalizado. Daphne parpadea sorprendida, y algunos directivos bajan inmediatamente la vista hacia sus documentos.

Y Nerissa… Nerissa sonríe. Un gesto que está lleno de desafío. Algo oscuro se enciende en sus ojos mientras sostiene la mirada de Seraphina desde el otro extremo de la mesa, como si acabara de comprender exactamente cuánto daño le provoca verla con otra mujer.

Capítulo 11

La lluvia comienza a caer incluso antes de que abandonen Mánchester. Golpea el parabrisas con esa insistencia monótona que convierte la autopista en un borrón. Elliot conduce con la mano izquierda firme en el volante y la derecha apoyada de forma intermitente sobre la palanca de cambios, como si necesitara algo tangible a lo que aferrarse.

Seraphina, desde el asiento del copiloto, mantiene la mirada clavada en la pantalla del teléfono. El reflejo azulado ilumina sus facciones tensas mientras revisa, por tercera vez, el mismo correo financiero sin conseguir conectar con una sola línea.

«No me ha mandado ni un solo mensaje», piensa Seraphina mientras recuerda con claridad la sonrisa que Nerissa le dedicó cuando demostró sus celos hacia Daphne.

—Suelta eso, Phina. Por favor —le pide Elliot, sin brusquedad, pero con un agotamiento que ella es capaz de reconocer de inmediato.

Seraphina bloquea la pantalla y deja caer el teléfono en su regazo.

—Tengo que terminar el informe de auditoría antes del lunes —responde ella.

—Llevas más de una hora repitiendo lo mismo —replica él, sin apartar los ojos de la carretera—. ¿De verdad crees que no me doy cuenta?

Ella no contesta. Fuera, los árboles empapados desfilan bajo un cielo encapotado. El viaje al hotel rural debería ser una escapada maravillosa, dos días lejos de la clínica, de las reuniones interminables, de los niños y de las llamadas constantes a todas horas. Dos días para intentar salvar lo que queda de su matrimonio. Pero Seraphina solo

siente cómo se le encoge el corazón cada vez que recorren un nuevo kilómetro.

Elliot exhala y tamborilea los dedos sobre el volante.

—Los niños estaban encantados con la idea de pasar estos días con mis padres. Ivy llevaba insistiendo en dormir en casa de abuela y Oliver tenía todo planeado para jugar al ajedrez con su abuelo. Tenemos todo un fin de semana para nosotros solos… y parece que te estoy llevando al corredor de la muerte.

—No dramatices —murmura ella.

—Entonces háblame, Phina —insiste él—. Dime qué te pasa de verdad. Hace meses que no te reconozco. ¿Es el trabajo? ¿Soy yo? ¿Qué demonios está pasando entre nosotros?

Seraphina gira la cabeza hacia la ventanilla empañada y observa cómo las gotas resbalan por el cristal.

—Solo estoy cansada, Elliot.

—Llevas cansada demasiado tiempo —responde Elliot, pero sin ocultar el dolor—. Parecía que las cosas habían mejorado, pero desde hace semanas siento que te veo desaparecer delante de mí sin entender por qué.

El silencio se instala entre ellos. Seraphina nota cómo las palabras de su marido se le clavan bajo la piel, porque son totalmente ciertas. A pesar de creer que sostenía bien su mentira, Elliot ha observado su desmoronamiento sin poder hacer nada, y eso lo destroza.

Él estira la mano y le roza la rodilla con ternura. Antes ese gesto era natural, automático. Ahora ella se tensa. Elliot lo nota al instante y retira la mano despacio.

—¿He hecho algo malo? —pregunta, con la vista fija en la carretera mojada mientras tamborilea los dedos otra vez—. Dímelo, por favor. Al menos, para poder arreglarlo.

La culpa golpea a Seraphina con tanta fuerza que casi le falta el aire.

—No has hecho nada —responde ella—. Nada.

—Entonces deja de mirarme como si fueras tú la que está prisionera aquí —le pide Elliot—. Porque me está matando. Me está matando ver que ya ni siquiera quieres que te toque.

Seraphina aprieta los labios porque no tiene idea de cómo explicarle que sí se siente atrapada, aunque no sea por él. Y precisamente por eso le resulta insoportable. Elliot es un buen hombre. No es cruel ni indiferente. Sigue luchando por su matrimonio —al menos, lo ha intentado— mientras su mujer piensa en otra persona cada vez que cierra los ojos.

—Solo necesito desconectar un poco —comenta Seraphina, e intenta sonreír.

—Eso es lo que traro que consigamos esta semana —responde Elliot con una expresión triste—. Pero parece que ya ni siquiera quieres que lo intente.

Seraphina agacha la mirada, avergonzada y vuelve a mirar el teléfono. Sigue sin tener ni un mensaje, y esa ausencia le provoca un vacío ridículo y desesperante que la hace odiarse un poco más.

Elliot suelta una carcajada.

—¿Sabes qué es lo peor, Phina? —pregunta sin mirarla.

Ella gira apenas la cabeza.

—Que ya ni siquiera sé si estás pensando en la clínica, el trabajo… o simplemente deseando estar en cualquier otro sitio menos conmigo.

La frase queda flotando entre ellos mientras la lluvia sigue golpeando el parabrisas. Seraphina no encuentra ninguna respuesta que no los vaya a destrozar un poco más.

El hotel rural aparece entre colinas húmedas y carreteras estrechas rodeadas de bosque. La fachada de piedra, iluminada por faroles cálidos, parece sacada de una postal. Enseguida, Seraphina se da cuenta de la intimidad que transmite el lugar: chimeneas encendidas,

parejas hablando junto a los ventanales empañados. El tipo de lugar donde la gente va a reencontrarse.

Seraphina siente náuseas nada más cruzar la puerta.

Durante la cena consigue fingir bastante bien. Sonríe cuando toca, y se pone al día con Elliot sobre los últimos casos que ha tenido a parte del trabajo que hace para la clínica. Seraphina quiere esforzarse por reencontrar la chispa entre ellos, y cuando Oliver e Ivy entran en la ecuación, incluso consigue reír. Pero el esfuerzo de mantener esa versión funcional de sí misma es demasiado costoso y, sobre todo, una burda mentira.

Elliot lo percibe todo. Cada sonrisa tardía. Cada mirada perdida. Cada vez que ella parece abandonar la habitación mentalmente.

Y cuando suben a la suite, el agotamiento emocional pesa tanto que Seraphina apenas se tiene en pie. La habitación es preciosa, se da cuenta. Tienen una chimenea que crepita junto a la cama, mientras la lluvia golpea los ventanales altos y el bosque oscuro se mueve al otro lado del cristal.

Elliot deja las llaves sobre el aparador y se desabrocha los primeros botones de la camisa.

—Voy a pedir una botella de vino —dice—. Nos vendrá bien.

—No me apetece mucho beber esta noche —responde ella, mirando hacia la ventana.

Él asiente en silencio. Ese silencio prudente que duele incluso más que una discusión.

Seraphina se acerca al ventanal y se abraza a sí misma, observando las gotas que resbalan por el cristal, mientras la realidad le golpea con fuerza. «No quiero estar aquí». Y odiarse por ello le resulta insoportable.

Escucha los pasos de Elliot acercándose por detrás y pronto, siente sus manos rodeándole la cintura.

—Deja la lluvia fuera un rato, cielo —murmura él contra su hombro. Le besa el cuello despacio, con ternura y cuidado.

Seraphina cierra los ojos. Intenta concentrarse, sentir algo. Cualquier cosa. Pero solo aparece el recuerdo de otras manos sobre su piel. La respiración de Nerissa contra su boca. El peso de su cuerpo encima del suyo.

El contraste la enferma.

Elliot gira su cuerpo hacia él y busca sus labios. Ella se deja besar. En realidad, se obliga. Pero su cuerpo no responde. No siente nada. Salvo la culpa. Una culpa que le entumece hasta los huesos.

Elliot se detiene casi de inmediato, y la observa durante unos segundos, antes de retroceder.

—Es como abrazar a un puto maniquí —le dice, con una devastación tranquila que rompe a Seraphina.

—Lo siento… —susurra ella.

—No. No lo sientes —responde Elliot, y por primera vez hay rabia en su voz—. Deja de mentirme, Seraphina. No soy idiota. Soy tu marido. Sé cuándo me deseas de verdad y cuándo estás fingiendo. ¿Ha pasado algo que no me estás contando?

Las lágrimas amenazan a Seraphina con desbordarse.

—No estoy fingiendo —responde como puede.

—Entonces mírame a los ojos y dime qué demonios está pasando —exige él, caminando nervioso junto a la chimenea—. ¿Hay otra persona? Porque incluso te has comportado rarísima cuando Adrian ha estado por casa. Y tú no eres así.

El nombre le golpea la espalda como un látigo.

—¿Por qué iba a ser así? —pregunta ella, demasiado rápido.

Elliot frunce el ceño.

—No lo sé. Tú eres la que parece aterrorizada de algo.

—No es nada, en serio —responde ella, apartando la mirada.

—Dios mío… —murmura Elliot—. ¿Qué es lo que no me estás contando? Dime la verdad, por favor. Porque estoy empezando a volverme loco intentando entender en qué momento perdí a mi mujer.

Elliot se acerca a ella, pero mantiene la distancia, como si ya no supiera si puede tocarla. Seraphina se abraza con más fuerza, intentando contener el temblor.

—No hay nadie más, te lo prometo —miente ella.

Elliot la mira fijamente. Durante un segundo, Seraphina tiene la sensación de que no estaba equivocada con Adrian y que su marido lo sabe todo.

—Entonces explícame por qué me miras como si te diera asco —le pide él.

—No me das asco —responde Seraphina, y aprieta los dedos contra sus brazos—. Te quiero, Elliot. Eres un hombre maravilloso. Eres el padre de mis hijos y…

—Pero ya no me amas —completa él.

Seraphina no puede darle una respuesta sin destruirlo.

—Si hay alguien más, prefiero saberlo antes que seguir volviéndome loco intentando adivinar qué he hecho mal —dice Elliot, pasándose una mano por el pelo.

—No has hecho nada mal —asegura ella entre lágrimas—. Nada.

—Entonces ¿por qué siento que llevo tiempo perdiéndote?

«Porque me enamoré de otra persona. De una mujer». La frase le quema en la garganta, pero no es capaz de pronunciarla en voz alta.

—Solo estoy intentando reencontrarme a mí misma otra vez —susurra ella.

Elliot se queda inmóvil varios segundos. Después asiente, exhausto.

Esa noche duermen en extremos opuestos de la cama. Y Seraphina se queda despierta hasta el amanecer, sintiéndose la peor persona del mundo.

El viaje de vuelta a Mánchester el domingo por la tarde está lleno de un silencio devastador. Ni siquiera discuten. Y eso es lo más terrible.

La discusión habría significado que aún quedaba algo que rescatar. Pero Elliot parece completamente vacío.

Conduce mirando al frente mientras la lluvia vuelve a envolver la autopista.

Seraphina sostiene el teléfono entre las manos todo el trayecto, sin atreverse a escribir. Mientras Elliot se desmorona intentando conservarla, Nerissa parece capaz de seguir adelante sin ella.

Al llegar a casa, Elliot tarda varios segundos en apagar el motor.

—Los niños vuelven mañana después del colegio. Intentemos al menos que no noten que su madre y su padre ya no se miran a la cara, ¿de acuerdo? —le comenta él, sin mirarla.

—Vale —responde Seraphina.

Elliot sale del coche y comienza a sacar las maletas. Seraphina entra sola en la casa. El recibidor está oscuro y vacío, y al escuchar a Elliot rodeando el vehículo, algo dentro de ella se rompe definitivamente.

Sube las escaleras a toda prisa hasta el baño de la planta superior, cierra la puerta con pestillo y colapsa. El temblor empieza en sus manos y se extiende por todo su cuerpo. Se apoya contra el lavabo de mármol intentando respirar mientras las lágrimas le nublan la vista.

No puede seguir así. No puede pensar en Nerissa y volver a fingir una vida normal. No puede seguir partiéndose en dos cada día.

Saca el teléfono y abre el chat secreto que tiene con ella. El cursor parpadea. Tarda casi un minuto en escribir.

«No puedo seguir haciendo esto, Nerissa. Se acabó.»

Las lágrimas caen sobre la pantalla.

«No puedo más.»

Se queda mirando el mensaje durante varios segundos. Después pulsa *enviar* y siente exactamente como si se estuviera arrancando una parte vital del cuerpo con las manos desnudas.

Capítulo 12

—Dios… mañana ya es lunes otra vez —protesta Nerissa.

Es domingo por la noche y la ciudad se ha sumido en ese silencio peculiar que envuelve las grandes urbes, cuando las luces de los pubs se reflejan en el asfalto y la gente aprieta el paso para escapar del frío.

Lleva el móvil guardado en el bolsillo del pantalón desde hace veinte minutos, como si apretarlo contra su muslo pudiera borrar las palabras que ha leído una y otra vez desde que Seraphina se las envió. «No puedo seguir haciendo esto. Se acabó, Nerissa. No puedo más.» No ha dicho un «lo siento». Tampoco le ha dado explicación. Es el tipo de mensaje que alguien escribe cuando decide amputarse una parte del cuerpo antes de que la infección le devore cada una de sus células.

—Al menos he sacado un rato para ver a los chicos…

Maeve abre la puerta del apartamento de Callum con una cerveza en la mano y una camiseta enorme de una banda irlandesa que le resbala por un hombro. En cuanto Nerissa entra, intente sonreír.

Claramente, no lo consigue. Por mucho que adore la parejita que hacen su hermano y su mejor amiga.

—Mierda, tienes una cara horrible —suelta Maeve sin rodeos, apartándose para dejarla pasar mientras la observa con atención—. ¿Cuántas horas llevas sin dormir?

—No las suficientes para soportar tus comentarios —responde Nerissa, quitándose el abrigo.

Maeve arquea una ceja y cierra la puerta.

—Vale. Definitivamente es grave.

Desde la cocina aparece Callum Ashcombe con dos botellines de cerveza en la mano. Su expresión, ya de por sí sombría, se endurece al verla. Tres años mayor que ella, conserva esa presencia de quien está acostumbrado a resolver problemas con las manos antes que con palabras. Lleva el pelo oscuro muy corto y las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos. Siempre parece listo para entrar en una discusión.

—¿No tenías que prepararte para dos operaciones?

—Me han cancelado una de ellas —responde Nerissa.

Su hermano la observa con el ceño funcido.

—¿Y no será que la señora Chapman te ha vuelto a romper el corazón?

Nerissa lo fulmina con la mirada, pero su hermano ya se ha sentado en el brazo del sofá, observándola con esa mezcla de preocupación y frustración que tan bien conoce.

—No empieces, Callum.

—Entonces no vengas aquí con esa cara de funeral —replica él, dando un trago largo a su cerveza.

Maeve interviene antes de que la tensión escale más, colocándose entre los dos con gesto conciliador.

—Dejad de gruñir los dos y sentaos de una vez.

Nerissa deja el abrigo sobre el respaldo del sofá y se hunde en el extremo más oscuro del salón. El apartamento de su hermano, situado en Ancoats, ocupa un antiguo edificio de fábrica reconvertido en loft. Sobre la mesa baja descansan un portátil abierto y restos de comida tailandesa. Todo desprende una normalidad doméstica que, en ese momento, solo consigue empeorar su malestar.

Porque en su cabeza, solo puede imaginar la vida perfecta de Seraphina, como si ella fuera un premio que acariciar de vez en cuando.

«¿Qué no puedes más? Sí, seguro», piensa.

Maeve se sienta frente a ella y deja la cerveza sobre la mesa con cuidado.

—Venga, habla. ¿Qué ha pasado?

—No tengo ganas de hablar ahora mismo —murmura Nerissa, frotándose los ojos con cansancio.

—Pues yo diría que esa mirada significa que estás a dos copas de cometer alguna estupidez monumental.

Callum resopla.

—Demasiado tarde para eso, me temo.

Nerissa aprieta la mandíbula, sintiendo cómo la irritación le sube por la garganta.

—¿Puedes no convertir esto en uno de tus discursos durante cinco minutos, por favor?

—Puedo intentarlo —contesta Callum, aunque su tono deja claro que no lo hará.

Maeve estira una pierna y le da un golpe en la rodilla a Nerissa, buscando su mirada.

—¿Qué ha pasado?

Nerissa tarda varios segundos en responder. Saca el móvil del bolsillo y la pantalla se ilumina de nuevo con el mensaje de Seraphina. Esas palabras frías y definitivas parecen quemarle en la retina. Maeve lo lee por encima del hombro y su expresión cambia al instante, pasando de la curiosidad a la compasión.

—Ya veo… —susurra, acercándose un poco más.

—Seguro que se ha dado cuenta de lo que tiene con su maridito —explica Nerissa con una sonrisa amarga—. Habrán jugado a la familia perfecta en alguna cabaña con chimenea y se habrá dado cuenta de lo que hay.

Callum suelta una carcajada, casi cruel.

—Pues enhorabuena a la señora Chapman por descubrir el sentido común de una vez.

—Cállate —espeta Nerissa, clavándole la mirada.

—No. Estoy harto de esta mierda, Nerissa —responde él, dejando la cerveza sobre la mesa. El tono de su hermano llena el salón como un golpe seco. Maeve cierra los ojos un segundo, preparándose para el choque inevitable.

—¿Qué esperabas exactamente? ¿Que un día apareciera delante de tu casa con las maletas diciendo que ha abandonado su vida de lujo por amor? Despierta, joder.

—No entiendes nada —murmura Nerissa, notando cómo el alcohol empieza a quemarle por dentro.

—Entiendo demasiado bien a las personas como ella —insiste Callum—. He visto ese tipo de historias muchas veces.

Nerissa se incorpora en el sofá con brusquedad, haciendo chirriar las patas contra el suelo.

—No hables de Seraphina como si fuera una cualquiera.

—¿Y qué es entonces? —Callum abre las manos en un gesto de impotencia—. Porque desde aquí parece una mujer casada que te llama cuando su vida la asfixia y luego vuelve corriendo a su marido cada vez que las cosas se complican un poco.

Maeve intenta suavizar el ambiente, levantando las manos.

—Callum, por favor…

—No, déjame terminar. Llevo años viendo cómo mi hermana se convierte en una sombra por culpa de una ejecutiva que no es capaz de decidir qué coño quiere.

Nerissa se pone en pie tan rápido que casi pierde el equilibrio. Siente el pulso latiéndole con fuerza en las sienes.

—Tú no tienes idea de lo que vivimos cuando estamos juntas.

—¿Y de qué te sirve eso si ella vuelve a casa cuando amanece? —pregunta Callum.

Su hermano da un paso más hacia ella.

—Mírate. Estás hecha polvo. Apenas comes, apenas duermes y estás a un mal día de mandar tu carrera al infierno por una mujer que nunca ha tenido que pelear por nada en su vida.

—No hables de ella así —advierte Nerissa.

—¿Por qué no? ¿Porque te folla bien? —suelta Callum sin filtro.

Maeve se levanta de inmediato.

—¡Callum!

Pero el daño ya está hecho. Nerissa siente el golpe de lleno, un dolor rápido y humillante. Porque debajo de toda esa rabia hay una verdad que la aterra: parte de ella teme exactamente eso, ser solo la mujer con la que Seraphina se desahoga.

—Vete a la mierda —susurra, con los ojos brillando de lágrimas.

Callum niega con la cabeza, visiblemente afectado a pesar de su dureza.

—¿Sabes qué es lo peor? Que tú no eras así. Tú nunca perseguías a nadie. Siempre fuiste la mujer más lista de cualquier habitación. Y ahora te veo esperando mensajes como una adolescente enamorada.

Nerissa aparta la mirada. La ventana refleja su rostro cansado, las ojeras marcadas y el brillo húmedo de unos ojos que odia sentir tan vulnerables. Piensa en Seraphina, en la forma en que sus dedos se entrelazaban en la oscuridad, en las promesas susurradas que nunca se cumplen.

Maeve se acerca con más cuidado, tocándole el brazo con delicadeza.

—Siéntate, por favor.

—No necesito una intervención —responde Nerissa, aunque se deja guiar de vuelta al sofá.

—No, necesitas respirar y que alguien te diga la verdad con cariño —insiste Maeve, mirándola a los ojos—. Te quiere. No creo que haya fingido contigo en ningún momento. Pero una cosa es amar a

alguien y otra muy distinta tener el valor de destruir la vida que has construido durante años.

Callum vuelve a hablar, casi con pena.

—Nosotros crecimos viendo cómo mamá contaba monedas para pagar la calefacción. Tú te dejaste la piel para entrar en medicina mientras otros tenían contactos y colegios privados. Te convertiste en una de las mejores cirujanas del país tú sola, con tu esfuerzo. ¿Y ahora vas a dejar que una familia como los Chapman te convierta en su secreto vergonzoso?

Nerissa siente nudo duro en la garganta.

—No es un secreto vergonzoso —murmura.

Callum la observa e intenta buscar sus manos. Pero Nerissa las aparta.

—Entonces dime una sola cosa que ella haya sacrificado por ti.

La cirujana abre la boca, pero no lw sale nada. Porque la respuesta no existe.

Maeve exhala despacio, pasándose una mano por el pelo.

—Ahí está el problema, cariño.

La mandíbula de Nerissa tiembla un segundo antes de endurecerse otra vez.

—No voy a dejar que la convirtáis en un monstruo —afirma mirándolos a ambos.

—Nadie dice que lo sea —responde Maeve—. Pero quizá es una mujer demasiado asustada para darte lo que realmente necesitas.

Callum vuelve a coger su cerveza, dando un trago largo.

—Y tú eres demasiado orgullosa para admitir que te está destrozando la vida.

Nerissa siente la presión detrás de los ojos. Un cansancio profundo, casi físico. Lleva años controlándolo todo. Nunca pierde el control. Nunca. Y, sin embargo, basta un mensaje de Seraphina

Chapman para dejarla respirando como si acabara de recibir un disparo en el pecho.

Se pasa una mano por la cara, agotada.

—No quiero hablar más de esto.

—Pues tendrás que hacerlo en algún momento —insiste Callum —. Porque ahora mismo estás enamorada de una fantasía.

—No es una fantasía —replica ella con vehemencia.

—Entonces demuéstrame que me equivoco. Haz que deje a su marido. Haz que te escoja delante del mundo entero.

La crueldad de la frase deja el salón helado. Maeve fulmina a Callum con la mirada.

—Eres un cabrón insensible.

—Solo soy realista, hermanita —responde él, encogiéndose de hombros.

Nerissa se levanta, con el corazón latiéndole demasiado rápido, como si quisiera salírsele del pecho. Durante un instante absurdo, desea coger el móvil y llamarla. Decirle que vaya a verla. Que deje de esconderse.

Pero el mensaje sigue ahí. «Se acabó.»

Maeve se acerca a ella.

—No quiero verte sufrir así.

Nerissa se ríe sin humor, una risa hueca que resuena en el loft.

—Pues acostúmbrate, porque parece que esto es lo que hay.

—Neri… —intenta Maeve.

—No —la interrumpe ella, apartando la mano que su amiga intenta ponerle en el hombro—. No me tratéis como si fuera una puta víctima. Sé perfectamente dónde me he metido.

Callum cruza los brazos sobre el pecho, observándola con dureza.

—Entonces deja de hacerte la sorprendida cada vez que ella vuelve con su marido.

El comentario termina de romper algo dentro de Nerissa y coge el abrigo del respaldo del sofá.

—No volváis a decirme lo que siento.

Maeve da un paso hacia ella, preocupada.

—¿Adónde vas?

—A cualquier sitio donde no tenga que escuchar cómo reducís lo mío con Seraphina a un puto problema de clases —responde Nerissa con amargura.

—Porque también lo es —dice Callum con dureza, sin dar su brazo a torcer—. Tú aún crees que el amor borra las diferencias. Pero la gente como ellos protege su apellido y su posición antes que cualquier otra cosa.

Nerissa se queda inmóvil junto a la puerta. Por primera vez desde que llegó, el cansancio deja paso a algo más peligroso: una tristeza limpia y silenciosa que le cala hasta los huesos.

—No tenéis ni puta idea de cómo estamos viviendo esto —les dice antes de salir.

Entonces da un portazo tan fuerte que hace vibrar los cuadros del salón.

Al otro lado de la puerta, el silencio se instala de golpe entre Maeve y Callum, que se miran sin saber muy bien qué decir.

Mientras baja las escaleras del edificio con el móvil apretado en el bolsillo y el corazón hecho cenizas, Nerissa comprende algo que llevaba demasiado tiempo evitando: Seraphina Chapman puede quererla, pero quizá nunca la querrá más de lo que teme perder.

Y esa verdad, fría y afilada, se le clava más profundamente que cualquier mensaje.

Capítulo 13

—Entonces, ¿confirmado? El sábado que viene a las siete. Tráete esa ensalada de quinoa que haces tan rica y, si quieres, alguna botella de ese ribera que tenéis en la bodega. Los Rashford vendrán también, igual que mi hermana con los niños. Nada formal, ya sabes, la típica barbacoa de barrio.

Seraphina fuerza una sonrisa que Isobel no puede ver y se pasa la mano libre por el brazo.

—Claro, allí estaremos —responde de forma natural. Como si Seraphina no estuviera pensando ya en cómo acabar ya con todo—. Ya sabes cómo se pone Elliot cuando hay parrilla de por medio. Llevaré un par de botellas, y gracias por ofrecerte tú a hacerla. La última vez, los niños de los Thomas me dejaron el jardín y la casa hechos un desastre.

—Ay, mujer, ya sabes que nosotros encantados. Y oye, si te apetece venir antes para ayudarme en algo, ya sabes.

—Perfecto. Nos vemos entonces.

Seraphina suelta un suspiro y guarda el móvil en el pequeño bolso negro. Durante un momento se queda parada bajo la luz amarillenta del alumbrado, preguntándose cómo es posible que su vida siga transcurriendo en dos realidades tan opuestas: barbacoas, hijos que ríen en el jardín, cenas con Elliot —aunque últimamente apenas se hablan—… y ahora, esto. El tirón constante que la arrastra constantemente hacia Nerissa como si el resto del mundo fuera solo un decorado.

Finalmente, empuja la pesada puerta de cristal.

Las paredes de hormigón se elevan imponentes, cubiertas por enormes fotografías en blanco y negro. La música ambiental vibra bajo

el murmullo elegante de los invitados. Artistas, periodistas culturales, inversores del circuito privado y demasiada gente vestida de negro fingiendo una sofisticación que, en este momento, a Seraphina le resulta agotadora mientras sostienen copas de Chardonnay.

Seraphina se arrepiente de haber acudido desde el mismo instante en que cruza el umbral. Sabe que no debería estar allí. Lo siente en cada fibra de su cuerpo mientras entrega el abrigo en recepción. Lleva un vestido oscuro de líneas simples, sin joyas llamativas, y el pelo recogido en un moño que acentúa la delicadeza de sus facciones. Intenta pasar desapercibida y camuflarse entre la multitud, porque la realidad es que no ha venido a ver la exposición de Maeve Donnelly.

Nerissa está apoyada junto a una de las columnas, con una copa en la mano y la americana negra abierta sobre una camisa gris oscura. La iluminación dirigida resalta el ángulo firme de su mandíbula y ese porte atlético que siempre ha llamado la atención. Escucha a un traumatólogo, pero su expresión revela una distancia peligrosa, una desconexión fría que Seraphina reconoce al instante.

Es la mirada que Nerissa adopta cuando está herida.

Han pasado varios días desde el mensaje que le envió. Días de un silencio absoluto que se le ha clavado dentro.

Seraphina aparta la mirada con rapidez cuando la cirujana gira apenas la cabeza, y se toma un tiempo para cruzar el espacio entre los invitados fingiendo interés por las fotografías hasta alcanzar el pasillo lateral que lleva a los baños. La luz allí es más tenue y cálida, y el bullicio de la exposición queda amortiguado tras las gruesas paredes industriales.

Entra en el baño femenino y se apoya sobre el lavabo de piedra negra, cerrando los ojos con fuerza. Seraphina respira durante unos seguros, como si de repente hubiera perdido el sentido del mundo.

Abre el grifo y deja que el agua fría corra sobre sus muñecas temblorosas, intentando calmar su pulso acelerado.

De repente la puerta del baño se abre.

Maeve Donnelly aparece reflejada en el espejo, con una expresión afilada bajo su belleza bohemia. Lleva un traje granate y el pelo oscuro recogido de forma descuidada.

Maeve cierra la puerta con lentitud deliberada.

—No sabía que la junta directiva se interesara tanto por la fotografía callejera, señora Chapman —comenta con desdén.

Seraphina mantiene las manos apoyadas sobre el mármol, sin volverse.

—¿Es que no me puedo interesar por el arte? —responde Seraphina.

—No te queda nada bien mentir. Sabías que Nerissa estaría aquí.

Maeve avanza despacio hasta colocarse a su lado, frente al espejo.

—Lo que sepa o no, no te incumbe, Maeve.

La fotógrafa deja escapar una sonrisa.

—Me incumbe porque soy quien recoge los pedazos de Nerissa cada vez que decides volver a jugar a la esposa perfecta.

Seraphina aprieta los labios y guarda silencio unos segundos, sintiendo sobre los hombros el peso de sus propias decisiones.

—No tienes ni puta idea de lo que hay entre nosotras —espeta Seraphina.

—Claro que sí —replica Maeve, cruzándose de brazos—. Porque soy yo quien sé cómo llega a casa después sufrir otro rechazo. Sé cómo dejó de comer cuando decidiste no luchar por ella. Sé cómo la he encontrado mirando el teléfono como si tú fueras a aparecer para salvarle la vida.

Seraphina traga saliva con dificultad.

—Nunca he pretendido hacerle daño.

—Y aun así se lo haces constantemente —afirma Maeve—. Mánchester está lleno de mujeres ricas que se aburren en sus casas de

campo y buscan emociones clandestinas para sentirse vivas. Pero Nerissa no es un entretenimiento para tus putas crisis existenciales.

Seraphina se obliga a sostenerle la mirada mientras abre la boca, incrédula.

—Lo que siento por ella no es un juego.

—Pues demuéstralo —insiste Maeve, dando un paso más cerca —. Porque desde fuera parece que la amas solo cuando puedes tenerla escondida.

Seraphina nota cómo el calor de la vergüenza le sube por el cuello.

—No es tan sencillo —susurra.

—Claro que no. Tienes hijos. Y un marido que parece quererte de verdad. Una maravillosa vida construida con un estatus elegante, estabilidad y dinero. Lo entiendo. —Maeve la observa, incómoda—. Pero Nerissa también tiene una vida. Y tú te estás encargando de destrozarla mientras ella esperas que se conforme con las migajas.

Seraphina aparta la mirada hacia el espejo y, por un segundo, se ve exactamente igual que se siente: agotada, asustada y terriblemente sola.

Maeve apenas suaviza el gesto.

—Está enamorada de ti hasta las trancas. Y me jode el daño que le estás haciendo.

—Yo también estoy enamorada de ella —confiesa Seraphina.

Pero Maeve niega con la cabeza.

—Entonces deja de castigarla por ello. Si no vas a ser valiente, déjela libre de verdad. No vuelva a buscarla cuando tu casa perfecta empiece a asfixiarte otra vez.

La puerta se abre de nuevo antes de que Seraphina pueda responder, y Maeve se detiene un instante en el umbral.

—Porque un día vas a destrozarla tanto que, ni siquiera tú vas a poder arreglarla.

Maeve desaparece y Seraphina se queda sola frente al espejo, con el corazón latiéndole violentamente bajo el vestido. Durante un par de minutos no se mueve. Piensa en marcharse, en volver a casa, en meterse en la cama junto a Elliot y fingir que puede seguir sobreviviendo dentro de esa vida. Pero entonces piensa en Nerissa al otro lado de esas paredes y comprende que no ha venido a despedirse. Que ha venido a luchar por su amor.

La galería cuenta con una zona trasera reservada para almacenaje y montaje de obras, separada del bullicio principal por un pasillo oscuro iluminado apenas por pequeñas luces de emergencia.

Nerissa está sola, apoyada contra una pared de ladrillo, mirando hacia la puerta trasera. Sostiene un cigarrillo apagado entre los dedos, aunque no parece tener intención de encenderlo.

Seraphina se detiene a unos pasos de distancia, con el pulso desbocado.

—Maeve me ha dicho que estabas aquí —le dice, pero todavía no es capaz de mirarla.

—No respondiste a mi mensaje —responde Seraphina.

Ahora sí se vuelve despacio. Los ojos castaños de Nerissa la atraviesan con una intensidad casi dolorosa, cargados de un intenso cansancio. Profundo y resignado.

—¿Qué querías que respondiera, Seraphina? —le pregunta con frialdad—. ¿«Vamos a empezar de cero como si nada»?

—No hagas eso —suplica Seraphina, dando un paso hacia ella.

—¿Hacer qué? ¿Decir la verdad por una vez?

Seraphina siente cómo los ojos se le humedecen.

—Me costó muchísimo escribir ese mensaje.

Nerissa suelta una risa amarga y deja el cigarrillo sobre una caja cercana.

—Ya. Imagino que Elliot debió de besarte especialmente bien ese fin de semana para que te entraran ganas de escribirlo.

La crueldad de la frase le corta la respiración.

—No sabes cómo estoy viviendo esto —murmura.

—No. La que no sabe cómo estoy viviendo esto eres tú —replica Nerissa, separándose de la pared—. Tú vuelves a una casa preciosa, a tus hijos, a un marido que también estás destrozando, por cierto. Y yo vuelvo sola a un apartamento donde cada rincón me recuerda a alguien que no tiene el valor de quedarse ni un segundo conmigo.

La culpa amenaza con partirla en dos. Y entonces, Seraphina baja la mirada.

—Nunca ha sido tan fácil como simplemente elegirte.

—Lo sé. Nunca he dicho que eso fuera lo sencillo, Seph —admite Nerissa, acercándose un poco más—. Pero estoy cansada de mendigar amor en las condiciones de tu miedo.

Seraphina siente las lágrimas asomando por sus ojos.

—Pensé que esto es lo que querías. Que luchara por ti.

La expresión de Nerissa cambia, dejando entrever el daño que ya hay dentro de ella.

—He peleado por ti durante años —le responde—. Te he esperado. He aceptado noches infinitas en hoteles, huidas antes del amanecer. He soportado verte marchar cada vez que tu conciencia empezaba a gritarte en contra. Y aun así nunca te he pedido que los dejaras. Ni a Elliot. Ni a tus hijos. Solo que lucharas por lo que se supone que te hacía más feliz.

Seraphina siente la necesidad desesperada de tocarla, de abrazarla, de pedirle perdón por todo lo que le ha hecho. Pero Nerissa mantiene la distancia, como si por fin hubiera aprendido a protegerse.

—Yo te quiero —confiesa Seraphina.

—También lo sé —responde Nerissa, cerrando los ojos un instante—. Ese es precisamente el problema. Porque me quieres, pero nunca más que a tu miedo.

Nerissa se coloca frente a ella, tan cerca que Seraphina puede sentir el calor de su respiración.

—Así que dime la verdad, Directora Champan —susurra, pronunciando ese apellido como si fuera una acusación—. Olvídate de Elliot, de la clínica y de las putas apariencias durante un minuto. Mírame a los ojos y dime algo sincero por primera vez en esta historia.

Seraphina contiene el aliento.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a luchar por mí? —continúa Nerissa, con la voz temblando por primera vez—. ¿Estás dispuesta a perderlo todo… o solo has venido a pedirme una noche más de anestesia?

Capítulo 14

Seraphina acorta la distancia que las separa con una urgencia feroz y atrapa el rostro de Nerissa entre sus manos. Estrella sus labios contra los de ella en un beso hambriento, casi violentoNerissa suelta un gemido ronco que Seraphina devora al instante, bebiéndoselo como si necesitara esa vibración para sobrevivir.

Durante un segundo, el orgullo de la cirujana intenta resistirse, pero su cuerpo la traiciona sin remedio. Sus manos se deslizan bajo la ropa de Seraphina, buscando con avidez la piel caliente de su cintura. La acaricia con posesión, clavando ligeramente las uñas en la carne mientras la atrae más contra sí. La penumbra del almacén las envuelve, rota solo por el eco lejano de la música que llega desde la galería principal. Para Nerissa, el mundo se reduce en ese instante al sabor de Seraphina, al calor de su aliento entrecortado y al latido desbocado de su propio corazón, que retumba con fuerza contra sus costillas.

—Joder, Seph… —murmura Nerissa contra su boca.

Pero las palabras se disuelven cuando Seraphina muerde su labio inferior con fuerza, tirando de él. Nerissa la empuja con todo el cuerpo hasta que la espalda de Seraphina choca contra la pared. El impacto arranca un jadeo ahogado de la mujer, pero en lugar de apartarse, Seraphina arquea las caderas hacia ella, exigiendo más contacto.

Las manos de Nerissa suben el vestido hasta su cintura de un tirón impaciente y se cuelan bajo la delicada tela de las braguitas. La humedad caliente y abundante que encuentra la hace gruñir.

—Estás empapada…

Seraphina esconde el rostro en su cuello y muerde la piel justo por encima del cuello de la camisa, arrancándole un siseo de placer. Nerissa sonríe, separa los muslos de Seraphina con la rodilla y presiona

dos dedos contra su entrada, torturándola con lentas caricias circulares que prometen, pero que se quedan ahí.

Después, Nerissa introduce los dedos de golpe, hasta el fondo. Seraphina ahoga un grito contra su hombro y sus paredes internas se contraen alrededor de la invasión. Nerissa comienza a follarla con un ritmo profundo y exigente, curvando los dedos en cada embestida. Su pulgar frota el clítoris hinchado en círculos rápidos y firmes, sin darle tregua. Cada movimiento hace que la espalda de Seraphina roce contra los ladrillos ásperos. Mañana tendrá marcas rojizas en la piel. Mañana tendrá que ocultarlas bajo la ropa. Pero en este instante ninguna de las dos piensa en el mañana.

—Así… justo así —jadea Seraphina contra su hombro—. No pares… por favor, no pares.

Nerissa siente cómo su propia excitación empapa su ropa interior. Ver a Seraphina deshecha, con los labios hinchados y enrojecidos, la enciende de una forma casi dolorosa. Baja la cabeza y ataca su cuello con la boca, chupando con fuerza mientras sus dedos siguen entrando y saliendo sin piedad. Quiere marcarla. Quiere que mañana, al mirarse al espejo, Seraphina recuerde exactamente a quién pertenece su cuerpo.

—Me vuelves loca, joder —gruñe Nerissa.

De pronto, retira los dedos. Antes de que Seraphina pueda protestar con más que un gemido frustrado, la gira con firmeza y la inclina sobre una de las cajas de embalaje de madera. La superficie es dura e incómoda, pero ninguna busca comodidad. Nerissa se coloca detrás, le sube el vestido hasta la cintura y baja las braguitas de un tirón hasta los tobillos. Se arrodilla un instante, muerde con hambre una de sus nalgas redondas, y luego pasa la lengua por la piel enrojecida.

Se incorpora, coloca una mano firme en la nuca de Seraphina para mantenerla inclinada e introduce los dedos de golpe en su coño empapado. El gemido ahogado de Seraphina resuena en el almacén vacío. Nerissa la folla con fuerza, sin piedad, mientras su otra mano se desliza por delante para masturbar su clítoris al mismo ritmo.

—Eres mía —gruñe contra su oído—. Aunque vuelvas a casa con él, aunque lleves ese maldito anillo… este coño es mío.

Seraphina tiembla violentamente. Sus paredes internas se contraen alrededor de los dedos de Nerissa, cada vez más apretadas y desesperadas.

—Estoy cerca… Dios… me voy a correr —suplica Seraphina, con la mejilla apoyada contra la madera.

—Hazlo —ordena Nerissa, mordiendo el lóbulo de su oreja—. Córrete en mi mano como la zorra que eres cuando estás conmigo.

El orgasmo golpea a Seraphina con violencia. Todo su cuerpo se tensa, sus piernas tiemblan sin control y un gemido largo y ahogado escapa de su garganta mientras se aprieta con fuerza contra los dedos de Nerissa, empapándolos por completo.

Pero Nerissa desea mucho más. Al segundo, la gira y la apoya contra la pared. Seraphina rodea su cintura con las piernas de forma instintiva, cruzando los tobillos en su espalda. Sus bocas se encuentran en un beso sucio y desesperado. Y mientras la folla, Seraphina cuela una mano entre ellas, buscando el sexo hinchado de Nerissa.

—No sabes cuánto te he echado de menos —susurra esta entre beso y beso—. Tu olor, tu sabor, cómo te deshaces para mí…

Seraphina hunde los dedos en su pelo y tira con fuerza, obligándola a mirarla mientras se esfuerza por seguir acariciando su coño.

—Entonces fóllame —responde con los ojos brillantes de lujuria.

Nerissa acelera el movimiento de sus caderas, frotándose con más intensidad contra la mano de Seraphina. El placer crece rápido, es casi insoportable. Con movimientos urgentes y la boca de Seraphina succionando con fuerza su cuello. Nerissa alcanza el clímax con un gruñido gutural, temblando entre sus brazos mientras se corre con intensidad.

El silencio regresa al almacén, roto solo por sus respiraciones agitadas y el latido acelerado de sus corazones. Nerissa apoya la frente contra el hombro de Seraphina, todavía sosteniéndola contra la pared.

Siente las piernas de la otra mujer temblando alrededor de sus caderas. Despacio, se separa unos centímetros y le aparta con delicadeza un mechón de pelo sudoroso que se le ha pegado a la mejilla. Después, le sujeta la barbilla y la obliga a levantar la mirada.

Seraphina tiene los ojos brillantes, el maquillaje ligeramente corrido y los labios hinchados. Pero hay algo distinto en su expresión.

—Dime que esto no ha sido otra despedida, Seph —murmura Nerissa. Solo queda la fragilidad cruda de quien se ha entregado por completo.

Seraphina sostiene su mirada sin vacilar. Su pecho todavía sube y baja con fuerza.

—No me voy a ir —responde Seraphina, totalmente convencida —. Ya no. Estoy harta de huir de lo que siento por ti.

Nerissa la observa en silencio, escrutando cada detalle de su rostro. Busca la mentira. Busca el miedo. Pero solo encuentra una determinación sólida, como si algo dentro de Seraphina se hubiera roto y reconstruido de forma diferente esta vez.

Por primera vez en mucho tiempo, el nudo en el pecho de Nerissa se afloja. Acaricia con el pulgar el labio inferior enrojecido de Seraphina y se inclina para besarla, casi con reverencia.

—Entonces demuéstramelo —le pide—. No quiero volver a sentir que te pierdo cada vez que sales por una puerta.

Seraphina asiente y hunde los dedos en el pelo de la nuca de Nerissa, atrayéndola hacia su boca.

—Aunque todo se vaya a la mierda. Aunque tenga que perderlo todo. Te elijo a ti. Nos elijo a nosotras. Solo… necesito un poco más de tiempo.

Nerissa cierra los ojos y deja que esas palabras se le claven profundamente. Sabe que el camino será complicado, que vendrán tormentas y consecuencias dolorosas. Pero al mirar a Seraphina a los ojos en la penumbra, cree, por primera vez, que esta vez puede ser distinto.

Que esta vez, Seraphina ha elegido quedarse a luchar.

Capítulo 15

—Te vas a congelar las manos si sigues empeñada en ir sin guantes.

La voz de Nerissa llega amortiguada por el viento húmedo que asciende desde el río Dee, cargado de ese olor a tierra mojada y piedra antigua. Camina a su lado con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo negro, los hombros relajados y esa elegancia que siempre la hace parecer peligrosamente dueña de sí misma. Chester se extiende bajo ellas como una postal detenida en otro siglo y Seraphina Chapman sonríe. Sonríe porque es sumamente feliz, aunque tenga que esconder la barbilla dentro del cuello de su abrigo.

—No exageres. No hace tanto frío —responde.

—Dice la mujer que lleva diez minutos frotándose las manos como si intentara encender un fuego —replica Nerissa antes de esbozar una sonrisa increíble.

Seraphina está a punto de soltar una de esas réplicas afiladas con las que suele protegerse en las reuniones del consejo, pero entonces mira alrededor. Nadie las conoce en esta ciudad. Nadie espera de ella una sonrisa estudiada, una postura impecable ni un apellido intachable. Esa ausencia de vigilancia le provoca un vértigo extraño y liberador.

Se detiene en mitad de la muralla romana. Nerissa gira la cabeza despacio y la observa de perfil la luz dorada de una farola. El viento juega con algunos mechones oscuros de su pelo y le enrojece ligeramente la punta de la nariz. Está preciosa de una forma dolorosamente cotidiana: no es la cirujana temida ni la mujer que la empuja contra las paredes de hoteles con una urgencia salvaje. Es simplemente Nerissa, cansada después de una jornada infernal, caminando a su lado.

Seraphina saca la mano del bolsillo y entrelaza sus dedos con los de ella, sintiendo el leve sobresalto de Nerissa antes de que su mano responda al contacto.

—Aquí nadie nos conoce —susurra Seraphina, apretando ligeramente los dedos—. Camina conmigo. Déjame sentir que esto puede ser real. Sin miedo de por medio.

La mirada de Nerissa cambia por completo. No es una sonrisa inmediata, sino algo más profundo y vulnerable, como si ese gesto sencillo acabara de abrir una grieta en todos los muros que ha levantado entre ellas durante las últimas semanas.

—No sabes lo peligrosa que eres cuando haces esto —le responde Nerissa.

—¿Cogerte de la mano? —pregunta Seraphina con inocencia fingida.

—Actuar como si esto pudiera ser normal. Como si pudiéramos tener esto todos los días.

Seraphina traga saliva.

—Va a ser así, te lo prometo. En cuanto ponga todo en orden —le promete. Y juntas siguen caminando a paso lento sobre la muralla.

Abajo, el tráfico avanza lento entre reflejos húmedos y luces rojizas. Un grupo de turistas pasa junto a ellas riendo, demasiado ocupados con sus fotografías como para prestarles atención. Por primera vez desde que todo empezó, Seraphina no siente la necesidad de soltarse, de salir huyendo.

—La conferencia ha sido una tortura —comenta la mujer poco después, intentando aliviar la intensidad que las rodea—. Cuatro horas escuchando a hombres hablar de «optimización de recursos» como si las vidas de los pacientes no importaran.

Nerissa suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Ya puedo imaginarlo.

—Y otro se pasó veinte minutos hablando de liderazgo mientras pronunciaba mal el nombre de su propia directora financiera —bufa

Seraphina—. Este sector se está yendo a la mierda.

Nerissa gira el rostro hacia ella, claramente divertida.

—Por eso eres tú la directora financiera de nuestras clínicas.

Seraphina se ríe con una risa real, ligera y liberadora. La expresión de Nerissa se suaviza al escucharla y sus dedos aprietan los suyos con más fuerza.

—Te he echado de menos —admite Nerissa—. Y también, verte reír sin mirar que hay a tu espalda o más allá de lo que ves.

Esas palabras le atraviesan el estómago y Seraphina baja la vista hacia sus manos unidas.

—Estaba deseando tener algo así.

Juntas, bajan hacia The Rows, donde las galerías elevadas y los portales iluminados dan a Chester un aire casi teatral. Después, acaban en un bistró que está escondido en un sótano de piedra bajo uno de los edificios antiguos. Hay velas sobre las mesas, música de fondo y un olor cálido a las especias que usan en cocinas y que envuelven a Seraphina en algo peligrosamente parecido a la paz.

La camarera las conduce hasta una mesa apartada junto a una pared de ladrillo. Nerissa se quita el abrigo y Seraphina no puede evitar recorrer con la mirada la línea de sus hombros y el sutil movimiento de sus pechos al respirar.

Mientras esperan por la comida, actúan como si fuera la primera cita siendo una pareja normal. Seraphina sonríe mientras hablan de música y Nerissa le confiesa que escucha Arctic Monkeys antes de entrar en quirófano.

—Eso explica muchas cosas… —murmura Seraphina, deslizando el pie bajo la mesa hasta rozar el tobillo de Nerissa.

—¿Como cuáles?

—Como la manera en la que recorres los pasillos por la clínica. A veces tengo la sensación de que querrías follarme contra la pared del pasillo.

Nerissa suelta una risa baja y oscura.

—Puede ser… —responde, bebiendo un poco de su vino—. Y supongo que tú escuchas a Ludovico Einaudi para firmar los balances.

—Exacto.

—Dios mío. No entiendo cómo no me has confesado esto antes —le dice Nerissa—. Una profesional en el trabajo, y una mujer caliente en la cama.

Seraphina aprieta los muslos mientras Nerissa alza la copa como si fuera hacer un brindes, antes de guiñarle un ojo.

Las dos mujeres comparten el risotto y el entrecot.

—Vas a tener que recompensarme por ponerme así…

Seraphina sonríe.

—Lo haré con mi boca entre tus piernas hasta que tiembles entera.

Nerissa exhala lentamente, con los ojos oscurecidos.

—Joder, Seph…

Entonces el teléfono vibra dentro del bolso de Seraphina y el sonido rompe por completo la burbuja. Es un mensaje de Isobel sobre la barbacoa que tienen el fin de semana, en una vida paralela. Su vida de verdad.

Seraphina apaga la pantalla del móvil y lo deja boca abajo. Cuando levanta la vista, Nerissa la observa con calma.

—¿Problemas? —pregunta.

—Solo mi vecina recordándome algo.

Nerissa asiente y la calidez que estaba sintiendo, sufre una pequeña grieta por la que de nuevo se cuela la tristeza. Y la inseguridad.

—A veces todavía olvido que existe ese mundo mientras estoy contigo —admite Seraphina.

—Yo nunca lo hago —responde Nerissa con honestidad—. Pero elijo ignorarlo. Aunque cada vez se me haga más difícil.

Seraphina siente un nudo en la garganta. Nerissa se inclina hacia delante y le acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—Cómete el postre —le susurra.

—No tengo hambre.

—Dijo la roba postres…

Seraphina se ríe, pero el sonido sale tembloroso de sus labios. Nerissa limpia con el pulgar una diminuta mancha de chocolate en la comisura de sus labios, y el gesto es tan íntimo y doméstico que Seraphina deja de respirar.

—¿En qué piensas? —pregunta Nerissa.

Su voz baja una octava, arrastrándose por encima del tintineo lejano de los cubiertos.

Seraphina se toma unos segundos para responder. Hace girar el vino tinto en su copa y observa cómo las lágrimas del alcohol se deslizan lentamente por el cristal antes de levantar la mirada.

—En que esto duele mucho más que estar en cualquier hotel —confiesa la mujer, sosteniéndole el pulso a esos ojos que la devoran frente a ella—. Porque ahora que no tenemos prisa, sé exactamente qué es lo que me pierdo el resto del tiempo. Tus manos asentándose en mi cintura, tu boca besándome a cualquier hora del día... la forma en que me amarías si el tiempo dejara de ser nuestro enemigo.

Nerissa frunce el ceño, dejando que una pequeña arruga parta la firmeza de su frente. Después, deja la copa sobre el mantel.

—Dime porqué te duele. Quiero saberlo —le pide Nerissa, aunque le basta con mirarla a los ojos para saberlo.

—Porque es… adictivo —susurra Seraphina, inclinándose hacia delante, lo justo para que el calor de la vela le encienda las pupilas—. Porque ahora mismo, me imagino cómo sería todo sin el reloj corriendo en la mesita de noche.

Nerissa apoya la barbilla en el dorso de la mano, sin romper el contacto visual.

—Me das envidia —murmura la cirujana.

Seraphina esboza una sonrisa melancólica, buscando un refugio cómodo en su ironía habitual.

—¿La cirujana estrella de Mánchester le tiene envidia a una directora aburrida?

—Pues sí. Porque parece que, por un momento, te sientas libre —aclara Nerissa. Sus dedos comienzan a trazar líneas invisibles sobre la mesa, acercándose peligrosamente a los suyos—. Tienes otra luz cuando dejas de vigilar la puerta del restaurante. Míranos... Cenando una noche cualquiera, discutiendo por el último trozo de tarta de la carta.

Seraphina contiene el aliento. Extiende la mano por encima de la mesa, rompiendo la distancia, y atrapa los dedos de Nerissa. La llama de la vela tiembla entre sus rostros.

—Somos reales —asegura Seraphina, y siente cómo la garganta se le cierra—. Esto que hay aquí es lo único real que me queda. Y cuando me tocas, aunque sea así, con la punta de los dedos en un lugar público, siento cómo todo mi cuerpo, y mi corazón, se abren para ti.

Nerissa cierra los dedos alrededor de los suyos con una fuerza casi desesperada; un agarre firme que delata el hambre y la ternura que batallan dentro de su pecho.

—Cuando volvamos a la habitación del hotel… —dice Nerissa—, voy a desnudarte como si tuviéramos toda la vida por delante. Quiero que te entregues a mí sabiendo que mañana tendrás que regresar a tu vida, pero que esta noche... esta noche eres completamente mía. Y que pronto, llegará nuestra oportunidad.

Seraphina siente durante un segundo suspendido en el tiempo, que su matrimonio, sus hijos y su estatus social dejan de importar. Anhela prenderle fuego a su vida perfecta por esa mujer que la mira como si fuera el principio y el fin del mundo; una mujer cuyos dedos le prometen el cielo y cuyos ojos guardan un amor tan inmenso que ya no puede ignorar.

Capítulo 16

La reunión termina a las siete y doce de la tarde, impregnada de esa tensión corporativa que ha flotado en el ambiente desde el principio. Cuando el último miembro del comité financiero abandona la sala de juntas, Seraphina Chapman siente cómo el cansancio se instala detrás de sus ojos y se extiende por su nuca. Ha pasado toda la jornada inmersa en las proyecciones del fondo de inversión vinculado a la fusión deportiva. En los números. Esos números capaces de decidir carreras profesionales, y hasta el destino de vidas enteras con una sola firma digital.

Sin embargo, mientras regresa a su despacho en la planta ejecutiva, no piensa en balances ni en márgenes de beneficio. Su mente se desvía hacia Chester, hacia el peso cálido de una mano entrelazada con la suya sobre una muralla romana antigua.

Cierra la puerta de su despacho y deja la carpeta de informes sobre la mesa de roble. A través de los ventanales que ocupan toda una pared, Mánchester se presenta maravillosa. Los edificios de cristal reflejan el cielo grisáceo del anochecer, y las luces de las oficinas que todavía permanecen encendidas crean un mosaico de puntos amarillos y blancos en la penumbra. Seraphina se masajea el puente de la nariz con los dedos, intentando aliviar la presión que siente en las sienes, y luego abre el bolso.

El móvil vibra entre sus dedos. A pesar del agotamiento que le recorre el cuerpo, una parte de ella responde de inmediato al nombre que ilumina la pantalla.

«¿Has salido viva?»

Seraphina se deja caer en la silla y responde con los pulgares, aunque sus ojos se pierden un instante en la lluvia que golpea los

cristales.

«Empiezo a sospechar que Helena disfruta viendo sufrir a la gente. Pero sí».

«Eso ya lo sabíamos las dos», le contesta Nerissa casi al instante. «¿Cómo ha ido la reunión?»

Seraphina duda un segundo antes de teclear.

«Llevo desde las ocho de la mañana revisando cláusulas del fondo de inversión. Me duele la cabeza solo de pensar en más números.»

«Eso se cura cenando algo decente. Nada de ensaladas tristes de la máquina expendedora.»

«Necesito dormir dos semanas seguidas, más bien».

Seraphina se queda mirando la pantalla unos segundos, con el pulgar suspendido sobre el teclado y después, continúa escribiendo.

«Te echo de menos.»

«Y yo a ti.»

Seraphina relee el último mensaje durante unos segundos más. Siente cómo esa punzada se intensifica, porque en Chester prometió que iba cambiar su vida, y el pánico regresa de nuevo.

Guarda el móvil y empieza a ordenar los documentos que se encuentran desperdigados sobre el escritorio. La pantalla del ordenador sigue abierta con las tablas de reparto accionarial de la fusión. Los porcentajes bailan delante de sus ojos cansados mientras recoloca los papeles.

El silencio del despacho resulta extraño después de estar horas metida de lleno en un espacio de voces elevadas y discusiones ejecutivas. Entonces escucha la puerta, y el cuerpo de Seraphina se tensa de inmediato, incluso antes de levantar la vista.

Adrian Beckett permanece de pie junto a la puerta, con una taza de café en una mano y una expresión relajada que le provoca un escalofrío instantáneo. Lleva el abrigo gris perfectamente colocado

sobre los hombros y la corbata ligeramente aflojada, como si acabara de salir de una reunión sin importancia y no estuviera invadiendo el espacio privado de la directora financiera fuera de horario.

—Creía que ya te habías marchado —dice Seraphina.

—Quería hablar contigo sin interrupciones de ningún tipo —responde él, y da un paso hacia el interior mientras sonríe.

La atmósfera del despacho cambia de inmediato. Seraphina lo percibe físicamente. Adrian se mueve por la estancia, observando todo con una familiaridad que resulta insoportable. Se comporta como alguien que ya considera el lugar como propio.

—La reunión ha sido productiva… —comenta mientras toma un sorbo de café—. Aunque creo que Helena sigue subestimando el impacto reputacional de ciertas variables.

Algo en el tono de Adrian hace que la piel de los brazos de Seraphina se erice bajo la seda de la blusa.

—Si vienes a discutir otra vez sobre los porcentajes del fondo, podemos retomarlo el lunes. He terminado por hoy.

Adrian deja escapar una risa, nada divertida, cargada de condescendencia.

—No. Esto no puede esperar al lunes.

Ella siente el primer golpe de ansiedad atravesarle el pecho, leve pero suficiente para acelerarle el pulso. Adrian se acerca al escritorio y deja la taza junto a los informes financieros. Después mete la mano en el bolsillo interior de la americana y saca una tableta que coloca frente a ella con deliberada lentitud.

Seraphina baja la mirada. Durante un segundo, su cerebro se niega a procesar lo que ve. Luego lo hace, y el estómago se le desploma violentamente. La fotografía ocupa toda la pantalla: ella y Nerissa en Chester, con las manos entrelazadas sobre la muralla romana. Después aparece otra imagen de las dos saliendo del restaurante subterráneo. Y otra más de Nerissa apartándole un mechón de pelo de la cara bajo una farola. La sangre abandona el rostro de Seraphina tan rápido que siente frío en las manos.

No respira. No puede. Las imágenes siguen pasando bajo los dedos tranquilos de Adrian, perfectamente enfocadas, tomadas desde la distancia.

—Bonita ciudad, Chester —murmura él—. Muy discreta. Aunque no tanto como creías.

Seraphina levanta la vista despacio. Y comprende de golpe cada comentario, cada mirada, cada frase venenosa de las últimas semanas.

—No sé de qué me estás hablando, Adrian —consigue decir. Aunque es evidente que no tiene escapatoria.

Él sonríe con esa expresión que le revuelve el estómago.

—No hagas eso. Eres demasiado inteligente para fingir hacerte la tonta conmigo.

Seraphina se pone en pie con esfuerzo. Necesita recuperar altura, espacio, control. Pero las piernas le empiezan a temblar.

—Sal de mi despacho ahora mismo —le advierte—. Antes de que llame a seguridad.

Adrian ni siquiera pestañea.

—Sé perfectamente a qué estás jugando con la doctora Ashcombe —dice Adrian con voz tranquila—, porque os vi en el hotel.

La humillación la golpea con violencia. El corazón comienza a latirle demasiado deprisa. Adrian rodea lentamente el escritorio hasta quedarse frente a ella, demasiado cerca, invadiendo su espacio personal.

—La cláusula de reputación de los inversores de la Premier es bastante estricta, Seraphina. Tú ya sabes cómo funcionan estas cosas: imagen pública, transparencia corporativa, integridad institucional… Palabras muy caras para decir que no quieren escándalos sexuales vinculados a una operación de cincuenta millones de libras.

Seraphina intenta sostenerle la mirada, aunque por dentro algo empieza a romperse.

—Esto es acoso —susurra—. Y extorsión.

—Esto es pragmatismo. Puro y duro —responde él—. Nada personal.

Adrian apoya ambas manos sobre el escritorio y se inclina ligeramente hacia delante.

—Si estas imágenes llegan al consejo, la fusión entrará en una crisis inmediata. La directora financiera manteniendo una relación con la principal figura médica del activo deportivo. Por no hablar de que estás engañando a Elliot y tu familia. Los inversores se retirarían en cuestión de horas.

Cada palabra cae sobre ella como un golpe, frío y preciso. Seraphina siente el pulso latiéndole con fuerza en la garganta. Piensa en Helena, en el consejo, en los titulares que podrían aparecer, en Elliot abriendo un correo corporativo, en Oliver y en Ivy.

Un vértigo brutal la atraviesa.

—¿Qué quieres? —le pregunta a Adrian.

La sonrisa del hombre cambia, ahora satisfecha, como si hubiera estado esperando exactamente ese momento.

—Necesito que modifiques la redistribución accionarial previa a la fusión. Hay determinadas participaciones del fondo que tienen que desviarse antes de la aprobación definitiva.

Seraphina lo mira fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Eso sería fraude financiero.

—Llámalo como quieras.

—Helena lo detectará —insiste ella.

—No si lo haces tú.

El miedo se mezcla en el interior de la mujer, junto a una rabia que le está siendo muy difícil de contener.

—Estás loco si crees que voy a destruir mi carrera para cubrir tus movimientos ilegales —advierte Seraphina, alzando un poco la voz.

Adrian se encoge de hombros con una calma exasperante.

—Tu carrera ya está destruida. La diferencia es que todavía puedes decidir cuánto quieres salvar del incendio.

Ella aparta la vista un segundo hacia la pantalla, hacia Nerissa, hacia esa noche en Chester donde por primera vez dejó de mirar por encima del hombro. Qué ingenua había sido.

—Además, presentarás tu dimisión cuando la fusión se complete. Motivos de salud, estrés, agotamiento… Algo elegante y creíble que beneficie a alguien que estimo mucho.

Seraphina siente un golpe seco en el pecho.

—No.

—Sí —responde él.

—No pienso ceder ante tu puto chantaje.

Adrian inclina ligeramente la cabeza.

—Entonces Elliot recibirá la galería completa antes del desayuno de mañana.

El aire deja de entrarle con normalidad. De repente, Seraphina Chapman ve cómo todo su mundo se cae a pedazos.

—No puedes hacerme esto —murmura, y la frase sale rota de entre sus labios.

—Claro que puedo —responde Adrian con una sonrisa en la cara.

Seraphina intenta recuperar el oxígeno y pensar con claridad.

Necesita encontrar una salida.

—Elliot es tu socio —murmura—. Si destruyes este matrimonio también te perjudicas tú.

—No especialmente. Los divorcios son bastante rentables para los abogados —contesta él con crueldad.

La frase le provoca un escalofrío. Adrian se acerca un poco más.

—Mírate, Seraphina. Has construido una vida perfecta durante años y estás a punto de tirarla por la borda por una aventura con una

cirujana arrogante.

—No hables así de ella —advierte Seraphina con los dientes apretados.

Adrian sonríe al instante. Ha encontrado la herida exacta que deseaba ver frente a sus ojos.

—Ah. Así que sí la quieres de verdad.

Seraphina se queda inmóvil. Adrian la estudia en silencio unos segundos y su expresión cambia. Ya no parece divertido. Ahora parece peligrosamente satisfecho.

—Eso complica aún más las cosas para ti.

Ella siente cómo las uñas se le clavan en la palma de la mano.

—No sabes nada de nosotras —susurra.

—Sé lo suficiente. Sé que arriesgarías mucho por ella… pero no lo suficiente como para perder a tus hijos.

La frase le atraviesa el pecho, porque acierta de lleno. Ahí está exactamente el límite de su valentía. Adrian recoge la tableta con absoluta tranquilidad.

—Tienes cuarenta y ocho horas para entregarme la modificación de activos y redactar tu carta de dimisión.

Seraphina niega lentamente, todavía buscando alguna salida.

—Helena lo investigará.

—No llegará a tiempo —responde él.

—Nerissa… —El nombre se escapa de sus labios antes de poder detenerlo.

Adrian la observa con una calma terrible.

—La doctora Ashcombe no puede ayudarte. Y si intentas advertirle, Elliot recibirá las imágenes antes de medianoche.

Seraphina siente auténtico terror por primera vez en meses. Porque entiende que ya no controla nada de lo que ocurre a su

alrededor. Adrian se dirige hacia la puerta. Y antes de salir, se vuelve hacia ella.

—Elige bien, Seraphina. La estabilidad de tus hijos y tu apellido… o tú querida cirujana.

Capítulo 17

El teléfono vibra por tercera vez dentro del bolsillo interior de la americana de Seraphina Chapman mientras ella recorre el largo pasillo acristalado que une el ala ejecutiva con la planta de administración. Desde que regresaron de Chester, Nerissa ha mantenido viva la inercia de una intimidad que ahora, tras las amenazas de Adrian Beckett, se ha transformado en una granada de mano con el pasador suelto. Una llamada perdida a primera hora, un mensaje de texto que Seraphina no se ha atrevido a abrir, y ahora esto. Esta puta insistencia.

Seraphina se detiene un instante junto al gran ventanal que domina el perfil de Mánchester, obligándose a regular una respiración que amenaza con escapársele del pecho. El nombre de Nerissa brilla en la pantalla con una inocencia que resulta desgarradora. Hace apenas un par de días, esa misma insistencia habría provocado una sonrisa secreta en sus labios; habría evocado el recuerdo nítido de las murallas de piedra de Chester, el sabor del vino compartido bajo la luz temblorosa de una vela y la calidez de esos dedos entrelazados en público, sin miedo al mañana. En aquel lugar, Seraphina llegó a creer que la directora financiera y la esposa atrapada podían disolverse para dar paso a una mujer libre.

Pero la presencia de Adrian, con aquellas fotografías nítidas tomadas desde la sombra, ha sepultado la fantasía. Ahora, cada vibración del teléfono es un recordatorio del abismo que puede esperarle si no termina por tomar el control. Con el estómago revuelto y los dedos helados, Seraphina desliza el índice por la pantalla y rechaza la llamada.

El gesto, mecánico y cobarde, le deja un sabor amargo en la boca. Sabe que, al otro lado de la línea, en algún pasillo de la zona de traumatología, Nerissa interpretará ese rechazo como el regreso cíclico

de su frialdad, como la enésima huida de la mujer casada que se asusta tras una noche de entrega. Pero ese es el precio que debe pagar para protegerla.

Guarda el móvil, se ajusta los puños de su impecable traje gris marengo y reanuda la marcha hacia el mostrador central de recepción. Necesita que su máscara corporativa sea perfecta esta mañana. Lleva el pelo recogido en una coleta baja, y el maquillaje milimétrico. Sin embargo, por dentro, el pánico es un animal vivo que le araña las costillas. Siente los hombros demasiado rígidos y la mirada fija en los balances financieros de la pantalla, aunque es incapaz de procesar una sola cifra. Sabe que Adrian ronda el edificio, que el hombre vigila sus movimientos y que cualquier error la arrojará al vacío.

—Te he llamado tres veces —habla una voz a su espalda.

El pulso de Seraphina da un vuelco violento. Es Nerissa. Su voz, todavía impregnada de la suavidad residencial de Chester, resuena demasiado cerca, quebrando el perímetro de seguridad que Seraphina intenta levantar desesperadamente.

Seraphina no levanta la cabeza de inmediato. Sostiene los informes que lleva entre manos con una fuerza que le vuelve blancas las articulaciones de los dedos, obligando a sus ojos a recorrer líneas de texto que no lee, ganando los segundos necesarios para que el hielo social le cubra las facciones.

—Estoy trabajando, doctora Ashcombe —responde, y su propia voz le suena extraña, desprovista de cualquier matiz de la mujer que gimió su nombre contra la almohada del hotel.

El uso del apellido cae entre las dos con la pesadez de una losa de hormigón. Nerissa da un paso adelante, acortando la distancia, con los ojos fijos en el perfil esquivo de la directora financiera.

—Necesito hablar contigo un momento, por favor.

—Ahora no es el momento —replica Seraphina con una sequedad cortante

—¿Ahora no? —repite Nerissa, y hay una nota de peligrosa incredulidad en su tono que empieza a atraer las miradas discretas del

personal administrativo—. ¿Qué significa esto, Seraphina?

Forzada por la necesidad de detener la escena en mitad del pasillo, Seraphina alza la mirada. Al encontrarse con los ojos de Nerissa, el dolor es tan agudo que teme quebrarse allí mismo. Durante una fracción de segundo, el miedo crónico y el desamparo absoluto de su situación se filtran a través de sus pupilas, pero la máscara corporativa es eficiente y se reinstala antes de que la cirujana pueda descifrarlo del todo.

—Llevamos retrasos importantes con las auditorías en los informes quirúrgicos del departamento de traumatología —explica Seraphina, modulando su voz—. Así que, si desea discutir algo conmigo, le ruego que solicite una reunión formal a través de mi asistente.

Nerissa se queda paralizada, con el uniforme quirúrgico azul contrastando con la pulcritud del entorno ejecutivo. Para ella, el bullicio de la planta parece desvanecerse, sustituido por una indignación silenciosa y profunda.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta en un susurro que tiembla en sus labios por la humillación.

Seraphina vuelve a bajar la vista, buscando refugio en la burocracia.

—Cumplir con mi trabajo, doctora Ashcombe. Nada más.

—No me hables así, que no te pega nada —insiste Nerissa, dando un paso que invade el espacio vital de la ejecutiva.

—Entonces no me acorrale en horario laboral —espeta Seraphina y mira de reojo a su alrededor. La frase sale disparada con frialdad.

Nerissa retrocede ante el impacto, pero su orgullo herido la empuja a contraatacar, ignorando el riesgo de ser escuchadas.

—Hace apenas unos días me dijiste que lo nuestro era lo único real en tu vida —murmura, y la fractura en su voz es un recordatorio lacerante de lo que compartieron en la clandestinidad de Chester.

—Te agradecería que mantuvieras la profesionalidad —zanja Seraphina bajando ahora el tono, y la palabra «profesionalidad» suena como una bofetada en mitad del vestíbulo.

Nerissa inspira profundamente, conteniendo una mezcla asfixiante de rabia y decepción. La rigidez de la mandíbula de Seraphina le confirma que hay un conflicto interno, que esto parece más un sacrificio desesperado que una indiferencia real, pero la falta de explicaciones transforma ese dolor en desprecio.

—Así que volvemos a esto… —dice Nerissa con una amargura—. A fingir que no existo cada vez que te entra el pánico. A esconderte detrás de tu puto apellido.

—No voy a discutir esto aquí —afirma Seraphina, y el leve temblor que amenaza el final de su frase la obliga a dar media vuelta—. Tengo una reunión del comité de inversión en diez minutos.

Nerissa suelta una risa seca, desprovista de toda alegría.

—Claro. El comité. Las auditorías. Tu verdadera vida, como siempre.

Seraphina guarda silencio, un silencio que termina por dinamitar los últimos puentes entre ambas. Nerissa espera un destello, una mirada de reojo, un milímetro de debilidad que desmienta la fachada de la directora financiera, pero Seraphina se mantiene estricta, helada, atrincherada en su puesto.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —añade Nerissa con voz contenida, dando un paso hacia ella, para poder hablar entre susurros —. Que mientras estábamos en Chester llegué a creer que ibas en serio. Que esto podía funcionar.

Seraphina traga saliva con dificultad, sintiendo un nudo opresivo en la garganta que amenaza con ahogarla.

—Doctora Ashcombe…

—No —la interrumpe Nerissa, recuperando su distancia profesional—. Ya me ha quedado muy claro.

Por primera vez, las manos de Seraphina tiemblan de forma visible. Desvía la vista hacia el ventanal del fondo, buscando una salida de emergencia en una realidad que se le ha vuelto completamente hostil. Nerissa la observa durante un último segundo, y en esa mirada se lee la dolorosa conclusión a la que acaba de llegar: no importa el amor, no importa Chester; Seraphina siempre elegirá la seguridad de su jaula antes que el riesgo de una vida compartida.

—Entendido —dice la cirujana con una resignación de plomo—. No volveré a molestarla en su horario laboral.

Se gira y se marcha, dejando a Seraphina sola en mitad de la recepción.

*

A mitad del pasillo principal, las puertas del ascensor se abren. Daphne Mercer emerge del interior portando una carpeta de historial clínico bajo el brazo. Viste un abrigo camel de corte impecable, el pelo todavía ligeramente humedecido por la lluvia persistente de la tarde y esa presencia serena, pública y legítima que siempre la acompaña. Al cruzarse con Nerissa, Daphne reduce la marcha de inmediato, captando la tensión eléctrica que emana de sus hombros.

—Vaya cara tienes hoy —comenta Daphne con una preocupación genuina, deteniéndose a su lado.

Nerissa intenta recomponer las facciones, aunque la transparencia de sus ojos delata la tormenta que lleva en su interior.

—Ha sido una mañana compleja —responde, forzando una sonrisa que no llega a aparecer en su rostro.

Daphne la estudia con atención, midiendo las distancias con una delicadeza que contrasta brutalmente con el trato que Nerissa acaba de recibir. No presiona, ni le exige explicaciones; simplemente le ofrece un espacio seguro.

—¿Has dormido algo desde que volvisteis de la conferencia? —se interesa Daphne, reanudando el paso junto a ella.

Nerissa desvía la mirada hacia el cristal exterior, donde las gotas de lluvia resbalan sin prisa.

—No quiero hablar de eso ahora, Daphne. Por favor.

Daphne asiente despacio, aceptando el límite sin un solo reproche. Esa era la razón por la que su antigua relación resultó tan cómoda, hasta que no pudieron fingir más: Daphne nunca invadía el silencio de Nerissa, nunca sembraba la sospecha. Sabía esperar.

—Tienes quirófano en breve, ¿verdad? —cambia de tema con absoluta naturalidad, aliviando la presión.

—En quince minutos.

—Entonces deberías tomar algo antes. Seguro que llevas el estómago vacío.

Nerissa hace el ademán de negarse por pura inercia, pero Daphne se adelanta, parándose en una de las máquinas de café.

—Te conozco demasiado bien —añade Daphne con una sonrisa afectuosa—. Cuando estás bajo presión o enfadada, dejas de comer. Y hoy pareces exhausta.

La observación provoca un pinchazo agudo en el pecho de Nerissa, una dolorosa ironía, porque es una frase que Seraphina suele decirle cada vez que han estado juntas. Acepta el vaso de café con un murmullo de agradecimiento, buscando refugio en la familiaridad sin sobresaltos que Daphne le despliega como una red de seguridad.

Desde el extremo opuesto de la planta, Seraphina observa la escena de reojo mientras simula firmar varias autorizaciones. Siente que el aire ha dejado de entrar en sus pulmones. Contempla la naturalidad con la que Daphne se posiciona al lado de Nerissa, la proximidad limpia de dos personas que no tienen que mirar por encima del hombro ni temer el destello de una cámara oculta. Daphne es la luz del sol; ella es la penumbra de los parkings. El terror de que Adrian esté utilizando los monitores de seguridad de la propia clínica para acumular más pruebas le cierra la garganta. No puede permitirse flaquear. Debe mantener a Nerissa lo más lejos posible de ella, incluso si eso significa empujarla a los brazos de su pasado.

—Señora Chapman —interviene una de las secretarias de dirección—, el comité de inversión ya está en la sala dos esperándola.

Seraphina asiente de manera autómata. Al volver la vista al pasillo, Nerissa y Daphne ya se alejan en dirección a los bloques quirúrgicos. La tensión en los hombros de la cirujana parece haber disminuido bajo la cháchara tranquila de Daphne. La estampa le produce a Seraphina un dolor físico, una punzada de celos y pérdida tan intensa que le cuesta dar el primer paso hacia la reunión. Debería sentir alivio; Daphne representa la estabilidad, una relación que no destruirá carreras ni familias. Pero el alivio no llega. Solo queda la certeza de estar desmantelando su propia vida.

Las horas siguientes transcurren en una desconexión neblinosa de cifras, cláusulas de responsabilidad legal y proyecciones de activos que Seraphina apenas logra procesar. En el extremo opuesto de la mesa de juntas, Adrian Beckett revisa los informes con una tranquilidad insultante, interviniendo con su habitual tono petulante y deslizando sonrisas de cortesía hacia los inversores extranjeros. Para el resto de la sala, es un brillante trabajador; para Seraphina, es el verdugo que mantiene el pulgar sobre el detonador de su existencia. Cada vez que el teléfono de la ejecutiva vibra en su bolsillo con correos del fondo, el corazón le da un vuelco, temiendo que el ultimátum se haya adelantado. No vuelve a tocar el dispositivo en toda la tarde.

Cuando la sesión concluye, el anochecer ya ha cubierto Mánchester con un manto de tonos plomizos y luces de neón que se reflejan en el asfalto mojado del aparcamiento de personal. Seraphina camina hacia su vehículo con prisas, con las llaves apretadas en la mano, deseando encerrarse en el aislamiento de su coche. Al pasar cerca de la salida de emergencia de la zona de quirófanos, unas voces familiares la obligan a detenerse de golpe tras una de las columnas de hormigón.

Nerissa está apoyada contra el muro de ladrillo del edificio, vistiendo aún el pijama azul de la clínica bajo el abrigo entreabierto. Tiene el pelo algo revuelto y las ojeras marcadas. Frente a ella, Daphne sostiene dos nuevos recipientes de café, hablando en un tono pausado, íntimo y carente de toda urgencia.

Seraphina sabe que debería seguir caminando, entrar en su coche y marcharse a la casa familiar donde Elliot y los niños la esperan. Sabe que quedarse allí la convierte en una intrusa de su propio dolor. Pero permanece inmóvil, observando desde la penumbra la vida que podría haber tenido en un universo libre de chantajes y de apellidos lujosos.

—¿Por qué no tomamos algo para que te distraigas? —llega la voz de Daphne a través del aire frío de la noche.

Nerissa exhala un suspiro largo, contemplando el vapor de su propia respiración.

—Ha sido un día sumamente complicado, Daphne. Y no creo ser buena compañía.

—¿Cómo que no? Tú siempre eres buena compañía. Anda, ven a cenar conmigo —propone Daphne, y su sonrisa es un ofrecimiento de paz sin dobles lecturas—. Solo un rato para nosotras.

Se produce un silencio breve en el aparcamiento. Nerissa fija la vista en el vaso que sostiene, sopesando la oferta. Tras la columna, Seraphina experimenta una opresión insoportable detrás del esternón. Comprende con perfecta lucidez lo que Daphne personifica en este instante para Nerissa: un puerto seguro, una cena de sábado que no termina en huida, una relación legítima que puede mostrarse al mundo sin el peso de la culpa.

—No sé si es la mejor idea, Daphne —murmura Nerissa, aunque la resistencia en su voz es mínima.

Daphne sonríe con esa paciencia infinita que Seraphina nunca ha sabido tener.

—Vale, pues pensándolo mejor. En vez de una aburrida cena, nos vamos al pub a tomar unas copas. Te hace falta desconectar de todo este ruido.

La ternura desinteresada de la propuesta hiere a Seraphina más que cualquier amenaza que haya podido hacerle Adrian. Porque Daphne la cuida, es una protección que ella es incapaz de ofrecerle a Nerissa debido a los muros de su propia vida. Tras unos segundos de

duda, Nerissa asiente muy despacio, dejando caer los hombros en una señal de rendición.

—De acuerdo. Vamos a por esas copas.

Seraphina cierra los ojos, apretando la espalda contra el hormigón frío de la columna. Sabe que es ella quien ha provocado esto; es ella quien la ha humillado públicamente en la recepción y quien ha levantado el muro de hielo para salvar a Nerissa de la ruina. Y, sin embargo, la confirmación de que la cirujana se aleja hacia un terreno seguro le arranca un trozo del alma.

Chester ha muerto definitivamente. Aquella breve ventana de tiempo donde compartieron risas, vino y caminatas sin mirar atrás ha sido sepultada por el chantaje de Adrian y el terror de la exposición. Seraphina sube finalmente a su coche, con las manos temblando de forma incontrolable sobre el volante de cuero. Dentro del bolsillo, el teléfono móvil emite una última señal. Esta vez no necesita revisar la pantalla para tener la seguridad absoluta de que no se trata de Nerissa.

Capítulo 18

—No sé qué hago aquí…

La noche ha caído sobre el Northern Quarter, como si Mánchester hubiese decidido encerrarse también en un agotamiento silencioso que empapa las calles y difumina las luces de neón. Nerissa Aschcombe se queda inmóvil durante varios segundos frente al ventanal empañado del pub antes de decidirse a empujar la puerta.

En cuanto cruza el umbral, el olor a whisky añejo y cerveza la envuelve por completo. La música que suena de fondo apenas amortigua el murmullo constante de las conversaciones dispersas que hay a su alrededor. Y eso es precisamente lo que busca, el ruido ajeno, un refugio donde nadie la reconozca como la brillante cirujana traumatóloga que salva carreras deportivas, ni como la mujer que, una vez más, acaba de quedar fuera de la vida de Seraphina Chapman.

Aunque este último punto no lo sepa nadie. Nadie según ella, claro.

Daphne ya la espera al fondo, sentada en uno de los reservados. Lleva un jersey negro de cuello alto y el pelo suelto de manera informal. En cuanto la ve entrar, levanta la mirada.

—Pensaba que al final te ibas a arrepentir —comenta Daphne cuando ella se acerca a la mesa.

Nerissa deja el abrigo sobre el respaldo de la silla y se sienta frente a la mujer. Suspira antes de responder.

—Pues he estado a punto. He tenido un día horrible en la clínica también, y no me apetecía hacer nada.

Daphne la observa con detenimiento durante unos segundos, deteniéndose en las ojeras marcadas, en la tirantez de sus labios y en la

sombra de agotamiento que empaña su expresión.

—Bueno, solo ha sido un mal día —afirma Daphne.

Nerissa aparta la vista hacia la barra y hace un gesto discreto al camarero.

—Ponme un whisky solo, por favor.

Daphne suspira y pide lo mismo. Después, espera a que el camarero se aleje antes de volver a hablar:

—Maeve me ha llamado esta tarde. También está preocupada por ti.

«Claro, cómo no. Porque ahora mi ex y mi mejor amiga son íntimas. Maldita sea».

Nerissa siente cómo el agotamiento se multiplica en su interior.

—Maeve vive en un estado permanente de preocupación por todo el mundo.

—Y tú llevas semanas actuando como si intentaras destruirte poco a poco —añade Daphne con sinceridad, sin elevar la voz.

Nerissa deja escapar una risa, mientras tamborilea con los dedos sobre la madera.

—Qué observadora eres. Siempre tan atenta a mis desastres personales.

Daphne no responde a la provocación. Esa es una de las cualidades que más admiraba —u odiaba— Nerissa de ella. La capacidad de nunca entrar en combate cuando percibe que el golpe nace del dolor. En cambio, guarda silencio y la mira con una paciencia infinita.

El camarero deja el vaso frente a Nerissa. Ella lo agarra de inmediato y bebe un trago largo y profundo. El alcohol le quema la garganta y el pecho, pero agradece esa sensación porque, durante unos segundos, desplaza el recuerdo de Seraphina tratándola como si fuera una mierda.

Evidentemente, no lo consigue. Porque dentro de su cabeza se mueven un enjambre que reproduce una y otra vez la voz glacial y distante de Seraphina cuando le dijo: «Te agradecería que mantuvieras la profesionalidad».

«Me ha usado. Otra vez…»

Daphne la observa en silencio durante un momento.

—¿Qué ha hecho esta vez? —le pregunta después.

Nerissa aprieta el vaso entre los dedos hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—Nada que no hubiera hecho antes. Es su patrón habitual.

—Entonces sí ha hecho algo —insiste Daphne.

Nerissa cierra los ojos un instante, luchando contra el impulso de levantarse y marcharse. No es una escena muy habitual hablar de cómo la mujer de la que estás enamorada te destroza una y otra vez, frente a la mujer que tú misma has destrozado engañándola durante meses.

Suspira.

—Me ha apartado de su vida, de nuevo —murmura y se encoge de hombros, antes de darle un nuevo sorbo al whisky—. He sido muy idiota al pensar que esta vez las cosas sí iban a cambiar, que acabaría con su matrimonio de risa para elegirme a mí.

Daphne baja la cabeza, y le acaricia el dorso de la mano.

—Ni siquiera ha sido capaz de mirarme a la cara mientras me mandaba a la mierda —continúa Nerissa. Eso la enfurece todavía más. Se termina el whisky de otro trago largo y hace una señal para que le traigan otro—. He pasado de ser alguien real durante un fin de semana a convertirme otra vez en el problema que hay que esconder bajo la alfombra.

—No mereces vivir así, atrapada en esta dinámica constante.

Nerissa nota el peligro inmediato. Daphne siempre ha sabido exactamente cómo tocar sus heridas, no físicamente, sino en la zona emocional.

—No empieces, por favor —le pide Nerissa, agotada

—No estoy atacándola —aclara Daphne con calma—. Solo digo lo que veo.

—Todo el mundo termina atacándola —replica Nerissa, levantando la mirada de golpe.

Daphne sostiene su mirada sin apartarse ni un milímetro.

—¿Y no crees que lo merece? Parece que lo único que quiera es jugar contigo. Que le da igual lo demás.

De repente, la lluvia golpea los cristales del local. La música cambia a una melodía lenta de guitarra y piano que llena el espacio entre ellas. Durante un rato, Nerissa siente un cansancio tan profundo que casi le cuesta mantenerse erguida en el taburete.

Daphne extiende la mano sobre la mesa y le aparta con delicadeza un mechón de la frente. El gesto es tan familiar y cariñoso que a Nerissa se le encoge el corazón. Con Seraphina nunca existen esos momentos tranquilos. Todo con ella sucede deprisa, entre las sombras, como si el tiempo siempre estuviera a punto de agotarse. Con Daphne, en cambio, las cosas siempre han fluido con naturalidad.

Pero el amor, nunca tiene una regla escrita.

—Ella no va a cambiar —murmura Daphne, sin retirar la mano —. Nunca dejará su apellido, sus fondos de inversión ni sus cenas de gala por ti. Lo sabes tan bien como yo. Y Maeve también piensa lo mismo.

Nerissa baja la vista hacia el vaso vacío.

—Daphne… no he venido aquí para esto.

—Lo sé —responde la mujer, acercando un poco más su taburete —. Pero mírate. Estás exhausta, destrozada y sigues defendiéndola.

Nerissa traga saliva con dificultad.

—Estoy bien. Sobreviviré, como siempre.

—No. Estás destrozada —afirma Daphne y le jode que tenga tanta razón—. Deja que alguien que de verdad te quiere a la luz del día

cuide de ti.

Nerissa siente un pinchazo inmediato detrás de las costillas. «A la luz del día». Eso es exactamente lo que Seraphina nunca podrá ofrecerle: la posibilidad de existir sin esconderse, sin mensajes secretos ni despedidas precipitadas. Durante un instante, odia a Seraphina Chapman por hacerla sentir tan pequeña, por convertirla siempre en un maldito cero a la izquierda. Y ese pensamiento le genera una culpa feroz, porque en el fondo sabe que la ama. Pero el amor empieza a parecer insuficiente cuando una de las dos tiene que desaparecer constantemente.

Daphne pide otra ronda, y Nerissa no protesta desde luego. Beben hasta que Nerissa siente que no puede más, y cuando dejan el pub, la lluvia sigue cayendo sobre las calles iluminadas.

El taxi avanza lentamente entre el tráfico nocturno mientras la ciudad desfila tras los cristales empañados. Nerissa apoya la cabeza contra la ventanilla, sintiendo el frío del vidrio en la sien. Y al detenerse frente a su edificio, tarda unos segundos en reaccionar.

Daphne le sonríe.

—No tienes que invitarme a subir si no quieres. Puedo irme a casa —le dice.

Nerissa cierra los ojos un instante. Podría decirle que no. Podría subir, ducharse y meterse en la cama. Pero sabe que, si se queda sola, acabará mirando el móvil hasta el amanecer, esperando un mensaje que probablemente nunca llegará.

—Tranquila, puedes subir conmigo —asegura Nerissa, y abre la puerta del taxi.

*

El apartamento está en silencio cuando entran. Nerissa deja las llaves sobre la encimera de la cocina y se quita el abrigo. Daphne se acerca despacio, deteniéndose a una distancia respetuosa.

—¿Estás segura? —pregunta, buscando sus ojos.

Nerissa siente la pregunta atravesarle el pecho. Nadie le pregunta nunca eso. Seraphina no puede permitirse detenerse. Todo entre ellas sucede entre alarmas invisibles. Pero Daphne espera. Le deja espacio para decidir. Y quizá por eso Nerissa acorta la distancia y la besa primero, con cansancio, con rabia y con una necesidad desesperada de dejar de pensar.

Daphne responde enseguida, sujetándole el rostro entre las manos con una delicadeza que hace que Nerissa tenga ganas de romperse en pedazos. Retroceden lentamente hacia el dormitorio mientras sus bocas se buscan con creciente urgencia. La ropa cae al suelo sin prisas.

Una vez desnudas sobre la cama, las caricias de Daphne son cálidas, conocidas y pacientes. Sus dedos recorren la espalda de Nerissa con lentitud, bajando por la curva de su cintura hasta llegar a las caderas. Nerissa intenta abandonarse a ellas, concentrándose en la respiración compartida y en el calor de otra piel. Daphne la besa en el cuello, mordisqueando suavemente la piel, y luego desciende por sus pechos, tomando un pezón entre los labios y succionándolo con ternura mientras su mano se desliza entre los muslos de Nerissa.

Esta abre las piernas de manera instintiva, dejando escapar un gemido bajo cuando los dedos de Daphne encuentran su clítoris y comienzan a acariciarlo. El placer se acumula poco a poco, cálido y estable. Daphne introduce dos dedos en su interior, moviéndolos en un ritmo constante mientras besa su vientre y sus muslos. Nerissa arquea la espalda, aferrándose a las sábanas, y gime más fuerte cuando Daphne acelera el movimiento.

—Déjate ir —susurra Daphne contra su piel, sin dejar de mover la mano—. Estoy aquí.

Nerissa alcanza el orgasmo con un estremecimiento profundo, contrayéndose alrededor de los dedos de Daphne mientras olas de placer la recorren. Sin embargo, incluso en medio del clímax, el fantasma de Seraphina aparece: el recuerdo de unas manos más nerviosas, de la intensidad desesperada con la que la directora financiera la ha tocado, de esa mezcla de hambre y miedo que convertía cada encuentro en una explosión maravillosa.

Daphne sube por su cuerpo y la besa en la boca con ternura, permitiéndole recuperar el aliento. Nerissa, aún temblorosa, invierte las posiciones y se coloca sobre ella. Desliza una mano entre las piernas de Daphne, encontrándola húmeda y caliente, y comienza a acariciarla. Daphne gime contra su boca, separando más las piernas para facilitarle el acceso. Nerissa introduce dos dedos en su interior y los mueve con ritmo creciente, frotando el clítoris con el pulgar mientras besa sus pechos y succiona sus pezones. Daphne se arquea, clavándole las uñas en la espalda, y alcanza el orgasmo con un gemido largo y entrecortado, temblando bajo su cuerpo.

Nerissa se aferra a ella, buscando desesperadamente una forma de apagar el ruido interior. Durante un rato lo consigue. El cuerpo concede treguas. Pero después, cuando la anestesia del placer comienza a desaparecer, el dolor sigue allí, intacto. La humillación de la mañana, la indiferencia calculada de Seraphina, el vacío que se le abrió dentro al comprender que, una vez más, había sido relegada a la sombra.

Y ahora esto.

Todo le dan ganas de llorar.

Daphne se mueve ligeramente a su lado y le acaricia el brazo.

—¿En qué piensas? —pregunta en voz baja.

Nerissa tarda en responder. La verdad resulta demasiado cruel.

—En nada —miente.

Daphne guarda silencio. Probablemente sabe que miente, pero no la obliga a explicarse. Eso aumenta todavía más la culpa de Nerissa.

Gira apenas la cabeza hacia ella. La penumbra dibuja el perfil tranquilo de Daphne sobre la almohada. Es hermosa, buena y disponible, una mujer capaz de quererla sin esconderla. Y, aun así, el hueco que lleva abierto dentro del pecho sigue teniendo exactamente la forma de Seraphina Chapman.

Esa constatación le produce un cansancio devastador. Cierra los ojos despacio y, durante unos segundos, desea no despertar al día siguiente, no volver a la clínica ni a cruzarse otra vez con la mirada vacía de Seraphina. Daphne le acaricia suavemente el brazo. Nerissa se

obliga a permanecer quieta, pero incluso allí, tumbada junto a otra mujer que intenta quererla bien, comprende con una tristeza feroz que sigue emocionalmente atrapada en el mismo lugar, en la misma mujer y en la misma herida que nunca va a cerrarse.

Capítulo 19

La pantalla del despacho proyecta una luz azulada y fría sobre el rostro de Seraphina mientras revisa, por tercera vez, la misma columna de cifras. Tiene una taza de café frío olvidada junto al teclado y una tensión constante alojada en el centro del pecho desde hace días. Ya no recuerda la última vez que durmió una noche completa sin despertarse sobresaltada, con el corazón acelerado, pensando en Adrian Beckett, en las fotografías que le enseñó o en el temor enfermizo de que todo estalle antes de que ella logre recuperar algún tipo de control sobre su vida.

Frente a ella desfilan presupuestos, cláusulas contractuales y autorizaciones relacionadas con la consultoría externa de la fusión. La consultoría de Daphne Mercer. Cada vez que su firma aparece en la esquina inferior de un documento, Seraphina nota una punzada desagradable en el estómago, a pesar de reconocer que es una profesional impecable. Sin embargo, siente celos de que todo tenga que pasar por sus manos, de que esa mujer deba alimentar el mismo proyecto que ahora mantiene a Daphne instalada en la clínica como si siempre hubiera pertenecido allí.

Seraphina se obliga a respirar despacio, llenando sus pulmones. Números y más números. Eso es lo único que le queda.

Introduce la contraseña de seguridad y valida otra transferencia justo cuando llaman a la puerta.

—Adelante —responde ella.

La puerta se abre y, de inmediato, el aire del despacho cambia por completo. Daphne entra, impecable dentro de un traje gris oscuro perfectamente entallado que resalta su figura con elegancia. Se queda en mitad de su despacho. Lleva una carpeta bajo el brazo y una

seguridad que ahora mismo envidia. Sin embargo, no es eso lo que le paraliza la respiración.

Nerissa entra a su lado con el pijama del área quirúrgica puesto bajo su bata blanca. Algunos mechones le rozan la cara, y Seraphina se queda mirándola. Antes de sentarse, Nerissa roza distraídamente la espalda de Daphne con la mano en un gesto pequeño, y natural. Como si ya no existiera ningún motivo para esconder nada.

Seraphina siente un vacío abriéndosele debajo de las costillas, un hueco que se expande con rapidez y le roba el aliento.

«¿Han… vuelto?»

—Directora Chapman —saluda Daphne con educación—. Venimos a revisar la validación final de las partidas operativas. Queremos asegurarnos de que todo esté en orden antes de la próxima reunión del consejo previa a la fusión.

Seraphina aparta la vista de Nerissa con esfuerzo y centra toda su atención en la información que tiene delante, aunque las letras parecen bailar ante sus ojos.

—Claro. Ahora mismo. Poneos cómodas, por favor —responde tranquila mientras les hace un gesto para que se sienten.

Nerissa se limita a hacerlo junto a Daphne y cruza una breve mirada con ella mientras abren los documentos sobre la mesa. Ese detalle insignificante destruye algo dentro de Seraphina. Porque sabe reconocer esa chispa. La conoce demasiado bien. Es como si frente a ella pudiera revivir su expresión mientras caminaban junto al río Dee creyendo, durante unas horas absurdamente felices, que todavía existía un futuro posible para las dos.

Ahora esa expresión se mueve hacia otra persona, y la dimensión exacta de lo que ha permitido le clava un puñal en el corazón. Protegerse y proteger a Nerissa de Adrian Beckett ha funcionado demasiado bien. Definitivamente. Porque ahora es muy consciente de que la ha perdido.

Daphne comienza a hablar sobre los ajustes presupuestarios, señalando varias cifras en el informe.

—Como puedes ver, la redistribución de recursos nos permitirá optimizar el área quirúrgica de manera significativa. La expansión de personal también es clave para la siguiente fase —explica Daphne, con voz clara y confiada—. ¿Qué opinas tú? ¿Crees que deberíamos ajustar algo más antes de firmar?

Seraphina escucha apenas fragmentos sueltos. «Redistribución de recursos.» «Optimización quirúrgica.» «Expansión de personal.» Las palabras se mezclan bajo un ruido espeso que le llena la cabeza mientras observa cómo Nerissa asiente de vez en cuando a los comentarios de Daphne.

«No hay tensión entre ellas. Ni miedo», piensa Seraphina, y el pensamiento la atraviesa de lleno. «Son solo dos mujeres trabajando juntas a plena luz del día.»

La envidia que siente es tan intensa que le abrasa la garganta. Se remueve ligeramente en su sillón, intentando disimular el temblor de sus dedos.

—¿Hay algún problema con las cifras? —pregunta Daphne de pronto, con un leve signo de preocupación que Seraphina no se cree en absoluto.

Ella levanta la mirada, obligándose a mantener la compostura.

—No. Por lo que veo todo está correcto —responde Seraphina, y firma la autorización.

Después, Daphne recoge los documentos y los guarda en su maletín.

—Perfecto. Esto agilizará bastante la siguiente fase de integración. Gracias por tu rapidez, como siempre.

Seraphina asiente apenas, con la boca seca. Entonces Nerissa habla por primera vez, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Gracias —dice con sencillez. Solo una palabra. Cortés, y profesional. Pero la distancia en su voz resulta insoportable para Seraphina.

Antes, incluso en mitad de una reunión, siempre existía algo escondido entre ellas. Esa deliciosa tensión eléctrica, una mirada más larga de lo normal, un lenguaje secreto que solo ellas comprendían. Y de eso ya no queda nada. Nerissa se pone en pie junto a Daphne y, cuando ambas salen del despacho juntas, Seraphina observa cómo Daphne inclina ligeramente la cabeza hacia ella mientras hablan en voz baja sobre algo que no alcanza a poder escuchar.

Nerissa sonríe. Una sonrisa pequeña. Real. Auténtica.

La puerta se cierra y Seraphina se queda quieta detrás de su mesa de roble durante varios segundos, con el pecho oprimido. Luego aparta lentamente las manos del teclado porque le tiemblan demasiado para seguir trabajando. Se da cuenta de que acaba de financiar, con su propia firma, la vida limpia y luminosa hacia la que ella misma ha empujado a Nerissa.

«La he perdido para siempre».

Seraphina Chapman, ha tirado su felicidad a la basura.

*

El domingo por la tarde, el jardín trasero de Isobel y su marido está lleno de voces animadas, el aroma de la barbacoa y copas de vino que tintinean bajo un cielo lleno de nubes. Los niños corren por el césped perfectamente cortado, persiguiéndose entre risas, mientras varios vecinos comentan las próximas vacaciones de verano y las fluctuaciones de los mercados privados con esa despreocupación privilegiada que siempre ha formado parte natural de su entorno.

Seraphina se mueve entre ellos como si fuera un mecanismo defectuoso, con una sonrisa rota que no le llega a los ojos. Asiente cuando alguien le habla. Ayuda a Isobel a repartir las bebidas y recoger los platos. Pero por dentro siente una desconexión tan brutal que a ratos tiene la impresión de estar observando su propia vida desde fuera, como una espectadora que presencia una comedia mala.

—La fusión os va a colocar en otro nivel completamente distinto —comenta uno de los socios de Elliot mientras acepta una copa de vino

—. Cincuenta millones no aparecen todos los días. Habéis hecho un trabajo impresionante.

Elliot sonríe con orgullo desde la parrilla, dando la vuelta a varias piezas de carne.

—La verdad es que Seraphina ha hecho magia con las cifras —responde él—. Yo solo intento que todos los acuerdos sigan en orden, sin demostrar mi torpeza.

Varias personas ríen con complicidad. Ella también finge hacerlo, aunque la frase le produce náuseas profundas. Magia. Si ellos supieran. Si todos vieran las fotografías de Chester. Las manos entrelazadas sobre las murallas romanas con otra mujer. La forma en que miró a Nerissa enamorada, creyéndose segura lejos de Mánchester. Toda esta urbanización de apariencias se vendría abajo en cuestión de horas.

—Tenéis un matrimonio admirable —dice Isobel, mientras se acerca con una bandeja de ensalada fresca—. De verdad. Hoy en día ya no quedan parejas así. Se nota que os queréis y que seguís siendo un equipo.

Seraphina siente que algo se retuerce violentamente dentro de ella. Mira a Elliot. Él está hablando con otros amigos junto a la barbacoa, relajado, atractivo y perfectamente integrado en esa vida. El padre impecable. El abogado brillante. El marido que todavía la mira con cariño incluso después de meses de distancia y mentiras.

La culpa le vuelve a atravesar.

—Gracias, Isobel —murmura Seraphina, bajando la vista un instante—. Eso intentamos… que funcione cada día.

Isobel sonríe con calidez.

—Además, los niños os adoran. Eso siempre se nota en cómo se comportan. Oliver y Harriet son un encanto.

Seraphina baja la vista hacia Oliver e Ivy, que juegan cerca de los rosales del jardín de su vecina, ajenos a la tormenta que se avecina en la vida de sus padres. Y el miedo vuelve. No el miedo a Adrian. No el miedo al escándalo. El miedo a perderlos. Porque hasta ahora ha intentado convencerse de que podía sostener las dos vidas al mismo

tiempo: la madre perfecta, la amante clandestina, la ejecutiva impecable. Pero la mentira ya no se sostiene. Está destruyéndolo todo.

El olor a carne asada empieza a resultarle asfixiante. Las conversaciones superficiales, las risas forzadas, los fondos de inversión, las recomendaciones de colegios privados. Todo lo que antes representaba estabilidad ahora le parece una cárcel elegantemente decorada. Observa el jardín, la casa grande, la perfección de esa existencia construida durante años. Y por primera vez no siente orgullo. Solo agotamiento. Un cansancio profundo y corrosivo.

Porque comprende que ha pasado demasiado tiempo viviendo para conservar una imagen en lugar de vivir para sí misma.

Al caer la tarde, y cuando todos los invitados se marchan, Seraphina ayuda a recoger a Isobel y se lleva a casa una bandeja con la comida que ha sobrado. Las luces decorativas iluminan el césped de su propia casa.

En su propia cocina, se queda en silencio durante un momento, escuchando los pasos lejanos de Elliot en el salón, a los niños riendo en sus habitaciones. Y entonces ocurre. Algo se rompe definitivamente dentro de ella.

No puede seguir así. No puede continuar dejando que Adrian controle su vida mientras ella destruye a Nerissa intentando protegerla. No puede seguir mirando a sus hijos fingiendo que todavía existe honestidad en esa casa. No puede dañar al hombre que la ha querido tanto siguiendo mintiéndole de esa manera.

La decisión llega de golpe, brutal y nítida. Va a contárselo todo a Elliot. Esa misma noche. La aventura. Lo que tiene con Nerissa. El chantaje. Las fotografías. Todo. Aunque el divorcio la destroce. Aunque pierda dinero. Aunque el consejo la expulse. Aunque Adrian intente hundirla. Ya no soporta vivir escondida. Ya no soporta convertirse en alguien a quien Nerissa apenas puede reconocer.

Se apoya unos segundos sobre la encimera porque el corazón le late demasiado deprisa. Tiene miedo. Muchísimo miedo. Pero por primera vez en meses siente también algo parecido al alivio. La posibilidad de dejar de mentir por fin.

Deja escapar una respiración temblorosa y abandona la cocina. Cruza el pasillo lentamente. Cada paso resuena en la quietud de la casa como si avanzara hacia una ejecución inevitable. Cuando llega al salón, se detiene en el umbral y siente que algo no encaja.

El reloj de pared marca los segundos con una claridad insoportable.

Elliot está junto al ventanal que da al jardín. De espaldas a ella.

—Elliot, tenemos que hablar —le pide Seraphina.

Después, traga saliva y nota el pulso golpeándole con fuerza en la garganta.

—Hay algo que tengo que contarte... He estado guardando secretos y ya no puedo más. Necesito ser sincera contigo.

Entonces Elliot se gira. Y Seraphina siente un escalofrío inmediato que le recorre la espalda. Porque no encuentra ira en su rostro. Ni rabia. Ni siquiera desprecio. Solo devastación. El aspecto de un hombre que acaba de ver cómo toda su vida se derrumba delante de él.

Tiene el teléfono móvil sujeto en una mano temblorosa. La pantalla ilumina parcialmente su cara en la penumbra. Seraphina deja de respirar cuando reconoce, incluso desde la distancia, una de las fotografías de Chester abierta en la pantalla. Sus manos entrelazadas. La muralla romana. Nerissa mirándola como si fuera lo único importante del mundo.

El universo entero parece detenerse alrededor de ella. Elliot sostiene su mirada durante unos segundos interminables. Y cuando habla, su voz sale rota por algo mucho peor que la furia.

—Llegas tarde, Seraphina —habla, totalmente devastado—. Ya me lo han contado.

Capítulo 20

—No… puede… ser…

El teléfono se desliza de entre los dedos de Seraphina y golpea la alfombra del salón con un sonido apagado que apenas logra abrirse paso a través del zumbido intenso que le invade los oídos. Durante un instante, ella solo distingue el reflejo de las luces que hay más allá, en el jardín. Luces que bañan las paredes color marfil de la estancia en una luz fría y despiadada. El mundo entero parece haberse reducido a esa imagen congelada en su mente: ella y Nerissa caminando sobre las murallas de Chester, con las manos entrelazadas bajo el resplandor de las farolas antiguas, ajenas al resto del universo.

Elliot está estático, delante de la ventana, con el pecho agitado en respiraciones irregulares. Ya no queda rastro del abogado impecable que sonríe en las cenas ni del hombre sereno que evita alzar la voz delante de los niños. Ahora parece un desconocido, alguien que acaba de descubrir que toda su existencia se sostenía sobre una mentira adornada con esmero.

Seraphina intenta tomar aire, pero los pulmones se le resisten. Siente un sabor metálico que se le acumula en la lengua mientras observa las fotografías ampliadas en la pantalla.

Todo lo que había vivido como algo íntimo, vulnerable y profundamente humano se ha transformado ahora en pruebas irrefutables. En la munición lista para disparar. En una ejecución pública y sin piedad.

—Elliot… —consigue murmurar Seraphina, aunque su propia voz le suena ajena, como si perteneciera a otra persona—. Yo iba a contártelo. Te lo juro.

Él suelta una risa breve y rota que le eriza la piel de los brazos, y después, se pasa la mano libre por la nuca con un gesto cargado de incredulidad y dolor.

—¿Contármelo? —repite despacio, mirándola como si la viera por primera vez en su vida—. ¿Y cuándo pensabas hacerlo exactamente, Seraphina? ¿Después de que mañana tu cara aparezca en todos los periódicos de la ciudad? ¿Después de que nuestros hijos tengan que escuchar en el colegio que su madre mantiene una relación con una cirujana de su propia clínica mientras finge que todo va bien en casa?

Seraphina nota cómo el suelo parece abrirse bajo sus pies. «Los niños. Dios santo, los niños.» La imagen de Oliver bajando las escaleras con el uniforme del colegio, todavía con el pelo revuelto, y la de Ivy durmiéndose la noche anterior abrazada a su brazo le atraviesan el pecho con una violencia que le corta la respiración. Todo su cuerpo reacciona con retraso: las manos comienzan a temblarle de manera visible, y el corazón le golpea contra las costillas con tanta fuerza que el dolor se vuelve dolorosamente físico.

—No quería que ocurriera así —susurra ella—. Nunca quise que lo descubrieras de esta forma tan horrible.

—¿Así? —Elliot da un paso hacia ella, con los hombros tensos y la mandíbula apretada—. ¿Es que hay una forma correcta de descubrir que tu mujer lleva tanto tiempo engañándote? Dime, Seraphina, ¿cuál sería el momento ideal para ti?

Ella abre la boca, pero las palabras se le atascan en la garganta. Cualquier explicación que intente ofrecer suena miserable incluso dentro de su propia cabeza. Ya no hay matices posibles cuando las pruebas brillan con crudeza en una pantalla de ochenta pulgadas en mitad del salón familiar, donde han celebrado cumpleaños, navidades y momentos que ahora parecen falsos.

Elliot recoge el móvil del suelo y se lo planta delante de las narices, con otra imagen que a Seraphina le deja el corazón congelado. Él aprieta la mandíbula con tanta fuerza que el músculo le tiembla visiblemente bajo la piel.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella? —gruñe Elliot.

Seraphina cierra los ojos durante un segundo. Podría mentir, minimizarlo, intentar suavizar el golpe. Sin embargo, ya no queda nada que proteger.

—Más tiempo del que me permití engañarte…

Elliot aparta la vista un instante y se pasa la mano por la cara con cansancio. Cuando vuelve a mirarla, sus ojos reflejan algo mucho peor que la rabia: una humillación profunda y desgarradora.

—Todos me han llamado. Todos. El presidente del consejo, el director jurídico, los inversores principales de la Premier… Incluso Malcolm Reed desde Londres, preguntándome si era cierto antes de que la noticia llegue mañana a Bloomberg. ¿Te das cuenta de la magnitud de esto?

Ella siente que el hielo se abre paso dentro de su pecho. «Maldito Adrian». El cabrón ha movido las piezas antes de tiempo.

—El director de comunicación me ha advertido que el Manchester Evening News ya tiene las fotografías —continúa Elliot, con la voz cada vez más áspera y ronca—. Hay periodistas preparando un reportaje completo sobre «el escándalo sexual detrás de la fusión sanitaria más importante del año». ¿Entiendes lo que eso significa para nosotros?

Seraphina baja la mirada hacia el suelo. No porque no comprenda las consecuencias, sino porque las comprende demasiado bien. La fusión se ha ido al traste. Los inversores retirarán el capital de inmediato. Las acciones se desplomarán en cuanto abran los mercados. El consejo necesitará una cabeza visible para salvar la empresa, y esa cabeza será la suya.

Las náuseas le suben por la garganta. No por el dinero ni por la carrera. Sino por Nerissa. Porque Adrian la ha expuesto también a ella.

—Esto no tiene nada que ver con el trabajo —se justifica Seraphina, intentando sostener un último hilo de dignidad—. Un error personal no debería afectar al acuerdo.

Elliot la observa con una incredulidad absoluta, casi horrorizada.

—¿Todavía hablas como la directora financiera? —pregunta, muy decepcionado—. ¿De verdad estás hablando en serio?

Seraphina levanta la vista hacia él y, por primera vez desde que ha entrado en el salón, permite que el miedo se refleje claramente en su rostro.

—Solo pienso en todo lo que acaba de explotar en mil pedazos, Elliot. En ti, en mí, en los niños… En todo.

—No —responde él, negando con la cabeza mientras se aleja unos pasos—. Tú llevas meses pensando solo en ella. En esa mujer que ha ocupado el lugar que yo ya no tenía.

El silencio que sigue resulta insoportable. El reloj de pared marca los segundos con una precisión cruel. Afuera, el viento mueve suavemente las ramas de los árboles del jardín perfectamente cuidado de la urbanización. La normalidad de la casa hace que el desastre parezca todavía más despiadado.

Elliot vuelve a mirar las fotografías en la pantalla y traga saliva con dificultad.

—¿Estás enamorada de ella? —pregunta de pronto su marido.

La pregunta atraviesa a Seraphina como una lanza. Ya no hay estrategia posible. No puede esconderse detrás del cansancio laboral, de la presión o de una crisis emocional vaga. Todo ha sido arrancado de raíz.

Traga saliva con esfuerzo.

—Sí —admite, y la palabra le quema en los labios—. La quiero.

Elliot cierra los ojos. La confesión parece golpearlo en el pecho con fuerza. Cuando los abre de nuevo, hay lágrimas contenidas que brillan en ellos, pero también un resentimiento profundo que Seraphina nunca había visto dirigido hacia ella.

—Entonces todo este tiempo… —murmura Elliot con amargura —, mientras yo intentaba arreglar nuestro matrimonio, mientras te llevaba a hoteles para reconectar, mientras buscaba terapeutas y me

preguntaba qué demonios estaba haciendo mal… tú ya estabas enamorada de otra persona. ¿Cómo has podido?

Seraphina siente un dolor espeso que le sube por la garganta y le dificulta respirar.

—Nunca quise hacerte daño, Elliot. Te lo prometo. Intenté resistirme, pero…

—Pues lo has hecho —la interrumpe él con sequedad—. Y de la peor manera posible.

La respuesta llega limpia, irrefutable y cargada de dolor. Elliot se acerca a la barra del minibar y se sirve un whisky. El líquido se derrama fuera del vaso y salpica la madera, pero él ni siquiera se percata. Bebe un trago largo y apoya las manos en el mueble, como si necesitara sostenerse.

—¿Quién más lo sabe? —pregunta sin mirarla.

Seraphina tarda demasiado en responder. Piensa en Maeve, en el hermano de Nerissa, en Daphne. Y, por supuesto, en Adrian. Demasiada gente. Demasiados ojos sobre algo que creía protegido en la intimidad de habitaciones en penumbra y mensajes que borraba con cuidado.

—No lo sé con exactitud —confiesa ella—. Pero más personas de las que imaginaba.

Elliot suelta otra carcajada rota y amarga.

—Dios mío, Seraphina. Qué ingenuo y estúpido he sido.

Seraphina nota cómo las lágrimas se le acumulan por fin en los ojos, pero se obliga a mantenerse erguida. Ya no tiene derecho a derrumbarse antes que él.

—Quería decírtelo —insiste ella—. Había decidido que era el momento.

—¿Y eso iba a arreglar algo? —replica Elliot, girándose hacia ella con los ojos enrojecidos—. ¿Iba a borrar los meses de mentiras? ¿Iba a devolvernos la confianza?

Seraphina no responde. Porque no. No iba a arreglar nada. Solo habría convertido la destrucción en una decisión propia en lugar de una detonación pública y humillante.

Elliot deja el vaso sobre la mesa y vuelve a mirar el móvil.

—Su carrera también está acabada.

Ella se lleva una mano a la boca, horrorizada. Y ya se imagina la escena al día siguiente; la imagen de Nerissa entrando bajo los flashes de los periodistas le provoca un pánico auténtico y visceral.

—Esto ha sido cosa de Adrian Beckett —suelta de repente, incapaz de seguir conteniéndolo—. Tu querido amigo me chantajeó hace unos días.

Elliot frunce el ceño y se cruza de brazos.

—¿Qué estás diciendo?

Seraphina inspira profundamente. Siente el cuerpo agotado, como si llevara semanas sin dormir de verdad.

—Descubrió lo de Chester. Quería que manipulara la auditoría de la fusión y que dimitiera después. Me amenazó con enviarte las fotografías si no colaboraba. Intenté alejarme de Nerissa para protegerte a ti y a los niños, pero… Estoy segura de que debe tener algún plan oculto.

La confesión sale rota y llena de arrepentimiento. Ahora entiende la ironía monstruosa de lo que ha pasado: ha destruido a la mujer que amaba para salvar una vida que, al final, ha explotado igualmente.

Elliot se deja caer en el sofá, como si de pronto hubiera envejecido diez años. Y después se frota los ojos con las palmas de las manos.

—No sé quién eres ahora mismo —dice, casi para sí mismo—. La mujer con la que me casé no habría hecho esto.

Seraphina mira alrededor del salón: las fotografías familiares sobre la chimenea, el piano que Ivy empezó a aprender el año pasado, las mantas perfectamente dobladas en el sofá. Todo lo que ha intentado

conservar intacto está a su alrededor. Y, sin embargo, nada ha sido suficiente para apagar lo que siente por Nerissa.

—Lo siento —susurra ella—. Lo siento de verdad.

Elliot levanta la vista y, por primera vez, el desprecio aparece claramente en sus ojos.

—No me mires así. Mañana a primera hora, la noticia saldrá en las portadas de todos los quioscos de Mánchester. Has destruido la fusión de cincuenta millones de libras. Has destruido nuestra reputación, nuestra familia, el futuro de nuestros hijos…

La voz se le rompe definitivamente.

—Espero que esa puta cirujana haya valido la pena.

El golpe verbal la atraviesa como una cuchillada afilada. Seraphina siente el impulso de defender a Nerissa, de impedir que la reduzca a un insulto, pero las palabras mueren en su garganta. Elliot tiene derecho a odiarla. Acaba de descubrir la humillación más brutal de su vida. Y, en el fondo más oscuro de sí misma, sabe que volvería a enamorarse de Nerissa aunque el precio fuera exactamente este.

Pero lo peor llega pocos minutos después.

Primero, un destello breve atraviesa los ventanales del salón. Después otro. Y otro más. Elliot gira la cabeza lentamente hacia el jardín delantero.

Hay varios coches que se detienen junto a la verja de la urbanización.

Luego, llega el primer flash que ilumina los árboles del jardín como un relámpago artificial y cegador. La prensa ya está allí. Y el corazón de Seraphina comienza a latir con tanta fuerza que apenas puede mantenerse en pie. Se acerca instintivamente al ventanal y distingue siluetas que se mueven tras las verjas de seguridad, cámaras que se elevan y objetivos que apuntan directamente hacia la casa.

Otro flash estalla en la oscuridad. Y otro. La cacería ha comenzado.

Detrás de ella, Elliot permanece inmóvil junto al sofá, completamente devastado, con los hombros caídos y la mirada perdida.

Seraphina se queda quieta en el centro del salón, atrapada entre ambos mundos, comprendiendo al fin que no queda absolutamente nada del universo que llevaba años intentando sostener con las manos desnudas. El peso de sus decisiones la aplasta, y en ese instante, mientras los flashes continúan iluminando la noche, solo puede pensar en Nerissa y en el precio terrible que ambas van a pagar por haberse atrevido a amar.

Capítulo 21

La luz grisácea del amanecer se filtra con timidez entre las nubes bajas cuando Seraphina Champan cruza el recibidor de su casa con la chaqueta bien abotonada y las llaves clavadas en la palma de la mano. La vivienda permanece envuelta en un silencio denso, nada parecido al sosiego habitual de una mañana familiar. Se trata del vacío que deja una explosión, un eco sordo que todavía reverbera entre las paredes. Desde el piso superior no llega ni un susurro de Oliver ni de Ivy. Elliot tampoco ha abandonado el salón desde la confrontación de la noche anterior. Todo se mantiene inmóvil, como si la propia estructura de la casa contuviera el aliento ante el desastre.

Al abrir la puerta principal, un destello brutal de flashes le atraviesa los ojos con violencia repentina, junto al murmullo agitado de voces que se eleva detrás de la verja de seguridad.

—¡Seraphina! ¡Señora Chapman! ¡Una declaración, por favor! —grita uno de los reporteros.

—¿Es cierta la relación con la doctora Ashcombe? —insiste otra voz, más aguda y ansiosa—. ¿Cuánto tiempo llevan viéndose?

—¿Va a dimitir de su puesto? ¿Qué opina su marido de todo esto?

Seraphina no responde. Desciende los escalones delanteros con las piernas rígidas, mientras el estómago se le convierte en una masa ácida que amenaza con doblarla en cualquier momento. El frío húmedo de Mánchester le golpea el rostro, pero apenas consigue despejar el mareo que la invade. Los fotógrafos se aplastan contra las rejas negras de la urbanización privada y extienden objetivos gigantescos hacia ella, como si fueran armas listas para disparar.

Seraphina avanza hacia el coche sin levantar la cabeza en ningún instante. Las manos le tiemblan con tanta intensidad que necesita dos

intentos para abrir la puerta del vehículo. Una vez sentada al volante, los flashes continúan rebotando contra las ventanillas tintadas como una tormenta de luz metálica. Cierra los ojos durante un segundo y apoya la frente contra el cuero frío del volante. Le duele el cuerpo entero. No ha pegado ojo en toda la noche.

«Espero que esa puta cirujana haya valido la pena».

Al avanzar hacia la salida, varios periodistas corren junto al coche. Los flashes iluminan el interior una y otra vez, arrancando fragmentos de su rostro pálido, de su miedo palpable y de la vergüenza que la consume. Seraphina mantiene la mirada fija en la carretera, con los nudillos blancos sobre el volante.

Pero no mira atrás. Sabe perfectamente lo que deja dentro de su casa: un matrimonio muerto, dos hijos que despertarán en medio de un escándalo nacional y un hombre destruido al que jamás quiso herir de esa forma tan cruel.

Cuando por fin toma la carretera principal, el ruido exterior se apaga poco a poco. Las luces de los flashes quedan atrás. Solo permanece el zumbido constante del motor y una sensación de vacío insoportable que le oprime el pecho. Entonces piensa en Nerissa, y el miedo regresa de golpe, más intenso que nunca.

*

Nerissa percibe el ambiente en cuanto atraviesa las puertas automáticas de traumatología. El edificio conserva la misma pulcritud de siempre, con sus suelos brillantes y las pantallas que muestran los horarios quirúrgicos, pero algo ha cambiado de manera irreversible.

La gente interrumpe sus conversaciones cuando ella aparece. Aunque nadie la señala con el dedo ni lanza comentarios directos. Precisamente por eso resulta mucho más doloroso. Una enfermera corta una frase a mitad mientras coloca historiales sobre el mostrador. Dos residentes bajan la voz de inmediato junto a los ascensores. Incluso uno de los recepcionistas, que normalmente le dedica una sonrisa automática cada mañana, evita sostenerle la mirada más de un segundo.

Nerissa continúa caminando con la espalda recta y la mandíbula tensa. Pero el periódico doblado sobre la mesa de la cafetería médica le golpea el estómago como una cuchillada inesperada. Las fotografías ocupan media portada del Manchester Evening News. Ella y Seraphina caminando por Chester, con las manos entrelazadas sobre las murallas y la salida discreta del hotel boutique, junto a un titular enorme: «ESCÁNDALO EN HALE MEDICAL: LA RELACIÓN OCULTA QUE AMENAZA UNA FUSIÓN MILLONARIA».

Nerissa nota de nuevo cómo la rabia lenta y fría se le endurece dentro del pecho.

Ahora lo entiende todo. La frialdad repentina de Seraphina. La distancia que impuso de repente. La humillación pública en la administración. Seraphina solo ha intentado apartarla del incendio para protegerla, pero el fuego las ha alcanzado a las dos sin piedad.

Minutos después empuja la puerta del vestuario del quirófano. Las conversaciones se cortan de inmediato. El silencio cae con una brusquedad tan evidente que hasta el sonido de las taquillas parece exagerado. Una doctora baja la vista hacia su móvil con rapidez. Otra enfermera carraspea incómoda.

Nerissa deja la bolsa sobre el banco y comienza a cambiarse sin pronunciar palabra. Siente las miradas furtivas que se deslizan sobre su espalda. Compasión. Morbo. Incomodidad. Lo peor no es el escándalo en sí. Lo peor es sentirse convertida en un tema de pasillo, en un rumor jugoso, en una vergüenza institucional que todos comentan en voz baja.

Cuando termina de abrocharse la bata quirúrgica, la supervisora entra en el vestuario con expresión rígida y profesional.

—Doctora Ashcombe, la dirección médica quiere verla inmediatamente —anuncia, aunque evita mirarla a los ojos.

Nerissa levanta la mirada despacio.

—¿Ahora? —pregunta ella—. Tengo una cirugía programada en cuarenta minutos.

La supervisora traga saliva antes de responder.

—Es urgente. Lo siento.

La reunión dura exactamente diecisiete minutos. Diecisiete minutos bastan para desmontar una carrera construida con años de esfuerzo.

El despacho de dirección médica resulta demasiado caluroso. O quizá es ella quien siente la sangre hirviendo bajo la piel mientras escucha el discurso perfectamente ensayado del comité.

—Entendemos la presión mediática a la que se enfrenta —comienza el director médico con tono paternalista—. Pensamos en su bienestar y en el del equipo.

—Nadie cuestiona su talento —añade otro miembro—, pero la exposición pública puede afectar temporalmente al entorno quirúrgico y, sobre todo, a los diferentes contratos que tenemos en marcha. Quizá sería recomendable una baja médica por estrés.

Nerissa observa a los tres hombres sentados frente a ella y siente ganas de reírse. Pero no lo hace. Entiende perfectamente el idioma real que se esconde detrás de esas frases impersonales. La están apartando. La sacrifican. Necesitan un cuerpo que arrojar a los inversores para contener el escándalo, y ella es el eslabón más fácil de expulsar.

—No estoy incapacitada para operar —responde Nerissa. Sin perder ni un poco de su orgullo—. He hecho tres intervenciones complejas esta semana sin ningún problema.

El director médico entrelaza las manos sobre la mesa y suspira.

—Nadie cuestiona su talento, doctora Ashcombe. Sin embargo, la situación externa…

—Mentira —le interrumpe Nerissa, incapaz de contenerse—. Todo esto es un cuestionamiento directo a mi profesionalidad, a mi nombre y a mi presencia en estas clínicas. ¿Van a suspenderme por enamorarme de quien no debería?

—La junta considera que una retirada temporal ayudaría a proteger tanto a la clínica como a usted misma durante esta tormenta mediática. Es lo más prudente.

—Proteger… —repite Nerissa con ironía, mientras aprieta los dedos contra el brazo de la silla—. He pasado noches sin dormir, y años

de sacrificios para convertirme en una de las mejores cirujanas en el sector deportivo. ¿Y ahora quieren reducirme a un titular sensacionalista? ¿A la amante problemática de la directora financiera?

La humillación le atraviesa el cuerpo entero como una corriente eléctrica.

—Entiendo —añade después con resignación—. Entiendo demasiado bien lo que están haciendo.

Cuando sale del despacho, siente las piernas extrañamente ligeras, como si caminara fuera de su propio cuerpo. El pasillo sigue lleno de médicos, enfermeras y administrativos. La clínica continúa su ritmo mientras su vida se rompe en silencio.

Encuentra a Seraphina en el aparcamiento subterráneo. La ejecutiva está junto a su coche, colocando carpetas en el asiento trasero con movimientos rápidos y torpes. Lleva las gafas puestas a pesar de la penumbra del parking y el pelo desordenado. Representa la imagen perfecta de una mujer que ha pasado la noche sobreviviendo a un derrumbe emocional.

Nerissa se detiene a pocos metros. Seraphina nota su presencia de inmediato y se queda completamente quieta. Después Seraphina cierra la puerta del coche sin mirarla.

—Vete a casa, Nerissa —le dice, casi suplicante—. No deberías estar aquí. Estás empeorando las cosas para las dos.

Nerissa tiene ganas de echarse a reír.

—¿Empeorando las cosas? —replica con tono cortante—. ¿Eso es lo que te preocupa ahora? ¿Que yo empeore tu imagen pública?

Seraphina aprieta con fuerza las llaves entre los dedos y cierra los ojos un instante.

—Por favor… —murmura—. No hagas esto más difícil.

—No —la corta Nerissa, dando un paso adelante—. No me hables como si todavía pudieras controlar esta situación. Me acaban de suspender, Seraphina. Medio clínica fingía no escuchar los rumores

mientras me humillaban en una reunión de diecisiete minutos. Así que no me pidas que desaparezca discretamente para facilitarte la vida.

Seraphina traga saliva con dificultad. Nerissa observa el temblor mínimo que le recorre las manos.

—No entiendes la magnitud de lo que está pasando —responde Seraphina—. Adrian lo filtró todo. Elliot… los niños… la fusión está muerta.

—Entonces explícamelo —exige Nerissa, acercándose más.

El silencio que sigue es pesado y cobarde. Los ojos de Seraphina suben finalmente hacia ella, y Nerissa desearía no haber visto nunca ese miedo reflejado en ellos.

—Déjalo ya —susurra Seraphina, con la voz rota—. No queda nada que salvar aquí.

La frase cae entre ambas como un disparo. Nerissa siente que algo termina de romperse dentro de su pecho. Todo el dolor de los últimos días regresa con fuerza. La rabia le nubla la vista. Antes de pensar lo que hace, cruza la distancia que las separa. Seraphina apenas tiene tiempo de reaccionar. Nerissa la empuja contra la carrocería del coche. Las llaves caen al suelo del parking y el sonido metálico resuena entre las columnas. Seraphina abre los ojos con una mezcla de miedo y sorpresa.

—Nerissa… —intenta decir.

Pero ella ya la sujeta por la nuca con firmeza. Y la besa. Con una necesidad feroz de atravesar la máscara que Seraphina insiste en levantar entre las dos. Los labios de Seraphina están fríos al principio. Durante un segundo permanece rígida, resistiéndose. Después se rompe por completo.

Nerissa percibe el instante exacto en que deja de luchar. El temblor que le recorre el cuerpo. La forma en que sus dedos se aferran a la bata de Nerissa con pura desesperación. El beso sabe a lágrimas retenidas, a noches sin dormir y a miedo. A un miedo profundo. Nerissa la besa con rabia porque necesita castigarla por el abandono, pero

también porque necesita recordar que la mujer de Chester sigue existiendo bajo toda la destrucción que las rodea.

Seraphina emite un sonido ahogado contra su boca. Y cuando finalmente se separan, ambas respiran con dificultad. Seraphina permanece apoyada contra el coche, con los labios enrojecidos y los ojos completamente húmedos.

—Las dos estamos metidas en este desastre —susurra Nerissa, pegada a sus labios—. Así que ya no hace falta que sigas huyendo de mí.

Seraphina cierra los ojos con fuerza.

—Vete, por favor —responde Seraphina—. Antes de que nos hagan más daño.

Capítulo 22

Seraphina Chapman lleva exactamente doce minutos sentada al extremo de la larga mesa de cristal de la sala de juntas principal, cuando comprende que la reunión no guarda ninguna relación con una simple evaluación de contingencia. Se trata de una ejecución en toda regla.

Lo percibe en las miradas esquivas de los miembros del consejo, que apenas sostienen la suya más de dos segundos. Lo nota en el silencio tenso del director jurídico, cuyo rostro permanece impasible, y sobre todo en la carpeta gris colocada frente a Adrian Beckett, como si fuera un escalpelo listo para abrirle el pecho sin darle opción a hacerlo con anestesia.

Al principio, nadie menciona el escándalo que sigue llenando los periódicos o las noticias en todos los horarios. Prefieren hablar de estabilidad financiera, y de las fluctuaciones bursátiles que se esperan tras la filtración mediática. El lenguaje corporativo cae sobre la mesa con una asepsia fría y monstruosa, como si las fotografías publicadas no pertenecieran a una vida real, sino a un gráfico defectuoso que hay que corregir antes de la apertura de los mercados.

Seraphina mantiene la espalda recta, las manos entrelazadas sobre el cristal y el rostro sereno. No tiembla. Se ha pasado la noche entera entrenándose para no hacerlo. Siente el peso de cada mirada como una acusación silenciosa, pero se obliga a respirar con calma. Piensa que, si muestra la más mínima grieta, ellos la agrandarán hasta destruirla.

Adrian toma por fin la palabra con esa calma insoportable que siempre lo caracteriza. Lleva un traje azul oscuro impecable y una expresión de gravedad estudiada, casi teatral.

—La prioridad del consejo es contener el impacto sobre la fusión y garantizar la confianza de los inversores externos —afirma mientras desliza un documento hacia el centro de la mesa—. Por supuesto, todos lamentamos profundamente la situación personal que estás atravesando, Seraphina.

La palabra «personal» le revuelve el estómago. Porque nada de lo que él ha hecho ha sido casual ni privado. Todo ha sido calculado.

Seraphina baja la mirada hacia el documento. Las letras negras sobre el papel blanco parecen bailar un instante: SUSPENSIÓN TEMPORAL DE FUNCIONES EJECUTIVAS. Escucha el latido de su propio corazón retumbar dentro de su cabeza, más fuerte que cualquier voz en la sala.

Adrian continúa con el mismo tono:

—La medida es puramente preventiva. El consejo considera que una retirada provisional facilitará la estabilización de la operación financiera mientras analizamos el alcance mediático del incidente.

«Hijo de puta». ¿Cómo se atreve a llamarlo incidente? ¿Cómo puede estar tan fresco, delante de ella, después de lo que le ha hecho? ¿Cómo puede fingir que lo que ha pasado ha sido por un error fortuito y no porque él haya encendido la mecha con sus propias manos?

Seraphina levanta despacio los ojos y lo mira directamente. Él le sostiene la mirada con esa tranquilidad venenosa de quien sabe que ya ha ganado la partida. En ese preciso instante, ella comprende algo mucho peor que la pérdida de su carrera: nunca hubo intención real de que negociasen. La extorsión solo fue el preludio. Adrian necesitaba destruirla públicamente para tomar el control absoluto del fondo de inversión y apartarla de la operación antes de que pudiera reaccionar. Y ahora, lo tiene muy claro.

—Necesitamos tus accesos corporativos de inmediato —interviene el director jurídico con evidente incomodidad, carraspeando ligeramente—. También toda la documentación en la que has trabajado y la autorización financiera de las cuentas vinculadas a la fusión.

El silencio que sigue resulta devastador. Durante años, esa sala fue su territorio, su reino indiscutible. Dirigió acuerdos internacionales

desde esa misma mesa, cerró adquisiciones millonarias y salvó operaciones que otros daban por perdidas. Cada pantalla, cada informe y cada decisión estratégica llevaba su impronta. Y ahora le amputan de su propia creación como si fuera una amenaza que hay que extirpar cuanto antes.

Adrian junta las manos sobre la mesa y adopta un tono casi paternal:

—Entendemos que este momento puede resultar emocionalmente complejo para ti.

Seraphina siente un impulso casi irrefrenable de reírse en su cara, pero se contiene. No piensa regalarle ni una sola reacción que él pueda usar después. Abre la carpeta y lee el documento completo, línea por línea, sin prisa. Las cláusulas están redactadas claramente, dentro de una legalidad que ahora le da náuseas. Porque cada una de esas palabras, están perfectamente diseñadas para enterrarla viva.

Coge la pluma estilográfica que hay junto a la carpeta, y pronto, la tinta corre sobre el papel mientras estampa su firma.

Adrian esboza una sonrisa mínima, apenas perceptible, pero triunfal.

—Agradecemos tu colaboración, Seraphina —murmura hacia la mujer.

Ella deja la pluma sobre la mesa con cuidado y levanta la vista.

—¿Ya has terminado? —pregunta, sin rastro de emoción.

La pregunta lo descoloca durante medio segundo. Esperaba lágrimas, rabia, tal vez una escena dramática. Pero Seraphina lleva demasiadas horas rota por dentro como para ofrecerle ese espectáculo.

El director jurídico carraspea de nuevo.

—El equipo de sistemas desactivará tus accesos en cuanto salgamos de aquí.

Ella asiente, se quita la tarjeta ejecutiva del cuello y la deposita sobre el cristal. El pequeño rectángulo de plástico produce un sonido ridículamente leve, pero a ella le parece que acaba de arrancarse un

órgano vital. Después, entrega todo lo que le han pedido, y sus símbolos de poder desaparecen en cuestión de segundos, amontonados frente a Adrian Beckett como si fueran trofeos de guerra.

Cuando se pone en pie, nadie intenta detenerla. Ya no necesitan nada más de ella.

La lluvia golpea Mánchester cuando el taxi la deja frente a la entrada del hotel. Seraphina permanece unos instantes dentro del vehículo, observando las puertas giratorias y el ir y venir de desconocidos con maletas. Nadie sabe quién es. Por primera vez en muchos años, es invisible. La idea debería aliviarla, pero solo consigue abrir un vacío insoportable en su interior.

Sale del coche sujetando solo el bolso y una pequeña maleta que preparó a toda prisa esa misma mañana, mientras Elliot evitaba cruzarse con ella por los pasillos de la casa y sus hijos pasaban ese infierno personal en casa de sus abuelos

«Me van a odiar toda la vida», piensa, justo cuando la recepcionista le dedica una sonrisa profesional y neutra.

—Buenas tardes, señora Chapman.

El apellido le atraviesa el pecho. Firma el registro y va hacia el ascensor para subir a la habitación 814.

Al introducir la tarjeta y oír el sonido electrónico de la puerta, siente una punzada extraña. Deja la maleta junto a la cama y camina despacio hasta el ventanal. Mánchester se extiende como un paisaje cansado de hormigón y luces difuminadas. Seraphina Champan se cruza de brazos y, por primera vez desde la reunión, nota el verdadero peso de su caída.

Ya no tiene despacho. Ni casa. Ni control. Ni un futuro claro. Solo esa habitación en un hotel anónimo en una ciudad que lleva años intentando conquistar. Apoya la frente contra el cristal frío y cierra los ojos. Piensa en Elliot, en sus hijos, en un último beso desesperado en el aparcamiento. Y entonces el recuerdo de Nerissa le rompe por dentro. Porque, incluso después de todo, sigue siendo el único lugar donde su cuerpo reconoce algo parecido a la verdad.

*

Mientras tanto, Nerissa tarda menos de diez minutos en llegar al apartamento de Daphne. La lluvia ha calado su abrigo y todavía arrastra la rabia de lo que ha sucedido en las últimas horas pegada a la piel como una segunda capa de sudor. Su cuerpo se siente exhausto, pero su mente funciona a base de golpes violentos de adrenalina y humillación.

Cuando Daphne abre la puerta, el calor del interior la golpea de inmediato. Durante un segundo, Nerissa siente el impulso físico de derrumbarse allí mismo, en el umbral, y no tiene ni idea de por qué no lo hace.

Daphne la observa un instante antes de acercarse.

—Dios mío... —susurra con preocupación, tocándole el brazo.

Ese simple contacto casi termina de romper la poca compostura que le queda. Nerissa entra sin decir nada. El apartamento está impecable, ordenado con esa elegancia que siempre había admirado en Daphne. Todo transmite estabilidad, seguridad y control. Exactamente lo contrario de lo que ella siente en este momento.

Daphne cierra la puerta y la guía hacia el salón.

—Siéntate, por favor. Voy a prepararte algo —dice con tono cariñoso.

Nerissa niega con la cabeza.

—No necesito café. Lo que necesito es que alguien me diga que todavía queda algo en pie después de todo esto.

—Ya… creo que es normal.

Nerissa cierra los ojos un instante. Y por el panel de su mente, vuelve a revivir los titulares, las fotografías, su vida convertida en carnaza pública.

—Me han suspendido —murmura.

—Eso también lo sé —responde Daphne.

La mujer baja la mano y entonces, ocurre algo pequeño pero revelador. Daphne retrocede medio paso, estableciendo una distancia casi imperceptible, pero prudente. Y Nerissa lo nota al instante. Tanto, que el salón parece enfriarse varios grados.

Daphne se dirige a la cocina abierta y regresa con dos tazas de café.

—Puedes quedarte aquí esta noche si quieres —ofrece mientras deja una taza sobre la mesa frente al sofá—. No deberías estar sola en un momento así.

Nerissa la mira fijamente.

—¿Pero? —pregunta, porque sabe que hay un pero.

Daphne suspira.

—Necesito… que entiendas una cosa. Sera la auditora de la fusión de las clínicas tiene un precio, y para colmo, la situación se ha vuelto mucho más grande de lo que parecía esta mañana.

Otra vez el lenguaje corporativo.

—Quiero ayudarte —continúa Daphne con cuidado—, pero de cara al exterior necesitamos mantener las distancias. No quiero que las cosas vayan a peor.

Nerissa permanece inmóvil, procesando lo que acaba de escuchar.

—¿Distancia? —repite—. Me dijiste que contigo no habría esquinas oscuras, Daphne.

—Y lo sigo creyendo —responde Daphne sosteniéndole la mirada—. Pero esta situación también exige algo de… estabilidad. No puedo hundir mi trabajo o mi reputación por esto.

Por esto. No por ti. Por esto.

Nerissa aparta la mirada hacia la ventana.

—De repente he comprendido algo horrible —musita mientras niega con la cabeza—. Ni Seraphina pudo derribar su propio miedo. Ni tú puedes atravesar el cálculo frío de los números.

Daphne se acerca de nuevo.

—No estoy abandonándote. Solo te pido tiempo hasta que la tormenta pase.

—Pero siempre habrá una condición, ¿verdad? Siempre que no perjudique el negocio. Siempre que el mercado lo permita. Siempre que el escándalo no te llegue a salpicar. ¿Crees que yo estoy orgullosa de esto?

—No, sé que no lo estás. Pero ahora mismo, es lo que hay —le responde Daphne con frialdad.

Nerissa asiente, y con las mismas, deja el café, a Daphne y ese puto apartamento. Pero antes de salir, se gira y la mira a los ojos:

—Ahora entiendo por qué nunca conseguí amarte de verdad.

Capítulo 23

La puerta del apartamento de Nerissa Aschcombe se abre en mitad de la noche, y ahí está Seraphina, con el pelo pegado a las mejillas. Sus ojos, habitualmente fríos y calculadores, parecen ahora dos pozos exhaustos. No lleva maquillaje. No hay rastro de la directora financiera imperturbable que Nerissa lleva conociendo años. Solo una mujer al límite.

Nerissa se queda quieta en el umbral, con la mano todavía en la puerta. El cansancio de todo el día se transforma de inmediato en algo más afilado. En una rabia sorda que le quema en el pecho.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Seraphina no responde con palabras. Da un paso adelante, cruzando el umbral. El movimiento es deliberado, casi desafiante. Cierra la puerta tras de sí y se queda allí, a menos de un metro de Nerissa.

—Necesitaba verte —confiesa. Su acento británico, normalmente tan pulido, suena rasgado.

Nerissa suelta una risa amarga. Y después, se cruza de brazos, protegiéndose de forma instintiva.

—¿Ahora necesitas verme? Después de tratarme como si fuera un error que podías borrar de tu agenda… ¿Ahora?

Seraphina baja la mirada un segundo, pero luego la levanta de nuevo. Después de todo, ya no tiene nada que perder.

—Tenías razón en todo lo que pensaste de mí. Fui cobarde. Y también cruel.

El aire del salón se carga de electricidad. Nerissa nota cómo su pulso se acelera. Querría gritarle, querría echarla, pero la imagen de Seraphina así, despojada de toda su armadura, se lo impide.

—Me acosté con Daphne —suelta Nerissa de golpe, y las palabras le escuecen en la lengua al pronunciarlas. Es una confesión brutal, un intento deliberado de herirla por el despecho que le quema la boca—. Mientras yo me consumía preguntándome qué demonios había hecho mal otra vez, yo… yo busqué consuelo donde pude. Un consuelo con la persona equivocada.

Nerissa contiene el aliento, esperando que Seraphina se enfade, que levante esa muralla de orgullo y posesividad aristocrática que siempre la ha caracterizado. Espera que la alta sociedad de Mánchester le grite. Pero la mujer frente a ella no se inmuta; solo baja la mirada un segundo y asiente, aceptando el golpe como un castigo merecido.

—Lo sé —responde Seraphina, extrañamente desprovista de veneno—. Y no tengo ningún derecho a reprocharte nada. Fui yo quien te empujó a sus brazos. Con mi silencio. Con mi maldito miedo.

Nerissa parpadea, completamente desconcertada por la ausencia de barreras. Seraphina da otro paso hacia ella, rompiendo la distancia de seguridad. Ahora están tan cerca que Nerissa puede hasta escuchar el latido de su corazón.

—Adrian me tenía atrapada —continúa Seraphina—. Tenía fotografías de Chester. De nosotras. Me amenazó con usarlas si no dimitía y movía algunas acciones a su favor. Me dijo que me pintarían como una madre irresponsable, inestable, inmoral. Y yo… me aterroricé, Nerissa. Me aterroricé tanto que preferí destruir lo que teníamos antes de arriesgarme a perder a mis hijos. Cosa que… evidentemente, ha sucedido —solloza.

Nerissa siente cómo su rabia y el odio que sentía se agrietan. Las piezas encajan de golpe.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurra.

—Porque soy una idiota orgullosa —responde Seraphina con una sonrisa triste y rota—. Porque pensé que podía solucionarlo sola.

Porque creí que, si te mantenía lejos, te protegía. Y en cambio, solo te hice más daño.

Nerissa nota que le tiemblan las manos. Todo el resentimiento acumulado durante días lucha contra una oleada de comprensión. Seraphina, la mujer que nunca perdía la compostura en una sala de juntas, está frente a ella confesando su mayor miedo.

De pronto, las rodillas de Seraphina parecen fallar. Se deja caer al suelo del salón, primero sentada sobre la alfombra, luego inclinándose hacia adelante hasta que su frente casi toca la tela. Los hombros le tiemblan. Todo el cuerpo lo hace. Y un sollozo bajo, contenido durante demasiado tiempo, escapa de su garganta.

Nerissa la mira desde arriba durante unos segundos eternos. Luego, como si una fuerza invisible la empujara, se arrodilla a su lado. Extiende una mano y la posa sobre la espalda de Seraphina.

—Shh… —murmura, aunque no sabe bien qué decir—. Tranquila…

Seraphina levanta la cabeza. Tiene los ojos enrojecidos y las mejillas mojadas por lágrimas que no se molesta en ocultar.

—Estoy cansada, Nerissa. Cansada de fingir. De tener miedo. He perdido el control de todo. Y solo podía pensar en venir aquí. Aunque me odiaras. Aunque me echaras.

—No te odio —responde Nerissa, y la verdad de esas palabras la golpea con fuerza—. Estoy enfadada. Muy enfadada. Pero no te odio.

Se miran en la penumbra del salón, iluminado solo por una lámpara de pie. Ahí están, dos mujeres rotas, suspendidas en el punto más bajo de sus vidas. Sin cargos. Sin reputaciones intachables. Solo ellas.

Nerissa se acerca más. Levanta una mano y limpia con el pulgar una lágrima de la mejilla de Seraphina.

—Nunca vuelvas a decidir por mí —susurra.

—No lo haré —promete Seraphina.

El beso llega como una necesidad urgente. Nerissa empuja a Seraphina hacia atrás, obligándola a retroceder hasta que la parte posterior de sus piernas choca contra el sofá y ambas terminan derribadas en la alfombra del salón. Nerissa se coloca inmediatamente sobre ella, sintiendo el cuerpo de la ejecutiva húmedo por la lluvia y temblando de forma descontrolada debajo del suyo.

Las manos de Seraphina se aferran a su cintura, clavando los dedos con una fuerza ciega, como si temiera caer al vacío si la suelta. Nerissa nota la presión punzante de sus uñas a través de la fina tela de su camiseta. Un gemido espeso escapa de su propia garganta cuando Seraphina le muerde con rabia el labio inferior, tiñendo el beso de un sabor ferroso, vivo.

—Te necesito —murmura Seraphina contra su boca, con los ojos empañados y fijos en los suyos—. Haz que me olvide de todo.

Nerissa no responde con palabras. Baja la cabeza con brusquedad y empieza a marcarle el cuello con la boca, succionando la piel fría por la tormenta y saboreando el rastro salado de las lágrimas que le corren por las sienes. Sus dientes se clavan en la base del cuello de Seraphina, mientras sus manos tiran del abrigo mojado de Seraphina, abriéndolo con movimientos torpes y descompuestos. Los botones de la blusa blanca ceden, con algunos saltando por el suelo. La piel pálida del torso queda expuesta, moviéndose al ritmo de una respiración errática, enmarcada por el encaje negro del sujetador.

Se quitan el resto de la ropa con una impaciencia salvaje. Nerissa desliza el cuerpo hacia abajo, abriéndose paso entre los muslos de Seraphina. Al separar sus piernas con las manos, la encuentra empapada, caliente, latiendo con excitación. Nerissa no usa las manos; hunde la cara directamente entre sus piernas.

Seraphina suelta un grito ahogado, arqueando la pelvis hacia arriba cuando la lengua de Nerissa la lame de abajo arriba con un hambre voraz. El contraste de la boca caliente de la cirujana contra su intimidad la hace temblar. Nerissa succiona su clítoris con fuerza, usando los labios y los dientes para morder suavemente la carne hinchada, provocando un dolor eléctrico que solo aviva el incendio. Las manos de Seraphina se enredan en el pelo de Nerissa, tirando de él para

pegarla más a su sexo, clavando las uñas en su cuero cabelludo mientras sus gemidos se transforman en sollozos entrecortados. Cada embestida de la lengua de Nerissa es un recordatorio de que siguen vivas, de que el fango exterior no ha podido tocar lo que hay entre ellas.

El orgasmo golpea a Seraphina de manera violenta, sus muslos se tensan contra los hombros de Nerissa y grita su nombre hacia el techo del salón, arañando la alfombra mientras la pelvis le tiembla en pleno espasmo.

Sin embargo, Nerissa no le da tiempo a recuperarse. La adrenalina y su propia excitación, acumulada tras la bofetada de Daphne y el desprecio del hospital, la tienen al límite. Siente sus propios fluidos resbalando por sus muslos y una presión dolorosa en el bajo vientre. Necesita más.

Se incorpora sobre las rodillas, agarra a Seraphina por las caderas y, con un movimiento firme y autoritario, la obliga a girarse sobre el estómago, empujándola hasta colocarla a cuatro patas sobre la alfombra. Seraphina obedece con un gemido sumiso, apoyando los antebrazos en el suelo, ofreciéndose por completo.

Nerissa se posiciona detrás de ella. Contemplar la espalda desnuda de Seraphina, marcada por sus propios dedos, desata una posesividad primitiva. Desliza dos dedos de golpe en su interior desde atrás, buscando el fondo con un ritmo implacable, duro, casi castigador.

—Joder… Sí, así. Más fuerte —suplica Seraphina con la voz rota, echando la pelvis hacia atrás para recibir las embestidas con más profundidad, buscando la fricción de la mano de Nerissa contra su piel.

Nerissa la folla sin piedad, moviendo el brazo con un ritmo salvaje, sordo a cualquier lógica que no sea la de poseer a la mujer que ha destruido su mundo para intentar salvarla. Con la mano libre, sujeta a Seraphina por el pelo, tirando ligeramente hacia atrás para obligarla a alzar el rostro y morderle la línea del hombro mientras la penetra. El salón se llena del sonido húmedo de la fricción y de las respiraciones jadeantes de ambas. El placer sube por la columna de Nerissa como una descarga de alto voltaje. Está tan unida a ella, tan lubricada, que la

fricción de su propio sexo contra el cuerpo de Seraphina la lleva al borde del abismo.

El segundo orgasmo de Seraphina llega a la vez que el de Nerissa. Las paredes vaginales de la ejecutiva se contraen con una fuerza brutal alrededor de los dedos de la cirujana, atrapándolos. Nerissa suelta un gemido ronco, hundiéndose una última vez en ella mientras se corre de manera brutal, temblando con violencia sobre la espalda de su amante.

Las dos se derrumban juntas en la alfombra, de lado, sudorosas, jadeantes y con las piernas enredadas. La respiración de Seraphina es un sopló caliente contra el cuello de Nerissa. Poco a poco, el ritmo cardíaco de ambas empieza a estabilizarse, y Nerissa nota cómo las lágrimas de la ejecutiva vuelven a mojar su piel. Pero esta vez son diferentes. No hay pánico en ellas; son lágrimas de un alivio absoluto, el llanto de quien ha dejado caer un peso que la estaba matando.

Nerissa la rodea con los brazos, pegando la espalda de Seraphina contra su pecho, encajándolas como dos piezas rotas que vuelven a unirse a la fuerza.

—No voy a soltarte —susurra Nerissa al oído de Seraphina, apretando el agarre sobre su vientre—. Mañana empezaremos a luchar. Juntas.

Seraphina asiente en silencio, girando un poco la cabeza para besar la mano de Nerissa, la misma que aún conserva el rastro de ambas.

Capítulo 24

—Vamos a hundirlo, te lo prometo.

La cuarta noche después de todo lo sucedido, se despliega en el apartamento de Nerissa Ashcombe con una quietud tensa, rota solo por el murmullo ocasional de las teclas. Dentro de esas paredes, el espacio se ha convertido en un refugio improvisado donde el mundo exterior parece lejano y hostil. Seraphina lleva sentada frente al ordenador desde hace más de seis horas.

Sus dedos se mueven rápido sobre el teclado, aunque los mechones sueltos de su pelo caen sobre su frente y sus ojos enrojecidos reflejan el cansancio acumulado. Bajo esa fachada de concentración absoluta late todavía el derrumbe emocional de los últimos días, una herida que va a ser casi imposible de cerrar. Sin embargo, junto a ese dolor ha nacido también la necesidad de encontrar una solución, a pesar de que ya no pueda cambiar parte de las cosas.

Nerissa la observa desde la cocina americana mientras remueve con lentitud una taza de café que ninguna de las dos necesita. La sudadera gris que lleva le queda grande y le confiere un aspecto vulnerable que contrasta con su habitual aplomo. No han conseguido dormir más que unas pocas horas cada noche desde que todo estalló.

—Necesitas descansar un poco —murmura Nerissa, acercándose por detrás. Apoya una mano en el respaldo de la silla y nota cómo los músculos de Seraphina se tensan un instante antes de relajarse bajo el contacto—. Llevas todo el día ahí sentada.

Seraphina exhala un suspiro largo y se pasa una mano por la cara, frotándose los ojos con fatiga.

—No puedo parar ahora —le responde, sin apartar la vista de las columnas de números que llenan la pantalla—. El tiempo juega en

nuestra contra.

Maeve está sentada en el suelo del salón, rodeada de carpetas y notas manuscritas que se extienden como un mapa caótico. Sus dedos teclean sin descanso en la tablet corporativa que Seraphina logró salvar del bloqueo progresivo de credenciales ordenado por Adrian. Callum, el hermano de Nerissa, está apoyado contra la pared junto al ventanal, mientras consulta su teléfono con el ceño fruncido y mantiene una conversación en voz baja con un contacto del distrito financiero. Su presencia añade una nota más terrenal al grupo, una energía práctica y directa que complementa la tensión de las demás.

—Van a cerrar todos los accesos remotos antes del amanecer —dice Maeve a Nerissa, después de consultar la información que ella le ha pedido—. El equipo de IT está limpiando los servidores rápido. Si queremos descargar más material, tiene que ser ya. No vamos a tener otra oportunidad.

Callum termina su llamada y guarda el móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Tengo tres empresas registradas en distintas zonas de Europa —explica—. Todas confluyen en el mismo despacho de intermediarios. Aquí hay algo que no encaja.

Seraphina levanta la cabeza y los mira a todos.

—Estoy segura de que todo pasa por Adrian. Debe ocultar algo muy gordo que a mí y a la auditoria de la fusión se nos ha escapado.

Nerissa deja la taza de café junto al ordenador y coloca una mano sobre el hombro de Seraphina. Hace solo una semana, la mujer que tiene al lado vivía atrapada en una mansión impecable, rodeada de un césped perfecto y compromisos sociales vacíos. Ahora se encuentra escondida en un apartamento prestado, vestida con ropa ajena, persiguiendo pruebas que podrían salvarla o destruirla un poco más.

—Come algo, por favor —insiste Nerissa, arrodillándose a su lado para quedar a su altura—. Aunque sea un poco de fruta o una tostada. Entre todos estamos avanzando.

Seraphina cierra los ojos un segundo y niega con la cabeza.

—Luego —responde.

—Llevas diciendo «luego» desde ayer por la tarde, Seph —replica Nerissa, acariciándole la nuca con movimientos lentos y reconfortantes—. No puedes seguir castigándote de esta manera. En algún momento tu cuerpo va a decir basta.

Seraphina se pasa una mano por el rostro y exhala con dificultad.

—Te prometo que lo haré en un rato.

—Está bien —susurra Nerissa—. Pero recuerda que aquí nos tienes a todos.

Seraphina echa una mirada a su alrededor, sin poder creerse que tanto Maeve como Callum la hayan perdonado y le estén echando una mano.

—Ya os he arrastrado demasiado lejos —comenta Seraphina, casi avergonzada—. Y ni siquiera deberíais estar metidos en esto.

Callum se separa de la pared y se acerca con una expresión seria pero decidida.

—Estoy aquí porque quiero estar. Porque odio las injusticias —afirma sin dramatismo alguno—. Y porque ese cabrón os ha destrozado la carrera. No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo destruye también vuestras vidas.

Maeve levanta la vista y también asiente.

Por primera vez en muchas horas, una pequeña sonrisa está a punto de cruzar el rostro Seraphina, aunque no llega a materializarse del todo. Pero Nerissa percibe el alivio momentáneo en su respiración, como si por un instante el hielo que la rodea se hubiera agrietado.

El teléfono de Seraphina vibra de repente sobre la mesa. El cambio en su expresión es inmediato y visceral. Seraphina agarra el móvil con tanta rapidez que casi tira una carpeta al suelo. En la pantalla aparece el número de la madre de Elliot.

Contesta al primer tono, poniéndose de pie con nerviosismo.

—Escúchame… por favor —le pide, y camina hacia el pasillo para buscar algo de privacidad—. Solo quiero hablar con ellos cinco minutos. No voy a discutir contigo, te lo prometo. Solo… déjame escuchar sus voces.

El silencio del otro lado parece eterno. Nerissa aparta la mirada y se muerde el labio inferior.

—No, no voy a decirles nada que les confunda —continúa Seraphina, rota por el dolor—. Te lo suplico. Son mis hijos.

Cuando regresa al salón varios minutos después, Seraphina todavía sostiene el teléfono en la mano y tiene la mandíbula completamente rígida. Está a punto de derrumbarse.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Maeve.

Seraphina tarda varios segundos en responder, mientras se deja caer en la silla con lentitud.

—No me dejan hablar con los niños —responde Seraphina, llevándose las manos a la cara—. Oliver no para de preguntar si es verdad lo que sale en internet. También se están metiendo con ellos en el colegio. Y su abuela cree que lo mejor es «darles estabilidad» hasta que Elliot decida qué hacer. —La mujer solloza—. Les he destrozado la vida…

Nerissa siente una punzada de dolor en el pecho al verla así, porque Seraphina siempre le ha parecido una estructura imposible de doblegar. Incluso en los momentos más oscuros que han vivido juntas. Pero ahora solo parece una madre desesperada que intenta alcanzar a sus hijos a través de un cristal blindado.

Un cristal que otros han levantado.

Nerissa se acerca y la rodea por la cintura. Seraphina apoya la frente en su hombro de forma automática, exhausta.

—Van a ponerlos en mi contra. Estoy segura —susurra Seraphina contra su cuello—. Adrian sabía exactamente dónde golpearme. Sabía que esto me destruiría más que perder mi puesto de trabajo.

—No vas a perderlos —afirma Nerissa con convicción, aunque la verdad es que también siente dudas—. Lucharemos por ellos. Juntas.

—Ya los estoy perdiendo —responde Seraphina.

Nerissa cierra los ojos un instante, sin saber cómo combatir un dolor tan profundo. Solo sabe sostenerla, ofrecerle su calor y su compañía.

La madrugada avanza y el cansancio se acumula en el apartamento, pero nadie se rinde. Es cerca de las tres y media cuando todo cambia.

Seraphina se queda inmóvil de repente. Sus dedos se suspenden congelados sobre el teclado mientras sus ojos recorren una misma línea de números varias veces. Nerissa lo nota al instante y se acerca con preocupación.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Seraphina amplía una hoja de cálculo, y luego otra. Abre un archivo de auditoría y comienza a cruzar cifras manualmente, mientras Callum se incorpora para ver qué está pasando.

—¿Seph? —insiste Nerissa.

Entonces Seraphina se levanta de golpe, y la silla cae hacia atrás.

—Dios mío —murmura.

Nerissa siente cómo su propio corazón da un vuelco.

—¿Qué has encontrado? —pregunta Maeve también.

Seraphina gira el ordenador hacia ellos. Su respiración se ha acelerado y sus pupilas brillan con una lucidez nueva.

—Mirad esto… —explica, varios abriendo archivos a velocidad vertiginosa—. El cabrón ha estado ocultando transferencias a sociedades limitadas. Aquí también se reflejan comisiones técnicas y consultorías ficticias.

Seraphina señala varias líneas resaltadas con el dedo.

—Ha hecho pagos fragmentados cada dos semanas —continúa, hablando más rápido, atrapada por la lógica implacable del

descubrimiento—. Siempre por debajo del umbral de una auditoria automática, con las mismas empresas receptoras y firmas jurídicas intermediarias.

Callum se inclina sobre la pantalla.

—Esta es una de las empresas de las que os he hablado —confirma.

—Exacto —asiente Seraphina—. Adrian lleva meses desviando dinero del fondo de inversión. Lo ha disfrazado como gastos de consultoría vinculados a la próxima expansión deportiva de la fusión. Pero las empresas receptoras son sociedades pantalla. No existe ningún servicio real detrás.

Nerissa palidece visiblemente.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

La cifra aparece en la pantalla: siete millones y medio de libras.

—Si la fusión hubiera seguido adelante… —empieza Callum.

—Lo habrían descubierto —completa Seraphina—. Lo tenemos.

El apartamento queda sumido en un silencio absoluto durante varios segundos. Y una a una, las piezas empiezan a encajar en su cabeza. Las fotografías. Su amenaza. El escándalo. La filtración simultánea a la prensa y al consejo. La caída inmediata de la fusión.

Seraphina se lleva una mano a la boca, devastada por la verdad.

—El cabrón… —murmura en un hilo de voz—. Solo necesitaba tiempo para cubrir sus huellas.

Seraphina mira a Nerissa. Sus ojos están húmedos por la rabia.

—Si la fusión se cancelaba por un «escándalo moral», nadie investigaría las cuentas. El consejo culparía a lo que yo hice, no a los balances. Cuando nos descubrió, supo que yo era el sacrificio perfecto: la directora financiera adúltera que hunde un acuerdo millonario.

Maeve deja escapar una maldición entre dientes.

—Te convirtió en una cortina de humo —comenta.

Seraphina asiente, con la mirada perdida en la pantalla.

—Mientras todos miraban nuestras fotografías con morbo, nadie miraba el agujero de siete millones de libras que tenían delante de sus putos ojos.

—Eso es porque tienen algún colaborador más —apunta Callum.

Nerissa siente náuseas. Toda esa destrucción y humillación pública, nunca había sido realmente por ellas. Sino por codicia.

Seraphina se deja caer en la silla y se cubre los ojos con las manos durante un momento largo.

—Ha destruido mi carrera y vuestras vidas para protegerse…

Nerissa le aparta las manos y la obliga a mirarla.

—Y ahora vamos a destruirlo nosotras —afirma la cirujana—. No vamos a dejar que se salga con la suya.

Seraphina la observa y en sus pupilas agotadas aparece algo parecido a la esperanza.

—Necesitamos sacar esto antes de que borren los servidores —comenta Maeve mientras trabaja—. Voy a hacer copias encriptadas en tres sitios diferentes.

Callum ya tiene el teléfono en la mano.

—Tengo un contacto en delitos financieros de confianza —explica—. Si esto es real, y parece que lo es, Adrian está acabado. Voy a llamarle ahora mismo para que prepare el terreno.

Seraphina vuelve al ordenador. La devastación sigue presente, pero ahora tiene una dirección clara. Nerissa la observa durante otra hora, fascinada. Incluso rota, incluso expulsada de su propio mundo, Seraphina sigue siendo la mente más brillante de la habitación. La mujer de la que está enamorada.

Nerissa se da cuenta de que no está viendo a una mujer caer. Está viendo a una mujer prepararse para contraatacar con toda su fuerza. Y ahora, solo falta un último paso.

Nerissa permanece varios minutos mirando la pantalla vacía del correo electrónico. El nombre de Daphne Mercer aparece en el destinatario. Seraphina levanta la vista con preocupación.

—No tienes por qué hacerlo tú —le dice—. Puedo enviárselo yo.

—No, tengo que hacerlo yo —responde Nerissa, y respira hondo —. Necesito cerrar este capítulo de mi vida.

Maeve y Callum intercambian una mirada discreta y se apartan para darles espacio. Nerissa comienza a escribir y después, adjunta los documentos resumidos, las transferencias clave y toda la información que han recopilado. Luego escribe:

«Adrian te está utilizando a ti para limpiar su imagen y a Seraphina como chivo expiatorio de un desfalco millonario. Mira los archivos con atención. Y decide de qué lado de la historia vas a estar cuando el consejo explote mañana. Porque esto no va a quedar en nada. Tenemos las pruebas suficientes para destrozar su versión de los hechos.»

Lee el mensaje dos veces, corrige una coma y levanta la vista hacia Seraphina. La ejecutiva la observa desde el otro lado de la mesa, agotada, vulnerable y una ferocidad que había perdido.

Dos segundos después, Nerissa pulsa «enviar».

Nerissa pulsa “enviar”.

Este es el primer disparo de una guerra que apenas comienza.

Capítulo 25

Seraphina Chapman percibe el miedo en el mismo instante en que la puerta de la sala de juntas se abre ante ella y todas las conversaciones se extinguen de golpe alrededor de la mesa rectangular. Cada persona presente parece haber acudido para presenciar una ejecución pública.

Adrian Beckett ocupa la cabecera de la mesa con una suficiencia que resulta insultante. A su alrededor se distribuyen los principales inversores del fondo, varios miembros del consejo y dos representantes jurídicos externos llegados desde Londres. Ninguno sostiene la mirada de Seraphina más de dos segundos cuando ella entra en la estancia.

Seraphina cierra la puerta a su espalda sin prisa alguna. Lleva un traje negro de corte perfecto y el pelo recogido con la misma precisión que empleaba antes de ser echada a patadas. Apenas ha dormido tres horas en cuatro días, pero ningún rastro visible de ello aparece en su rostro.

Adrian carraspea con evidente teatralidad.

—Bien. Ya que la señora Chapman se ha dignado a presentarse para oficializar los cambios… —comienza.

Seraphina no toma asiento, deja el bolso sobre la mesa y clava sus ojos en él con una calma tan gélida que Adrian interrumpe la frase de forma inconsciente.

—Antes de que esta reunión continúe… —afirma Seraphina, y mira a todos los presentes—, quiero dejar algo muy claro. No responderé a ninguna pregunta sobre mi vida privada, mi orientación sexual ni las fotografías que filtraron ilegalmente a la prensa. No estoy aquí para defender mi intimidad. Estoy aquí para hablar de delitos financieros graves.

El impacto es inmediato. Dos consejeros intercambian una mirada tensa. Uno de los inversores se remueve en su asiento, visiblemente incómodo. Adrian sonríe con incredulidad, aunque Seraphina detecta el primer destello de inquietud en sus ojos.

—Seraphina, creo que no comprendes la gravedad de tu situación actual —responde él.

—La entiendo a la perfección —replica ella sin alterarse—. Eres tú quien todavía no entiende la suya.

La mandíbula de Adrian se tensa durante un instante fugaz. Seraphina ocupa uno de los laterales de la mesa y conecta su portátil a la pantalla principal. El proyector ilumina el panel central con documentos repletos de cifras, y movimientos bancarios. El aire en la sala cambia de forma palpable.

Seraphina apoya ambas manos sobre la mesa y comienza a hablar.

—Durante los últimos ocho meses se autorizaron treinta y siete transferencias fragmentadas desde el fondo de inversión de Hale Medical hacia cuatro sociedades instrumentales registradas en Luxemburgo y otras partes de Europa. Todas ellas vinculadas a otros despachos a través de intermediarios jurídicos.

Adrian se reclina en su silla con gesto desdeñoso.

—Esto es completamente absurdo —protesta.

Seraphina pulsa otra tecla.

—No, no lo es para nada —corrige ella con calma—. Lo absurdo sería pensar que nadie revisaría las duplicidades de facturación antes del final de la auditoría. ¿Quieres que siga?

Uno de los inversores frunce el ceño con evidente preocupación.

—¿Duplicidades? Explíquese, por favor.

—Facturas clonadas —detalla Seraphina sin apartar la vista de Adrian—. Mismo concepto, numeración interna diferente. Se emplearon para desviar capitales en cantidades inferiores al umbral automático.

Una práctica muy inteligente, casi elegante, lo reconozco. Pero no ha sido invisible.

Adrian deja de sonreír. Seraphina lo nota en cómo sus dedos abandonan el bolígrafo, en la tensión que empieza a marcarle el cuello y en su respiración. Durante días para ella solo existió el miedo. Y ahora, sabe que tiene el control.

—Siete millones y medio de libras —continúa Seraphina, ante los ojos atentos del resto—. Camuflados como pagos de consultoría deportiva vinculados a la expansión de la Premier League. Dinero desviado de manera sistemática hacia sociedades pantalla justo antes de la auditoría de los inversores.

Uno de los representantes legales habla, visiblemente alterado.

—¿Está acusando formalmente al señor Beckett de malversación?

—Estoy presentando pruebas documentales de un desfalco financiero continuado —responde Seraphina—. Y tengo mucho más.

Adrian golpea la mesa con la palma abierta.

—Esto no es más que una represalia desesperada porque te descubrieron acostándote con una empleada de la clínica —escupe con rabia.

La frase cae con violencia. Pero Seraphina no parpadea.

—No. Esto es lo que pasa cuando un hombre corrupto utiliza el escándalo sexual de una mujer para tapar un agujero millonario antes de una fusión. ¿De verdad creías que no descubriría el rastro?

El silencio posterior es devastador. Seraphina comienza a moverse alrededor de la mesa mientras proyecta más documentos.

—La filtración de las fotografías no fue un simple ataque por parte del señor Beckett —explica—. Fue una cortina de humo diseñada para detener la fusión antes de que los auditores detectaran el fraude. El consejo suspendía el acuerdo por mi conducta, la prensa centraba la atención en el escándalo y nadie revisaba las cuentas en profundidad. Una jugada brillante, Adrian. Realmente brillante. Pero no perfecta.

Adrian se levanta de golpe, con el rostro enrojecido.

—Esto no prueba absolutamente nada —insiste.

Seraphina cambia de diapositiva, y en esta, aparece la cláusula contractual, la famosa Cláusula de Reputación que él mismo utilizó contra ella.

—Artículo doce, apartado cuarto —lee Seraphina—. «Cualquier miembro ejecutivo cuya conducta implique un riesgo financiero, delictivo o reputacional grave para los activos de la fusión podrá ser apartado de forma inmediata para proteger la viabilidad del fondo».

Seraphina levanta los ojos hacia los inversores, que ahora la observan con atención renovada.

—El verdadero riesgo nunca fueron mis fotografías. Era el hombre que robaba dinero del fondo mientras utilizaba mi vida privada como distracción mediática. ¿No les parece irónico?

Ya nadie mira a Seraphina como a una ejecutiva caída en desgracia. Ahora todas las miradas se dirigen hacia Adrian, y él lo sabe. La seguridad arrogante que dominaba sus gestos se resquebraja delante de ella.

En ese momento, Daphne entra en la sala acompañada por uno de los técnicos financieros externos. Lleva varios archivadores y discos duros. Adrian palidece visiblemente por primera vez. Y Seraphina siente una oleada amarga que le recorre el cuerpo. Después de todo lo perdido, la victoria solo produce un vacío helado en su interior.

Uno de los inversores se pone en pie con decisión.

—Quiero acceso inmediato a todos esos archivos. Ahora.

Otro consejero gira la cabeza hacia Adrian con expresión endurecida.

—¿Es cierto esto? Responde con honestidad.

Adrian busca aliados con la mirada, pero ya no le queda ninguno. Los tiburones financieros toleran muchas cosas, pero perder dinero no se encuentra entre ellas.

Seraphina observa cómo la sala se aleja emocionalmente de él con rapidez. Hace apenas una hora estaban dispuestos a sacrificarla a ella. Ahora necesitan sangre distinta para salvar el fondo. Así funciona ese mundo. Siempre ha funcionado así.

—Señor Beckett, le recomiendo que no haga más declaraciones hasta que revisemos…

—No —lo interrumpe Seraphina con autoridad—. No vamos a convertir esto en otra operación maquillada. Quiero que conste en acta la destitución inmediata de Adrian Beckett como asesor jurídico y la apertura de una denuncia penal formal por malversación y fraude financiero.

Adrian la mira con odio.

—Tú no puedes decidir eso —gruñe.

Seraphina sostiene su mirada sin vacilar.

—Es lo último que voy a pedir antes de largarme de aquí.

La frase deja la sala inmóvil, mientras ella cierra su portátil.

—Mantengo mi dimisión como directora financiera.

El presidente del consejo se incorpora, sorprendido.

—Seraphina, después de esto, quizá deberíamos reconsiderar…

—No —responde ella—. He dedicado años a construir esta institución. Y en el momento en que aparecieron unas fotografías privadas, todos estuvieron dispuestos a sacrificarme sin esperar una sola explicación. Y por eso, no puedo seguir aquí —aclara esbozando una sonrisa—. Pero sí pienso asegurarme de que Adrian Beckett no destruya también estas clínicas. La fusión todavía puede salvarse si el consejo comunica de inmediato la detección interna del fraude y coopera plenamente con el resto de auditores.

Uno de los inversores asiente de inmediato.

—Procederemos así.

Después, Seraphina dirige la mirada hacia la dirección médica.

—Y quiero otra cosa más. Todos los trabajadores suspendidos o apartados durante esta crisis deben ser restituidos de inmediato, incluyendo a la doctora Nerissa Ashcombe. Su contrato quirúrgico debe quedar blindado frente a cualquier represalia derivada de este escándalo.

Adrian deja escapar una risa seca y amarga.

—Increíble. Después de todo esto sigues pensando con el coño.

Seraphina gira la cabeza hacia él. El desprecio cruza su expresión.

—No —responde muy despacio—. Por primera vez en años estoy pensando sin miedo. Y eso, Adrian, es algo que tú nunca comprenderás.

Dos agentes de seguridad aparecen junto a la puerta lateral acompañados por representantes jurídicos. El consejo ni siquiera debate. La maquinaria se ha movido demasiado rápido. Adrian comprende que está acabado.

—Esto no termina aquí —amenaza.

Seraphina lo observa recoger sus documentos mientras seguridad le indica discretamente la salida.

Cuando la puerta se cierra tras él, Seraphina recoge el portátil y sale de la sala sin esperar aplausos ni ningún tipo de reconocimiento.

El pasillo exterior está en silencio. Nerissa espera junto a los ventanales del vestíbulo con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Ya ha terminado todo? —le pregunta.

Seraphina asiente lentamente.

—Sí.

La cirujana se acerca un paso más.

—¿Cómo te sientes?

Seraphina siente un nudo brutal que le cierra la garganta.

—Todavía no o se —admite con sinceridad—. Estoy exhausta, Nerissa. Pero también aliviada.

Nerissa le acaricia la muñeca con un gesto pequeño, humano y real. Fuera, esperan varios periodistas y fotógrafos. Pero cuando Nerissa entrelaza los dedos con los suyos, Seraphina se llena de seguridad.

—¿Estás preparada para esto? —susurra.

Poco después, salen juntas, y los flashes empiezan a dispararse inmediatamente. Seraphina camina despacio junto a ella atravesando el ruido exterior con una serenidad casi irreal. Después, se meten en el coche, y se alejan de ese maldito infierno.

*

El restaurante del Northern Quarter está lleno de conversaciones animadas. Seraphina tarda varios segundos en asimilar donde están. Observa cómo la camarera se acerca, deja dos cartas y se marcha con absoluta normalidad.

Nerissa la mira desde enfrente con atención.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

Seraphina deja escapar una exhalación temblorosa.

—No recuerdo la última vez que me senté en un sitio sin pensar en cómo salir corriendo.

Nerissa alarga la mano por encima del mantel y entrelaza los dedos con los suyos.

—Ya no tienes porqué que correr, Seraphina. Estamos aquí, juntas, y nadie nos va a separar.

Seraphina baja la vista hacia sus manos unidas. Siente el calor de la piel, la calma que transmite. Y por primera vez desde Chester, desde Adrian, desde las fotografías y el derrumbe de todo lo que conocía, la comida no le produce náuseas. Piden una botella de vino tinto y comparten pan caliente recién horneado.

Porque después de todo el horror, todavía existe esto. Todavía existen ellas.

Minutos después, la camarera deja los platos sobre la mesa y el aroma cálido de la comida llena el espacio entre ambas. Seraphina prueba el primer bocado. Luego otro. Y luego otro más.

—¿Está bueno?

Seraphina asiente. Y las lágrimas empiezan a llegar a sus ojos.

—Sí. Está delicioso. Por primera vez en semanas, tengo hambre de verdad.

Nerissa le dedica la sonrisa más dulce del mundo, y después, le dice con seguridad:

—Entonces come. Te lo mereces después de lo que has hecho hoy.

Capítulo 26

La puerta principal se cierra a su espalda. Durante años, Seraphina Chapman ha escuchado ese sonido decenas de veces por semana, y nunca le pareció un sonido importante, solo un detalle más en la rutina de una vida perfectamente orquestada. Ahora, sin embargo, sabe que es el cierre de una etapa que ya no puede prolongarse.

La casa está en silencio. No hay risas infantiles que bajen desde la planta superior, ni dibujos abandonados con colores vivos sobre la mesa de la cocina, ni el eco de carreras alegres por el pasillo. Oliver e Ivy todavía están en un refugio temporal lejos lo vivido los últimos días. Por primera vez en muchos años, esa vivienda que siempre consideró un hogar parece demasiado grande, y demasiado vacía, como si las paredes mismas hubieran absorbido la esencia de lo que alguna vez fue una familia.

Seraphina avanza despacio por el pasillo. Las fotografías familiares ocupan los mismos lugares de siempre en las paredes y estanterías. Sonrisas perfectas congeladas detrás del cristal, imágenes que ahora le parecen una máscara elaborada con esmero. Observa una de ellas mientras pasa, deteniéndose un instante. En la foto, Elliot tiene un brazo alrededor de su cintura con esa naturalidad que antes parecía genuina. Ella sonríe a la cámara, con los niños entre ambos, formando una composición impecable. Una familia admirada por todos en su círculo social, envidiada incluso.

Continúa caminando hasta el salón, donde la luz de la tarde se filtra a través del gran ventanal que da al jardín trasero. Elliot la espera allí, sentado en uno de los sofás. Tiene una taza de café entre las manos, y su postura relajada contrasta con la tormenta que ella había imaginado durante todo el trayecto en coche. No parece enfadado,

tampoco derrotado. Solo profundamente cansado. Cuando la ve entrar, levanta la mirada, y durante unos segundos ninguno de los dos habla.

—Hola —dice Elliot, al cabo de un rato.

—Hola —responde ella.

Elliot señala el sofá frente a él con un gesto de la mano.

—Siéntate, por favor. Estarás cansada después de todo.

Ella duda un instante, sintiendo un nudo en el estómago, pero acaba por hacerlo. Deja el bolso a un lado y ocupa el extremo opuesto del sofá. Entre ambos queda una distancia prudente, necesaria después de lo ocurrido. El silencio se instala de nuevo entre ellos, pero ya no es un silencio hostil cargado de acusaciones.

—He visto la rueda de prensa del consejo esta mañana —comenta el que todavía es su marido.

Seraphina asiente con la cabeza, recordando cada palabra pronunciada ante los micrófonos.

—Ha sido una mañana larga y complicada. Los periodistas no daban tregua, y los miembros del consejo parecían lobos esperando el momento.

—Imagino que sí. Debe de haber sido agotador. —La observa durante unos segundos, evaluando su expresión—. Nunca imaginé que Adrian pudiera hacer algo así —añade poco después—. Me alegra que lo hayas destruido.

Ella deja escapar una respiración profunda, mientras sus dedos se entrelazan sobre su regazo.

—Se destruyó él solo. Sus propias decisiones lo llevaron hasta ese punto. Yo solo revelé lo que ya estaba ahí, oculto bajo capas de mentiras.

—Puede ser —admite él, bajando la vista hacia la taza vacía—. Aun así, has salvado la clínica de un colapso total.

Seraphina tarda unos segundos en responder.

—Supongo que sí. —Las palabras producen una sensación inesperada en el pecho de Seraphina, porque no suenan como un ataque. Suenan como una despedida sincera, como el reconocimiento de un capítulo que se cierra.

Elliot permanece callado unos segundos más, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Después, deja la taza a un lado y se reclina contra el respaldo.

—Cuando recibí aquellas fotografías, creí que era el peor día de mi vida. El suelo se abrió bajo mis pies y todo lo que habíamos construido pareció derrumbarse en un instante.

Ella baja la mirada hacia sus manos, sin intentar defenderse ni justificarse. Ya no queda espacio para eso.

—Lo sé. Puedo imaginar el dolor que sentiste.

—No. No lo sabes —corrige él con un tono tranquilo pero sincero, sin elevar la voz—. Creí que me habías humillado públicamente. Que habías destruido todo lo que habíamos construido juntos durante años. La clínica, la familia, nuestra reputación... todo.

Hace una pausa larga, mirando hacia el jardín a través del ventanal, donde las hojas de los árboles se mueven suavemente con la brisa.

—Y entonces lo que vino después cambió la perspectiva.

Seraphina levanta la vista y lo mira directamente a los ojos.

—Elliot...

—Déjame terminar, por favor —pide él, levantando una mano—. ¿Sabes qué fue lo peor de todo esto? Darme cuenta de que llevaba años ignorando la realidad que teníamos delante. Me había convencido a mí mismo de que todo estaba bien, de que solo era una fase.

La confesión queda suspendida entre ambos. Seraphina siente un nudo en la garganta que le dificulta tragar. Porque es verdad. Y porque escucharla en voz alta resulta doloroso, como arrancar una venda de una herida antigua.

Elliot se pasa una mano por el rostro, frotándose los ojos con cansancio.

—Nos convertimos en socios excelentes, en unos socios que sabían manejar crisis y tomar decisiones difíciles.

—Sí, eso es cierto —responde ella.

—Padres responsables, dedicados a darles lo mejor a Oliver e Ivy.

—Sí.

—Una pareja perfecta para las fotografías y las galas. —Esa frase provoca una sonrisa triste en ambos, la primera de toda la conversación —. Pero dejamos de ser marido y mujer hace mucho tiempo.

Seraphina mantiene la mirada fija en él, sintiendo cómo las emociones se agolpan en su interior.

—Lo siento profundamente, Elliot. Nunca fue mi intención llegar a este punto.

—Lo sé —responde él con sinceridad—. Yo también lo siento.

—No quería hacerte daño. Intenté evitarlo durante mucho tiempo.

—También lo sé.

Seraphina siente una presión inesperada detrás de los ojos, un escozor que amenaza con convertirse en lágrimas.

—Tenías razón, Seraphina —continúa Elliot, suavizando su mirada—. Esto estaba roto mucho antes. Lo nuestro se había enfriado gradualmente, sin que ninguno de los dos quisiera admitirlo. Solo que yo no quería ser el primero en apagar la luz. Prefería mantener la ilusión un poco más.

Seraphina baja la cabeza, y la sinceridad de la frase la golpea. Porque refleja exactamente lo que ella también ha sentido durante años: el miedo a ser la primera en reconocer el fracaso.

—Yo tampoco quería hacerte daño —murmura Seraphina—. Pero no podía seguir viviendo a oscuras, fingiendo que todo estaba bien cuando por dentro me sentía vacía.

Elliot la observa con atención, y por primera vez desde que comenzó todo parece verla de verdad. No como la directora financiera implacable, no como la esposa perfecta que cumplía con todos los roles, no como la protagonista involuntaria de un escándalo mediático. Solo como una mujer agotada, que ha cargado con demasiado durante mucho tiempo.

—Lo sé, y lo acepto.

Una sonrisa triste aparece en los labios de Elliot mientras se inclina hacia delante.

—Hablemos de los niños.

Seraphina siente cómo los nervios vuelven a acudir a su interior,

—Tendremos que organizarnos bien. La prensa seguirá molestando durante meses, inventando historias y persiguiéndonos. Oliver está enfadado, aunque constantemente por ti. Ivy también lo hace, aunque lo expresa de otra manera, dibujando familias en sus cuadernos.

Las lágrimas amenazan por primera vez con desbordarse, pero Seraphina consigue contenerlas respirando hondo.

—Yo también los echo de menos con toda mi alma.

—Lo sé. Por eso debemos hacerlo bien —dice Elliot, extendiendo la mano sobre la mesa en un gesto conciliador—. Hay que explicarles esta separación sin convertirlos en víctimas de una guerra que no les pertenece.

—Quizá deberíamos hablar con un psicólogo infantil —sugiere Seraphina—. Alguien que nos ayude a encontrar las palabras adecuadas.

—Tienes razón —responde Elliot—. No quiero que piensen que esto es culpa suya. Son solo niños.

Seraphina nota una sensación extraña, como si hubieran conseguido rescatar algo valioso de entre las ruinas. No el matrimonio, eso ha terminado de forma definitiva. Pero sí el respeto mutuo y, quizá, los cimientos de una amistad futura basada en la honestidad.

—Creo que podremos hacerlo. Por el bien de todos.

—Yo también lo creo

Se miran durante unos segundos largos. Años enteros parecen condensarse en ese instante.

Finalmente, Elliot se pone en pie con lentitud.

—Será mejor que recojas tus cosas. No quiero alargar esto más de lo necesario.

Seraphina asiente y sube las escaleras despacio, sintiendo cada paso como un adiós. Su antiguo dormitorio sigue prácticamente igual, con la misma colcha y los mismos muebles elegantes, pero ya no le pertenece. Abre un cajón con cuidado y recoge algunos documentos personales importantes, un reloj heredado de su padre que siempre le ha traído recuerdos de infancia, un álbum pequeño con fotografías de Oliver e Ivy cuando eran bebés, y una figura de madera que Ivy le regaló el Día de la Madre cuando tenía tres años, con una dedicatoria infantil grabada con torpeza.

Cuando vuelve a bajar, Elliot la espera junto a la puerta principal, con las manos en los bolsillos.

—Cuídate, Seraphina. De verdad.

Ella sostiene su mirada con firmeza.

—Tú también, Elliot.

Durante un instante dudan, como si una parte de ellos recordara los buenos tiempos. Después se estrechan en un abrazo sencillo, extraordinariamente sencillo. Y quizá por eso resulta tan importante. Porque no simboliza una derrota, sino una transición, un cierre limpio y respetuoso.

Seraphina sale al porche y observa el cielo de Mánchester, cubierto de nubes bajas. Se vuelve una última vez. Elliot sigue en el umbral, dedicándole una leve inclinación de cabeza.

Y entonces se marcha. Se acomoda al volante, coloca el álbum de fotografías sobre el asiento del copiloto y permanece inmóvil unos segundos, pensando en el futuro, respirando con mayor libertad.

Capítulo 27

La lluvia ha dejado de ser la noticia principal en los tabloides de Mánchester, al igual que el escándalo que durante meses alimentó las tertulias locales y los corrillos de la alta sociedad. Durante semanas consecutivas, las imprentas consumieron sus nombres con la misma velocidad con la que la ciudad acostumbra a fagocitar las tragedias ajenas para, poco después, sepultarlas bajo el manto del olvido y la siguiente exclusiva. Ahora, tras el paso del vendaval, ya no queda rastro de aquel morbo público; solo permanecen las consecuencias estructurales de la demolición y las vidas de las dos mujeres que lograron sobrevivir al impacto.

Desde el extremo opuesto de la cocina, Nerissa Ashcombe observa en silencio a Seraphina mientras termina de preparar el café de la mañana.

Seraphina viste una camisa blanca de lino, remangada con descuido hasta los codos, y sostiene unas gafas de lectura sobre el puente de la nariz mientras analiza con parsimonia unos documentos extendidos sobre la mesa de comedor. Nerissa sonríe de manera inconsciente, apoyando el peso del cuerpo contra el mueble de la cocina mientras el vapor de la cafetera empieza a inundar la estancia con un aroma denso y reconfortante.

—¿Otra vez mirándome? —comenta Seraphina sin levantar los ojos del papel, aunque una sutil línea de diversión curva la comisura de sus labios.

Nerissa arquea una ceja con ademán divertido, da dos pasos hacia el frente sosteniendo las tazas calientes y deja una de ellas justo al lado de la mano de su compañera.

—¿Y se supone que debo disculparme por ello? —replica la cirujana, tomando asiento en la silla contigua—. Considero que tengo pleno derecho a examinar los efectos del café matutino en mi paciente favorita.

Nerissa toma un sorbo de su taza, saboreando el amargor del café.

—¿Qué tal la reunión de ayer? —inquiere con genuino interés.

—Fue sumamente aburrida, tediosa y previsible —manifiesta Seraphina.

—Eso, en el lenguaje de los mortales comunes, significa que ha ido a pedir de boca —deduce Nerissa.

—Exactamente.

La pequeña firma donde Seraphina ejerce su profesión en la actualidad apenas ocupa dos plantas discretas y modestas de un edificio en el centro de Mánchester; sin embargo, cuando regresa a casa al caer la tarde, esa ganancia de libertad y salud mental, tiene mucho más valor que cualquier otra cosa.

En el caso de Nerissa, su actividad profesional se despliega en un centro de alto rendimiento deportivo de titularidad independiente, ubicado en las afueras de la ciudad. Allí opera a atletas profesionales, futbolistas de diversas categorías, corredores de fondo y jugadores de rugby.

Seraphina estira el brazo, apartando los folios de contabilidad para centrar toda su atención en la figura de la cirujana, cuyos ojos parecen fijos en el reflejo de la luz sobre la superficie del café.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Seraphina.

—En que estamos muy bien.

Esta vez, ambas comparten sonrisa abierta

—¿Te parece si damos una vuelta?

*

Las calles del barrio desbordan una vitalidad bohemia, ajena al formalismo estricto del distrito financiero donde solían moverse.

Nerissa observa a Seraphina de reojo mientras avanzan junto a la fachada de una antigua fábrica reconvertida en galerías de arte. Seraphina contempla los escaparates de los comercios, y observa las siluetas que se dibujan en los cristales sin tensar los hombros, sin acelerar el paso ni apartar la mirada de forma apresurada en busca de alguien que las esté espiando.

Al doblar la esquina en dirección a Thomas Street, Seraphina atrae la atención de su chica.

—Por cierto, hay un asunto… logístico que debemos organizar de cara a los próximos días —anuncia.

—¿Qué pasa?

—La semana voy a tener a los niños. Por fin —comunica Seraphina—. Creo que este es el primer paso para que terminen por perdonarme.

—¿De verdad? ¡Eso es maravilloso! —grita Nerissa, y se lanza a sus brazos.

—La última vez que hablamos parecían muy entusiasmados con la idea de explorar el barrio —confiesa Seraphina con un matiz de emoción en su voz—. ¿Quieres saber algo de lo que me he dado cuenta?

—Dime —responde Nerissa.

—Que su pudiera volver atrás en el tiempo… si tuviera la oportunidad de reescribir cada uno de los días desde que nos conocimos, te juro que no cambiaría nada de lo que ha sucedido si este fuera el final. O quizá, intentaría combatir el miedo mucho antes —bromea.

—¿Sabes qué? —apunta Nerissa, y se pone delante de ella para rozar la nariz con la de Seraphina—. Yo tampoco. Porque tengo muy claro que de una forma u otra, tú Seraphina Champan, me habrías conquistado el corazón.

Las dos sonríen y avanzan de la mano. Y cuando doblan la siguiente esquina del barrio, ninguna de las dos mujeres vuelve la vista atrás para comprobar qué es lo que ha quedado sepultado bajo los escombros de su antigua realidad.

Agradecimientos

Escribir una novela es, en gran medida, un acto de demolición y reconstrucción. Al igual que Seraphina y Nerissa, que tuvieron que ver caer los cimientos de sus mundos perfectos para poder respirar a plena luz del día, este libro ha necesitado de su propio proceso de desmantelamiento, paciencia y arquitectura a lo largo de los meses. Ninguna historia nace en el aislamiento absoluto, y esta no habría llegado a su última página sin el pilar invisible de quienes sostuvieron los planos durante la tormenta.

A mis lectoras cero, esas jueces implacables y guardianes de la coherencia. Gracias por vuestras lecturas de madrugada, por señalar cada cabo suelto, por exigir más tensión y por no permitirme edulcorar la historia.

Y, por último, a ti, lectora, por haber cruzado este umbral. Por haber acompañado a Seraphina y a Nerissa a través de la penumbra. Gracias por comprender, junto a ellas, que la libertad nunca es gratuita, pero que siempre, sin importar lo devastador que sea el precio de la demolición, vale la pena pagar el peaje.